



J.G.  
BALLARD

EL  
DÍA  
ETERNO

Lectulandia

Este libro transporta al lector a un futuro de mundos barridos por vientos alucinatorios cargados de imágenes; mundos donde la ayuda psiquiátrica se castiga con la cárcel; mundos donde el tiempo se ha detenido porque ha dejado de rotar. En la ficción inglesa moderna el talento de Ballard es uno de los más misteriosos e insólitos.

**Lectulandia**

J.G. Ballard

# El día eterno

ePUB v1.0

Kundalpanico 12.08.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *The Day Of Forever*

©1967, J.G. Ballard.

Traducción: Aurora Bernárdez, Carlos Gardini y Marcial Souto.

Editor original: Kundalpanico (v1.0 a v1.x)

ePub base v2.1

## EL DÍA ETERNO

EN COLUMBINE SEPT HEURES la luz era siempre crepuscular. Allí la hermosa vecina de Halliday, Gabrielle Szabo, se paseaba toda la noche, levantando con el vestido de seda unas finas nubes de arena de color cereza. Desde el balcón del hotel vacío, cerca de la colonia de artistas, Halliday miraba por encima del río seco las sombras inmóviles en el suelo del desierto, el crepúsculo africano, infinito y continuo, que lo llamaba prometiéndole el cumplimiento de unos sueños perdidos. Las dunas oscuras, tocadas las crestas por la luz espectral, se alejaban como olas de un mar de medianoche.

A pesar de la luz casi estática, inmovilizada en este crepúsculo interminable, el lecho del río parecía colmado de colores. Cuando la arena bajaba deslizándose en las orillas, descubriendo las vetas de cuarzo y las compuertas de hormigón del dique, la noche se encendía brevemente, iluminada desde dentro como un mar de lava. Las puntas de las viejas torres del agua y los bloques inconclusos de viviendas asomaban de pronto en la oscuridad, más allá de las dunas, cerca de las ruinas romanas de Leptis Magna. Hacia el sur, siguiendo el curso sinuoso del río, se extendía el añil intenso de los conductos de la planta de irrigación, donde las líneas de los canales se entrecruzaban como un delicado enrejado de huesos.

Halliday pensó que esta transformación continua, tan rara de color como los extraños cuadros que adornaban el cuarto del hotel, revelaba las perspectivas ocultas del paisaje, y del tiempo, de manecillas casi congeladas en una docena de relojes sobre la repisa y las mesas. Halliday había traído consigo aquellos relojes a África del Norte con la esperanza de que allí, en el cero psíquico del desierto, se animasen repentinamente. Los relojes muertos, que lo miraban desde las torres municipales y los hoteles de los pueblos abandonados, eran la única flora desértica, las insólitas llaves que le abrirían las puertas de los sueños.

Con esta esperanza había llegado tres meses antes a Columbine Sept Heures. El sufijo, que se agregaba a los nombres de todas las ciudades y pueblos —Londres 6 P.M., Saigón Medianoche—, indicaba las posiciones respectivas en el perímetro casi estacionario de la Tierra, la hora del día eterno en que habían quedado cuando el planeta dejó de existir. Halliday había vivido cinco años en la colonia internacional de Trondheim, en Noruega, una zona de nieves eternas, donde los pinos, alimentados por el sol inmóvil, crecían más y más, aislando las ciudades. Este mundo de nórdica tristeza había sacado a luz todos los problemas latentes de Halliday en relación con el tiempo y los sueños. La dificultad de dormir, hasta en un cuarto oscurecido, inquietaba a todos —se tenía la impresión de estar perdiendo el tiempo perdido y a la

vez de que el tiempo no pasaba, pues allí estaba el sol, estacionario en el cielo—, y Halliday en particular se sentía obsesionado por los sueños interrumpidos. Muchas veces despertaba con una imagen ante los ojos: plazas iluminadas por la luna y fachadas clásicas de un viejo pueblo mediterráneo, y una mujer que caminaba entre columnas en un mundo sin sombras.

Este cálido mundo nocturno lo encontraría sólo trasladándose al sur. A trescientos kilómetros al este de Trondheim, la línea de crepúsculo era un corredor glacial de viento y nieve que se extendía hasta la estepa rusa, donde las ciudades abandonadas yacían bajo los glaciares como joyas inaccesibles. En cambio, el aire nocturno del África era todavía cálido.

Al oeste de la línea de crepúsculo comenzaba el hirviente desierto del Sahara, con los mares de arena fundidos en lagos de vidrio, pero a lo largo de una estrecha franja, en el límite de la luz, aún vivían unas pocas personas, en las viejas ciudades turísticas.

Fue aquí, en Columbine Sept Heures, un pueblo abandonado a orillas del río seco, a ocho kilómetros de Leptis Magna, donde Halliday vio por primera vez a Gabrielle Szabo; se acercaba caminando como si acabara de salir de los propios sueños de Halliday. Allí había conocido también a Leonora Sully, la indiferente y maniática pintora de extrañas fantasías, y al doctor Richard Mallory, que trató de ayudarle y devolverle el mundo de los sueños.

Halliday podía entender por qué Leonora estaba en Columbine Sept Heures, pero a veces sospechaba que los motivos del doctor Mallory eran también muy ambiguos. El médico, un hombre alto y retraído, los ojos siempre ocultos detrás de los lentes oscuros que parecían acentuar una cerrada vida interior, se pasaba la mayor parte del tiempo sentado en el auditorio de cúpula blanca de la Escuela de Bellas Artes, escuchando los cuartetos de Bartok y de Webern que quedaban en los álbumes.

Esta música fue el primer sonido que oyó Halliday cuando llegó a la ciudad del desierto. En un parque de estacionamiento abandonado, cerca del muelle de Trípoli, encontró un Peugeot nuevo que había dejado un técnico francés de la refinería, y partió hacia el sur siguiendo la línea de las siete, cruzando pueblos polvorientos y plateados esqueletos de refinerías enterradas a medias cerca del río seco. Hacia el oeste, el desierto ardía en una bruma dorada bajo el sol inmóvil. Rizadas por las ondas térmicas, las paletas de metal de las ruedas hidráulicas, junto a los vacíos sistemas de irrigación, parecían girar en el aire cálido, acercándose a Halliday.

Hacia el este, las márgenes del río se destacaban contra el horizonte oscuro, y los costurones de piedra caliza eran como el proscenio del mundo crepuscular. Halliday dobló hacia el río; la luz se apagaba a medida que se movía hacia el este, y siguió el viejo camino de balasto que corría cerca de la orilla. El centro del canal, de donde sobresalían unas rocas blancas entre los montones de guijarros, yacía como el

espinazo de un saurio antiguo.

A unos pocos kilómetros de la costa, Halliday encontró Columbine Sept Heures. Entre las dunas que cubrían las calles, invadiendo los chalets y las piscinas, cerca de la Escuela de Bellas Artes, se alzaban cuatro hoteles de turismo, con paredes que parecían espejos muertos. El camino se perdía de vista más allá del Oasis Hotel. Halliday salió del coche y subió por los escalones hasta el polvoriento salón de entrada. La arena cubría el suelo de baldosas como un tejido de encaje, y se acumulaba contra las puertas color pastel del ascensor y las palmeras muertas junto al restaurante.

Halliday subió por la escalera hasta el entresuelo, y se detuvo junto a la resquebrajada ventana de vidrio laminado, más allá de las mesas. Los vidrios parecían desplazar lo que quedaba del pueblo, ya hundido a medias en la arena, a otra serie de dimensiones, como si el mismo espacio se hubiese retorcido de un modo grotesco, compensando así la pérdida de tiempo del paisaje.

Ya decidido a quedarse en el hotel, Halliday salió a buscar agua y comestibles. Las calles estaban desiertas, obstruidas por la arena que avanzaba hacia el río seco. De vez en cuando asomaban entre las dunas las ventanas empañadas de un Citroen o de un Peugeot. Caminando por los techos de los coches, Halliday entró en la calle de la Escuela de Bellas Artes. El edificio angular se alzaba en el aire como un ave blanca, bajo el palio del crepúsculo cereza.

En la sala de estudiantes colgaban unas descoloridas reproducciones de una docena de escuelas de pintura, imágenes casi todas de mundos sin sentido. Halliday encontró, agrupados en el mismo cuarto, a los surrealistas Delvaux, Chirico y Ernst. Esos extraños paisajes inspirados por sueños que los suyos no podían ya imitar, le hicieron sentir una profunda nostalgia. El Eco de Delvaux, principalmente, una mujer desnuda parecida a Juno que caminaba entre ruinas inmaculadas bajo un cielo de medianoche, le recordó su propia fantasía periódica. El anhelo infinito contenido en el cuadro, el tiempo sintético creado por las imágenes sucesivas de la mujer, eran partes de la noche invisible de Halliday. Encontró una vieja carpeta en el suelo, debajo de uno de los caballetes, y empezó a quitar las pinturas de los muros.

Mientras caminaba por el techo hacia la escalinata exterior, encima del auditorio, Halliday oyó una música que venía de abajo. Miró hacia las fachadas de los hoteles, cuyas paredes protectoras se levantaban en el aire del crepúsculo. Detrás de la Escuela de Bellas Artes, los chalets del barrio de estudiantes se agrupaban alrededor de dos piscinas secas.

Cuando llegó al auditorio, Halliday observó del otro lado de las puertas de cristal las hileras de asientos. En el centro de la primera fila había un hombre de traje blanco y gafas de sol, sentado de espaldas a Halliday. Era imposible saber si estaba realmente escuchando música; pero cuando terminó la grabación, tres o cuatro

minutos más tarde, el hombre se puso de pie y subió al escenario. Apagó el estereógrafo y luego se adelantó a pasos largos hacia Halliday, mirándolo inquisitivamente a través de los lentes oscuros.

—Yo soy Mallory... el doctor Mallory —el hombre extendió una mano firme pero evasiva—. ¿Se hospeda aquí?

La pregunta parecía contener una comprensión completa de los motivos de Halliday. Halliday puso la carpeta en el suelo y se presentó:

—Estoy en el Oasis. Llegué esta noche.

Al darse cuenta de que la observación no tenía ningún sentido, lanzó una carcajada, pero Mallory lo miraba sonriendo.

—¿Esta noche? Sí, es posible —cuando Halliday levantó la muñeca descubriendo el viejo Rolex de veinticuatro horas, Mallory movió afirmativamente la cabeza, ajustándose los lentes oscuros, como si estuviese mirando a Halliday con más atención—. ¿Todavía tiene uno? A propósito, ¿qué hora es?

Halliday echó un vistazo al Rolex. El Rolex era uno de los cuatro relojes que había traído consigo, sincronizados cuidadosamente con el reloj maestro de veinticuatro horas que aún funcionaba en el Observatorio de Greenwich marcando las horas de un tiempo en que la Tierra giraba todavía en el cielo.

—Casi las siete y media. Está bien. ¿No es esto Columbine Sept Heures?

—Es cierto. Toda una coincidencia. Sin embargo, la línea del crepúsculo está avanzando; yo hubiese dicho que aquí era un poco más tarde. Pero no tiene importancia —Mallory bajó del escenario, desde donde la alta figura se había alzado sobre Halliday como una horca blanca—. Las siete y media, hora vieja... y nueva. Tendrá que quedarse en Columbine. No es común encontrar así las distintas dimensiones unidas —Mallory echó una mirada a la carpeta—. Usted para en el Oasis. ¿Por qué allí?

—Está vacío.

—Convincente. Pero aquí todo está vacío. Sin embargo, entiendo lo que usted quiere decir; yo mismo me quedé allí cuando llegué a Columbine. Hace mucho calor.

—Me mudaré al lado oscuro.

Mallory hizo una pequeña reverencia, como admitiendo la seriedad de Halliday. Se acercó al estereógrafo y desconectó una batería de automóvil que había en el suelo, al lado. Puso el pesado aparato en una maleta grande de lona y le dio a Halliday una de las asas.

—Usted puede ayudarme. Tengo un pequeño generador en el chalet. Es difícil de recargar, pero las baterías buenas escasean cada vez más.

Cuando salían a la luz del sol, Halliday dijo:

—Puede usar la batería de mi coche.

—Es usted muy amable, Halliday. Pero ¿está seguro de que no la va a necesitar?

Hay más lugares que Columbine.

—Todavía no lo sé. Vivía en Trondheim; allí no podía dormir. Si puedo dormir, tal vez pueda soñar.

Halliday empezó a explicar, pero Mallory levantó una mano pidiéndole silencio.

Mallory se detuvo.

—¿Y por qué cree que estamos todos aquí, Halliday? Los sueños nacen en el África. Tiene que conocer a Leonora. Usted le gustará.

—Quizá. Pero suponga que hay aquí alimentos suficientes para todos nosotros. —Halliday hizo un ademán con el reloj de pulsera—. De cualquier modo el tiempo está bien. O los dos tiempos, supongo.

—Y los espacios que usted quiera, Halliday.

Pasaron junto a los chalets, con la primera piscina a la derecha. En la arena del fondo alguien había trazado una enorme figura zodiacal, decorada con caracoles y pedazos de baldosas. Se acercaron a la piscina siguiente. Una duna de arena había inundado un chalet, desparramándose en el estanque, pero habían despejado una pequeña zona de la terraza. Debajo de un toldo una joven estaba sentada en una silla de metal, frente a un caballete. Llevaba puestos una camisa de hombre y unos pantalones manchados de pintura, pero la cara inteligente, de barbilla firme, parecía serena y alerta. Cuando el doctor Mallory y Halliday pusieron la batería en el suelo, la mujer alzó los ojos.

—Te he traído un alumno, Leonora —Mallory le indicó a Halliday que se acercara—. Está viviendo en el Oasis... del lado oscuro.

La joven invitó a Halliday a que se sentase en una silla reclinable, junto al caballete. Halliday apoyó la carpeta contra el respaldo.

—Son para mi cuarto del hotel —explicó—. Yo no soy pintor.

—Claro. ¿Puedo verlos?

Sin esperar la mujer empezó a hojear las reproducciones, asintiendo en silencio cada vez que pasaba una.

Halliday echó una mirada al cuadro inconcluso que había en el caballete, un paisaje por el que cruzaban las figuras grotescas de una extraña procesión, arzobispos con fantásticas mitras. Observó a Mallory, quien asintió con una mueca.

—¿Interesante, Halliday?

—Por supuesto. ¿Y los sueños de usted, doctor? ¿Dónde los guarda?

Mallory no respondió; miró a Halliday, ocultando los ojos detrás de los lentes oscuros. Riendo brevemente, y disipando la leve tensión entre los dos hombres, Leonora se sentó en la silla junto a Halliday.

—Richard no nos lo dirá, señor Halliday. Cuando conozcamos los sueños de Richard ya no necesitaremos más los nuestros.

Halliday se repetiría muchas veces esta observación en los meses siguientes. En

muchos sentidos, la presencia de Mallory en el pueblo parecía ser la clave de los papeles que todos representaban allí. El médico de traje blanco, caminando silenciosamente por las calles cubiertas de arena, parecía el espectro del mediodía olvidado, y que renacía al anochecer para flotar como la música entre los hoteles vacíos. Hasta en aquel primer encuentro, cuando Halliday estaba sentado junto a Leonora haciendo unas pocas observaciones automáticas pero consciente sólo del roce de los hombros y las caderas de la mujer, tuvo la impresión de que Mallory, cualquiera que fuese la razón por la que se encontraba en Columbine, se había ajustado completamente al ambiguo mundo de la línea de crepúsculo. Para Mallory, Columbine Sept Heures y el desierto ya se habían vuelto parte de unos paisajes interiores que Halliday y Leonora Sully aún tenían que buscar en los cuadros.

Sin embargo, durante las primeras semanas en el pueblo junto al río seco, Halliday siguió pensando en Leonora y en quedarse en el hotel. Usando el Rolex de veinticuatro horas, todavía trataba de dormir a "medianoche", despertando (o, para ser más precisos, admitiendo la realidad del insomnio) siete horas después. Luego, al comenzar la "mañana", inspeccionaba los cuadros que colgaban de las paredes del séptimo piso, y salía al pueblo, a recorrer las cocinas y las despensas de los hoteles, en busca de provisiones de agua y de alimentos en conserva. A esa hora —un intervalo arbitrario que él mismo imponía al paisaje neutral— le daba la espalda al cielo del este, evitando la noche oscura que llegaba del desierto atravesando el río seco. Hacia el oeste, bajo el calor continuo del sol, la arena centelleaba como la última aurora del mundo.

En esos momentos el doctor Mallory y Leonora parecían más cansados que nunca, como si sintieran aún el ritmo del antiguo día de veinticuatro horas. Ambos dormían en cualquier momento; muchas veces Halliday iba a visitar el chalet de Leonora y la encontraba durmiendo en la silla de lona junto a la piscina, con el velo blanco cubriéndole la cara, a la sombra de la pintura del caballete. Aquellos extraños dibujos, las imágenes de unos obispos y cardenales que se movían en procesión por paisajes ornamentales, eran la única actividad de Leonora.

Mallory desaparecía en cambio como un vampiro blanco dentro de la casa, y salía de algún modo renovado unas pocas horas después. Luego de las primeras semanas Halliday entabló buenas relaciones con Mallory, y los dos escuchaban cuartetos de Webern en el auditorio o jugaban al ajedrez cerca de Leonora, junto a la piscina vacía. Halliday trató de descubrir cómo habían llegado Leonora y Mallory al pueblo, pero ninguno de los dos le respondió. Se le ocurrió que habían llegado por separado al África varios años atrás, y que se habían estado mudando hacia el oeste, de pueblo en pueblo, a medida que el límite de la luz cruzaba el continente.

A veces Mallory se iba al desierto, a cumplir alguna imprecisa diligencia, y entonces Halliday veía a Leonora a solas. Caminaban juntos a lo largo del lecho seco

del río, o bailaban al compás de unas grabaciones de cantos Masai, en la biblioteca de antropología. Halliday no dependía más de Leonora sólo recordándose que había llegado al África no en busca de esta joven de pelo blanco y ojos amistosos, sino de la noctámbula lamia que llevaba en la mente. Como si se diera cuenta, Leonora se mantenía siempre apartada, sonriéndole a Halliday por encima de las extrañas pinturas del caballete.

Este agradable ménage a trois habría de durar tres meses. Durante ese tiempo la línea de crepúsculo avanzó otro kilómetro hacia Columbine Sept Heures, y al fin Mallory y Leonora decidieron mudarse a una pequeña refinería, a quince kilómetros al oeste. Halliday casi esperaba que Leonora se quedase en Columbine, pero la joven se fue con Mallory en el Peugeot. Sentada en el asiento trasero, Leonora espero a que Mallory tocase el último cuarteto de Bartok en el auditorio antes de desconectar la batería y llevarla al coche.

Curiosamente, fue Mallory quien trató de persuadir a Halliday de que se fuese con ellos. A diferencia de Leonora, advertía en la relación que tenía con Halliday la presencia de elementos todavía indeterminados y se resistía a la separación.

—Halliday, le será difícil quedarse aquí —Mallory señaló el palio de oscuridad que pendía como una ola inmensa sobre el pueblo, al otro lado del río. El color carmesí del oscuro crepúsculo había invadido ahora las paredes y las calles—. La noche se acerca. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—Claro que sí, doctor. Es precisamente lo que he estado esperando.

—Pero Halliday... —Mallory buscó una frase. La figura alta, de ojos siempre ocultos detrás de los lentes oscuros, alzó la cabeza mirando a Halliday, al pie de los escalones del hotel—. No es usted una lechuza, ni un condenado gato del desierto. Tiene que encontrar la solución a la luz del día.

Dándose por vencido, Mallory volvió al coche. Saludó a Halliday con la mano cuando arrancaban, dando marcha atrás contra una de las dunas y levantando una nube de polvo rosado, pero Halliday no le respondió. Miraba a Leonora Sully en el asiento trasero, entre los lienzos, los caballetes. Las extrañas pinturas eran como los ecos de los sueños de Halliday.

Cualesquiera que fuesen los sentimientos que le inspiraba Leonora, pronto los olvidó al descubrir un mes más tarde a otra hermosa vecina en Columbine Sept Heures.

A un kilómetro al noroeste de Columbine, del otro lado del río seco, había una mansión colonial abandonada, habitada en otro tiempo por los empresarios de la refinería, junto a la desembocadura del río. Sentado en el balcón del séptimo piso del Oasis Hotel, tratando de seguir la marcha imperceptible de la luz, mientras, alrededor, el mecánico tictac de los relojes antiguos contaban los minutos y las horas de aquellos días falsos. Halliday veía las paredes blancas de la casa, iluminadas

brevemente por los reflejos de las tormentas de arena. Las terrazas estaban cubiertas de polvo, y las columnas del pórtico, junto a la piscina, habían caído en el estanque. Aunque sólo a cuatrocientos metros al este del hotel, el esqueleto vacío de la casa parecía estar ya envuelto en la noche cercana.

Un día, poco antes de irse a la cama, Halliday vio los faros delanteros de un coche que daba vueltas alrededor de la mansión. Los haces de luz mostraron una figura solitaria que caminaba lentamente de un lado a otro en la terraza. Halliday abandono toda pretensión de dormir y subió al techo del hotel, diez pisos más arriba, y se echó en la cornisa. Un chofer descargaba maletas del coche. La figura de la terraza, una mujer alta vestida de negro, caminaba con los movimientos casuales e indecisos de alguien que apenas sabe lo que hace. Luego de unos pocos minutos, el chofer tomó a la mujer del brazo, como despertándola de alguna clase de sueño.

Halliday se quedó mirando desde el techo, esperando a que los dos personajes aparecieran de nuevo. Los movimientos extraños e hipnóticos de esta hermosa mujer—el pelo negro y la aureola pálida de la cara que flotaban como una linterna en la oscuridad lo habían convencido ya de que ella era la oscura lamia de todos los sueños olvidados— le recordaron a Halliday aquellos primeros paseos hacia el río, entre las dunas, tanteando por primera vez un territorio que ya había conocido en sueños.

Cuando bajó a la habitación, se recostó en el canapé floreado, rodeado por los paisajes de Delvaux y Ernst, y de pronto se quedó dormido. Entonces tuvo los primeros sueños verdaderos, de ruinas clásicas bajo un cielo de medianoche, donde se movían unas figuras iluminadas por la luna, en una ciudad de muertos.

Los sueños volvían cada vez que Halliday se dormía. Despertaba en el canapé, junto a la ventana—cuadro, con el suelo oscurecido del desierto sobre el alféizar, sintiendo que la frontera entre el mundo interior y el exterior se estaba disolviendo. Dos de los relojes, debajo del espejo de la repisa, ya se habían detenido. Con la muerte de los relojes se libraría de todas las viejas ideas sobre el tiempo.

Al final de esa primera semana, Halliday descubrió que la mujer dormía a las mismas horas que él, saliendo a mirar el desierto en el momento en que Halliday se asomaba al balcón. Aunque la figura solitaria de Halliday se distinguía muy claramente contra el cielo pálido, detrás del hotel, la mujer parecía no verlo. Halliday observó que el chófer llegaba al pueblo en el Mercedes blanco. Vestido con el oscuro uniforme, como una sombra borrosa, el hombre pasó por delante de las paredes descoloridas de la Escuela de Bellas Artes.

Halliday bajó a la calle y caminó hacia la oscuridad. Atravesó el río, un Rubicón seco que separaba el pasivo mundo de Columbine Sept Heures de la realidad de la noche próxima, y subió por la otra orilla, hasta más allá de los viejos coches destrozados y de los tambores de gasolina iluminados por la luz crepuscular. Cuando llegó cerca de la casa, la mujer paseaba por el jardín, entre las estatuas cubiertas de

arena; los cristales se acumulaban sobre las caras de piedra como la condensación de inmensas zonas de tiempo.

Halliday titubeó junto a la muralla baja que rodeaba la casa, esperando a que la mujer mirase hacia allí. La cara pálida, la frente alta por encima de unos lentes oscuros, le recordaron de algún modo al doctor Mallory; una misma pantalla ocultaba una poderosa vida interior. La luz tenue persistía entre los planos angulares de las sienes de la mujer, mientras miraba hacia el pueblo, buscando al Mercedes.

Cuando Halliday llegó a la terraza, la mujer estaba sentada en una de las sillas; tenía las manos en los bolsillos del vestido de seda, de modo que sólo se le veía la cara, de gastada belleza; los lentes oscuros parecían separarla del mundo, como una noche interior.

Halliday se detuvo junto a la mesa, donde había un vaso, sin saber cómo presentarse.

—Estoy en el Oasis... en Columbine Sept Heures —comenzó a decir—. La vi desde el balcón.

Halliday señaló la distante torre del hotel; la fachada de color cereza se alzaba contra el aire cada vez más oscuro.

—¿Vecino? —la mujer asintió—. Gracias por venir a verme. Yo soy Gabrielle Szabo. ¿Hay muchos más?

—No... Se han ido. De todos modos había sólo dos, un médico y una pintora joven, Leonora Sully. A ella le gustaba el paisaje.

—Claro. ¿Y también había un médico? —la mujer acababa de sacar las manos del vestido de seda, y ahora las tenía en el regazo, como dos palomas frágiles—. ¿Qué hacía aquí?

—Nada —Halliday pensó en sentarse, pero la mujer no hizo ningún movimiento para ofrecerle la otra silla, como si esperara que Halliday desapareciese con la misma rapidez con que había llegado—. A veces me ayudaba en los sueños.

—¿Sueños? —la mujer volvió la cabeza hacia Halliday y la luz descubrió unas huellas ligeramente hundidas, encima de los ojos—. ¿Hay sueños en Columbine Sept Heures, señor...?

—Halliday. Hay sueños ahora. La noche se acerca.

La mujer asintió, y levantó el rostro hacia el violeta del anochecer.

—La siento en la cara... como un sol negro. ¿Con qué sueña usted, señor Halliday?

A Halliday casi se le escapó la verdad, pero se encogió de hombros y dijo:

—De todo un poco. Una vieja ciudad en ruinas... poblada de monumentos clásicos. Al menos anoche soñé con esa ciudad —Halliday sonrió—. Todavía me quedan algunos de los viejos relojes. Los otros se han parado.

Del camino a lo largo del río subía un penacho de polvo amarillo. El Mercedes se

acercaba velozmente.

—¿Ha estado en Leptis Magna, señor Halliday?

—¿El pueblo romano? Eso es en la costa, a ocho kilómetros de aquí. Si quiere la acompaño.

—Buena idea. El médico de que me habló, señor Halliday, ¿a dónde fue? Mi chófer... necesita tratamiento.

Halliday titubeó. Algo en la voz de la mujer parecía insinuar que podía perder de pronto todo interés en Halliday, muy fácilmente. Halliday no quiso rivalizar otra vez con Mallory y dijo:

—Creo que al norte, a la costa. Se iba del África. ¿Es urgente?

Antes que la mujer pudiese responder, Halliday sintió detrás, a pocos metros, la figura oscura del chófer, abotonada en el uniforme oscuro. Sólo un momento antes el coche había estado a cien metros de allí, en la carretera, y Halliday aceptó con un esfuerzo este salto cuántico en el tiempo. La cara menuda del chófer, de ojos penetrantes y boca apretada, lo miraba inexpresivamente.

—Gaston, este es el señor Halliday. Se está alojando en uno de los hoteles de Columbine Sept Heures. Tal vez podrías llevarlo en el coche hasta el paso del río.

Halliday iba a aceptar, pero el chófer no se movió. Halliday se estremeció sintiendo el aire frío del crepúsculo. Se inclinó saludando a Gabrielle Szabo y comenzó a alejarse. Cuando se detuvo, ya detrás del chófer, para recordarle a la mujer el viaje a Leptis Magna, oyó que ella decía:

—Gaston, estuvo un médico aquí.

Halliday miraba la casa desde el techo del Oasis Hotel, tratando de entender el significado de la ambigua frase de Gabrielle Szabo. La mujer estaba sentada ahora en la terraza, en la oscuridad, mientras el chófer hacía viajes de aprovisionamiento a Columbine y a las refinerías a lo largo del río. Una vez Halliday lo encontró en una esquina, cerca de la Escuela de Bellas Artes, pero el hombre simplemente saludó y siguió caminando con la lata de agua. Halliday postergó una próxima visita a la casa. Cualesquiera que fuesen los motivos por los que Gabrielle Szabo estaba allí, ella le había traído los sueños que él no había encontrado en Columbine Sept Heures ni en el largo viaje al sur... La presencia de la mujer, que movía alguna llave en la mente de Halliday, era todo lo que él necesitaba. Dio cuerda a los relojes y descubrió que dormía ocho o nueve horas de esas supuestas noches.

Sin embargo, una semana después se encontró otra vez con que no podía dormir. Decidió visitar a su vecina y atravesó el río, hacia el crepúsculo que oscurecía cada vez más la arena. Cuando llegó a la casa, el Mercedes blanco salía por la carretera hacia la costa. Gabrielle Szabo iba en el asiento de atrás, al lado de la ventana abierta, y el viento oscuro le levantaba el pelo negro.

Halliday esperó cuando vio que el coche venía hacia él y aminoraba la velocidad.

La cabeza de Gaston se inclinó hacia atrás, y los labios apretados dibujaron el nombre de Halliday. Suponiendo que el coche se iba a detener, Halliday saltó a la carretera.

—Gabrielle... Señorita Szabo...

La mujer se inclinó hacia adelante; el coche blanco aceleró y pasó esquivando a Halliday, lanzándole el polvo a los ojos mientras se alejaba llevándose el rostro enmascarado de Gabrielle Szabo.

Halliday volvió al hotel y subió al techo, pero el coche había desaparecido en la oscuridad del noroeste y la estela se apagaba en el crepúsculo. Bajó al cuarto y se puso a caminar entre los cuadros. Al último reloj casi se le había acabado la cuerda. Cuidadosamente les dio cuerda a todos, sintiéndose aliviado de algún modo ahora que estaba libre de Gabrielle Szabo y del oscuro sueño que ella había traído cruzando el desierto.

Cuando los relojes estuvieron otra vez en marcha, Halliday bajó al sótano. Durante diez minutos pasó de un coche a otro, de los Cadillacs a los Citroen, entrando y saliendo. Ninguno de los coches arrancaba, pero en el patio del taller encontró una motocicleta Honda, y luego de echar combustible en el tanque consiguió encender el motor. Salió de Columbine, y los ruidos del escape reverberaron en las paredes; pero a un kilómetro del pueblo, cuando se detuvo para ajustar el carburador, Columbine parecía haber estado abandonado durante años, y la presencia de Halliday no había dejado allí más huellas que las de su propia sombra.

Fue hacia el oeste, y la aurora subió a su encuentro. Los colores fueron aclarándose, y donde había atado la línea ambigua del crepúsculo aparecieron los perfiles nítidos de las dunas, en el horizonte, y las aisladas torres de agua, que se levantaban como faros de bienvenida.

La carretera desapareció al fin en el mar de arena y Halliday perdió el rumbo y continuó marchando a través del desierto. A un kilómetro hacia el oeste llegó a orillas de un viejo arroyo. Trató de bajar la cuesta, pero perdió el equilibrio y cayó de espaldas mientras la máquina saltaba golpeando las rocas. Halliday atravesó a pie el cauce del arroyo y subió por la otra orilla. Delante había una refinería abandonada, de puentes plateados y tanques que brillaban a la luz del amanecer, y más allá los techos blancos de las casas de los empleados.

Mientras caminaba entre las hileras de chalets, junto a las piscinas vacías que parecían cubrir toda el África, vio el Peugeot estacionado en uno de los portales. Leonora Sully estaba sentada delante del caballete, junto a un hombre alto, de traje blanco. Al principio Halliday no lo reconoció, aunque el hombre se levantó y le indicó que se acercase. El perfil de la cabeza y la frente alta le eran familiares a Halliday, pero los ojos parecían no tener ninguna relación con el resto de la cara. Entonces reconoció al doctor Mallory, y se dio cuenta de que por primera vez lo veía sin los lentes oscuros.

—Halliday... mi querido amigo —Mallory caminó alrededor de la piscina vacía yendo al encuentro de Halliday, y acomodándose la bufanda sobre el cuello de la camisa—. Pensábamos que vendría un día... —Mallory se volvió hacia Leonora, que ahora le sonreía a Halliday—. La verdad es que ya empezábamos a preocuparnos, ¿verdad, Leonora?

—Halliday... —Leonora lo tomó por un brazo y lo hizo volverse hasta ponerlo de cara al sol—. ¿Qué pasó...? ¡Está tan pálido!

—Ha estado durmiendo, Leonora. ¿No lo ves, querida? —Mallory miró a Halliday sonriendo—. Columbine Sept Heures está ahora detrás de la línea del crepúsculo. Halliday, usted tiene cara de alguien que sueña.

Halliday asintió.

—Es bueno salir de la oscuridad, Leonora. Los sueños no valían la pena.

Cuando Leonora apartó la vista, Halliday se volvió hacia Mallory. Los ojos del médico lo inquietaban. La piel blanca de las órbitas parecía aislarlos, como si estuviesen mirándolo desde una cara escondida. Algo le dijo que la falta de lentes de sol señalaba un cambio en Mallory, que aún no había entendido del todo.

Evitando los ojos de Mallory, Halliday señaló el caballete vacío.

—Leonora, no está pintando.

—No necesito hacerlo, Halliday. Sabe... —se volvió para tomar la mano de Mallory—. Ahora tenemos nuestros sueños. Nos llegan del desierto como pájaros enjorjados...

Halliday los miró a los dos, que estaban allí de pie, juntos. Luego Mallory se adelantó, los ojos blancos como espectros.

—Halliday, claro que nos alegramos de verlo... tal vez le gustaría quedarse aquí...

Halliday sacudió la cabeza.

—Vine por el coche —dijo, dominándose. Señaló el Peugeot—. ¿Puedo llevármelo?

—Claro que sí, mi amigo. Pero a dónde... —Mallory señaló el horizonte occidental, donde el sol ardía en un inmenso palio—. El oeste está en llamas.

Halliday echó a caminar hacia el coche.

—Me voy a la costa —por encima del hombro continuó—: Gabrielle Szabo está allí.

Esta vez, mientras huía hacia la noche, Halliday pensaba en la casa blanca del otro lado del río, hundiéndose ahora en la última luz del desierto. Siguió la carretera que corría hacia el noroeste desde la refinería y cruzó el arroyo por un abandonado puente de barcas. La luz escasa del crepúsculo tocaba las agujas distantes de Columbine Sept Heures.

Las calles del pueblo estaban desiertas, y el viento había borrado todas las

pisadas. Halliday subió al cuarto del hotel. La casa de Gabrielle Szabo se alzaba solitaria del otro lado del río. Sosteniendo uno de los relojes de caja dorada, donde las agujas giraban lentamente, Halliday vio cómo el chófer entraba con el Mercedes en la carretera. Un instante después apareció Gabrielle Szabo, un fantasma negro en el anochecer, y el coche salió velozmente hacia el noroeste.

Halliday caminó entre las pinturas del cuarto, mirando los paisajes a la luz débil. Juntó los relojes, los llevó al balcón, y los arrojó uno por uno a la terraza. Las caras destrozadas, blancas como los ojos de Mallory, lo miraban con las manecillas inmóviles.

A un kilómetro de Leptis Magna oyó el agua que bañaba las playas en la oscuridad, y el viento que venía del mar azotando los médanos a la luz de la luna. Las columnas derruidas de la ciudad romana se levantaban junto al único hotel de turismo, que ocultaba los últimos rayos del sol. Halliday detuvo el coche en la entrada de la ciudad, al lado del hotel, y se puso a caminar, dejando atrás los quioscos abandonados. Delante asomaban las altas galerías del foro, y en los pedestales, sobre la cabeza de Halliday, se erguían las estatuas reconstruidas de las deidades olímpicas.

Halliday trepó a uno de los arcos, y desde allí escudriñó las oscuras avenidas, buscando el Mercedes. No queriendo aventurarse en el centro de la ciudad, volvió al coche, entró luego en el hotel, y subió al techo.

Junto al mar, donde habían desenterrado el antiguo teatro, Halliday vio el rectángulo blanco del Mercedes estacionado en el farallón. Debajo del proscenio, en el semicírculo llano del escenario, la figura oscura de Gabrielle Szabo se movía de un lado a otro entre las sombras de las estatuas.

Mientras la miraba y pensaba en El Eco de Delvaux, la ninfa triplicada que camina desnuda entre los pabellones clásicos de una ciudad de medianoche, Halliday se preguntó si se habría quedado dormido sobre el tibio hormigón del techo. Nada parecía separar el mundo de los sueños del mundo de la ciudad antigua, y los luminosos fantasmas de la mente se movían con libertad entre el paisaje interior y el paisaje exterior, como si la mujer de ojos oscuros de la casa del río hubiera cruzado también las fronteras de la psique de Halliday, trayendo del tiempo un decisivo alivio.

Halliday dejó el hotel, siguió la calle que atravesaba la ciudad desierta, llegó al borde del anfiteatro y se quedó allí mirando el lugar. Gabrielle Szabo se acercó caminando por las calles antiguas, y la luz efímera que pasaba entre las columnas le iluminó el rostro pálido. Halliday bajó por los escalones de piedra sintiendo la mirada del chófer desde el muelle, junto al coche. La mujer caminaba hacia Halliday, meciendo lentamente las caderas.

Cuando llegó a tres metros de Halliday, Gabrielle Szabo se detuvo, tentando las sombras con la mano. Halliday se adelantó, dudando que ella pudiese verlo con los lentes de sol que aún llevaba puestos. Al oír el sonido de los pasos la mujer

retrocedió, levantando los ojos hacia el chófer, pero Halliday le tomó las manos.

—Señorita Szabo. La vi caminando aquí.

La mujer retuvo las manos de Halliday con unos dedos repentinamente fuertes. Detrás de los lentes, la cara era una máscara blanca.

—Señor Halliday... —Gabrielle Szabo le palpó las muñecas, como aliviada de verlo—. Pensé que vendría. Dígame, ¿cuánto hace que está aquí?

—Semanas... o meses, no recuerdo. Soñaba con esta ciudad antes de venir al África. Señorita Szabo, la veía a usted a menudo paseando entre estas ruinas.

La mujer asintió, tomando a Halliday del brazo. Juntos se alejaron entre las columnas. Más allá de los pilares oscurecidos de la balaustrada estaba el mar, y las crestas blancas de las olas rodaban hacia la playa.

—Gabrielle... ¿por qué estás aquí? ¿Por qué viniste al África?

La mujer recogió con una mano el vestido de seda mientras bajaban por una escalera hacia la terraza. Se apoyaba fuertemente en Halliday, apretándole el brazo con los dedos, caminando tan tiesa que Halliday se preguntó si estaría ebria.

—¿Por qué? Quizá para ver los mismos sueños.

Halliday iba a hablar cuando oyó los pasos del chófer que bajaba detrás de ellos por la escalera. Miró alrededor, distrayéndose un momento del cuerpo ondulante de Gabrielle, y sintió el olor acre que salía de la abertura de una de las cloacas romanas, allá abajo. La boca de ladrillos de la alcantarilla se había desplomado, y las olas que llegaban de la playa cubrían parcialmente la cloaca.

Halliday se detuvo. Trató de señalar la cloaca, pero la mujer le apretaba la muñeca con dedos de acero.

—¡Allá abajo! ¿Los ves?

Retirando el brazo, Halliday señaló el agua de la alcantarilla, donde había media docena de figuras amontonadas, golpeadas por el mar y la arena húmeda, y que se reconocían como cadáveres sólo por los movimientos de los brazos y las piernas en el agua que entraba y salía.

—Por amor de Dios... ¿quiénes son, Gabrielle?

—Pobres diablos... —Gabrielle Szabo volvió la cabeza, mientras Halliday miraba la alcantarilla, tres metros más abajo—. La evacuación... hubo tumultos. Hace meses que están aquí.

Halliday se arrodilló, preguntándose cuánto tiempo tardaría el mar en llevarse los cadáveres. Nadie podía saber ahora si eran árabes o europeos. Los sueños en los que había visto a Leptis Magna no habían incluido a estos tristes habitantes de las cloacas. De pronto, Halliday gritó de nuevo:

—¿Meses? ¡No ése!

Señaló otra vez el cuerpo de un hombre de traje blanco, tendido junto al borde de la alcantarilla. La espuma y el agua le ocultaban las largas piernas, pero tenía el

pecho y los brazos al descubierto. La bufanda de seda que Halliday había visto una vez en el cuello de Mallory, le atravesaba la cara.

—¡Mallory! —la figura oscura del chófer apareció en el farallón, siete metros más arriba, y Halliday se puso de pie. Se acercó a Gabrielle Szabo, que parecía mirar el mar—. ¡Es el doctor Mallory! ¡Vivió conmigo en Columbine Sept Heures! Cómo... ¡Gabrielle, tú sabías que Mallory estaba aquí!

Halliday la tomó de las manos, y la sacudió enfurecido, haciéndole saltar los lentes. Mientras la mujer se arrodillaba, buscándolos con desesperación, Halliday la sostuvo de los hombros.

—¡Gabrielle! Gabrielle, eres...

—¡Halliday! —con la cabeza gacha la mujer tomó los dedos de Halliday y se los llevó a los ojos, apretándolos contra los párpados—. Mallory, él lo hizo... sabíamos que lo seguirías hasta aquí. Fue mi médico en otro tiempo, he esperado años...

Halliday apartó a la mujer, pisando los lentes de sol. Miró la figura de traje blanco que flotaba en las olas preguntándose qué pesadilla se escondería detrás de la bufanda que cubría el rostro del cadáver, y echó a correr por la terraza, dejando atrás el auditorio, y siguió corriendo por las calles oscuras.

Cuando Halliday llegó al Peugeot, el chófer de traje negro estaba detrás, a no más de veinte metros. Halliday encendió el motor y giró en el polvo, alejándose. Alcanzó a ver en el espejo que el chófer se detenía y sacaba una pistola. El hombre disparó y la bala destrozó el parabrisas. Halliday dobló hacia uno de los quioscos, recuperó el dominio del coche y partió con la cabeza gacha; el viento frío de la noche le sopló en la cara unos fragmentos de vidrio escarchado.

A tres kilómetros de Leptis, no habiendo señales del Mercedes, Halliday se detuvo y sacó a golpes el parabrisas. Mientras seguía hacia el oeste, el aire se entibió y la aurora subió ante él con su promesa de luz y tiempo.

## PRISIONERO DE LOS ABISMOS DE CORAL

Encontré el caracol al bajar la marea; estaba en el fondo de una concavidad pétreo, cerca de la cueva, y la inmensa espiral de madreperla brillaba a través del agua clara como una joya de Fabergé. Durante la tormenta me había refugiado en la boca de la cueva, mirando las olas grises que se lanzaban hacia mí como saurios exhaustos, y allí estaba el caracol, a mis pies, casi como un recuerdo del lamento oceánico.

La tormenta retumbaba todavía a lo lejos, por encima de los acantilados, y no me atrevía a dejar la cueva. Toda la mañana había caminado por ese desierto trecho de la costa de Dorset. Había entrado en una serie de bahías cerradas de las que no salía ningún sendero hacia los acantilados. Golpeados por el mar, los peñascos de piedra caliza sufrían desmoronamientos continuos, y las playas estaban cubiertas de inmensos bloques carcomidos. Era casi seguro que habría nuevos derrumbes después de la tormenta. Salí con cautela del refugio, y miré hacia los altos acantilados. Ni siquiera las gaviotas que giraban allá arriba gritando parecían demasiado interesadas en esas inseguras cornisas.

A mis pies estaba el caracol, aumentado tal vez por la lente del agua. Tenía por lo menos treinta centímetros de diámetro, y la caparazón acanalada terminaba en cinco enormes puntas. Un gasterópodo fósil que había tomado sol en los cálidos mares del período cámbrico hacía quinientos millones de años, y que probablemente había sido arrancado por las olas de uno de los cantos rodados.

Impresionado por su tamaño, decidí llevarlo a casa para regalárselo a mi mujer como recuerdo de las vacaciones: necesitado de un radical cambio de ambiente luego de un período de trabajo sin precedentes en el colegio, me habían mandado una semana a la costa. Bajé al charco, saqué el caracol del agua y di media vuelta para desandar el camino a lo largo de la orilla.

Con sorpresa, descubrí que desde el borde de piedra caliza, a veinte metros de distancia, me observaba una Figura solitaria: una mujer alta, de pelo negro y con un vestido azul marino que le llegaba a los pies. La mujer estaba inmóvil entre las rocas, como una visión prerrafaelista de la virgen de algún primitivo pueblo de pescadores, y me miraba con ojos contemplativos velados por las nubes de espuma. El pelo negro, partido al medio en el centro de una frente chata, le caía como un chal hasta los hombros y le rodeaba el rostro sereno pero algo melancólico.

La miré en silencio, y luego ensayé un ademán con el caracol. Los escabrosos acantilados y el cielo y el océano abruptos parecían cercanos con una sensación de absoluta lejanía, como si la playa rocosa y nuestro encuentro casual hubiesen sido trasladados a las sombrías costas de Tierra del Fuego, en los confines del mundo.

Contra los húmedos acantilados, el vestido azul fulguraba con vibraciones casi espectrales, sólo comparables a las del brillante nácar del caracol que yo tenía en las manos. Supuse que la mujer viviría en alguna casa solitaria en la cima de los acantilados —la tormenta había terminado hacía sólo diez minutos, y no se veía ningún otro refugio—, y que entre las fisuras de la piedra caliza correría algún oculto sendero.

Subí a la piedra donde estaba la mujer y caminé hacia ella. Había tomado esas vacaciones con el fin específico de huir de los demás, pero luego de la tormenta y de ese paseo por la costa abandonada sentía una cierta alegría de poder hablar con alguien. Aunque mi sonrisa no obtuvo ninguna respuesta, parecía que los ojos oscuros de la mujer me observaban sin hostilidad, como si esperara que yo me acercase.

A nuestros pies siseaba el mar, y las olas corrían como serpientes entre las rocas.

—La tormenta fue de veras sorpresiva —comenté—. Conseguí refugiarme en la cueva. —Señalé la cima del acantilado, a setenta metros por encima de nuestras cabezas.— Supongo que tendrá una magnífica vista al mar. ¿Vive allá arriba?

La piel de la mujer era de nácares antiguos. —Vivo junto al mar —dijo. Había un timbre curiosamente profundo en esa voz, que parecía venir del fondo del agua. Era por lo menos quince centímetros más alta que yo, que no soy de ningún modo un hombre de baja estatura—. Tiene un caracol muy bonito —dijo.

Lo sopesé en la mano. —Imponente, ¿verdad? Un caracol fósil... mucho más viejo que esta piedra caliza. Quizás se lo regale a mi mujer, aunque merecería estar en el Museo de Historia Natural.

—¿Por qué no lo deja en la playa, que es su sitio natural? —dijo la mujer—. Su casa es el océano.

—Pero no este océano —repliqué—. Los océanos cámbricos donde nadó este caracol desaparecieron hace millones de años. —Despegué unas algas adheridas a una de las puntas y las arrojé al aire.— No sé por qué, pero me fascinan los fósiles: son como cápsulas de tiempo; si pudiésemos desenroscar esta espiral, probablemente nos mostraría imágenes de todos los paisajes que ha visto: los grandes océanos del Carbonífero, los cálidos mares del Triá...

—¿Le gustaría volver a esas eras? —En la voz de la mujer había un dejo de curiosidad, como si mis comentarios la hubiesen intrigado.— ¿Las preferiría a esta época?

—No creo. Supongo que no es más que la nostalgia de la propia memoria inconsciente. Quizás entienda a qué me refiero: el mar es como la memoria. Todo lo que hay en él, por muy perdido u olvidado que esté, existe para siempre... —Los labios de la mujer se movieron esbozando tal vez el comienzo de una sonrisa.— ¿O le resulta extraña la idea?

—No, de ninguna manera.

Me miraba pensativa. Aquel vestido estaba tejido con luminosas hebras de plata azul, casi como las duras y brillantes escamas de un pez oceánico.

Volvió los ojos hacia el mar. Empezaba a subir la marea, y las aguas ya cubrían la concavidad donde había encontrado el caracol. Las primeras olas entraban por la boca de la cueva, y pronto rodearían el sitio donde estábamos. Miré por encima del hombro hacia el acantilado, buscando señales del camino.

—Vuelve a ponerse tormentoso —dije—. El Atlántico tiene bastante mal carácter, y es impredecible... como corresponde a un mar viejo. En otro tiempo fue parte de un gran océano llamado...

—Poseidón.

Me volví para mirarla.

—¿Lo sabía?

—Por supuesto. —Me observó con tolerancia.— Usted es maestro. ¿Y eso es lo que les enseña a los alumnos? ¿A recordar el mar y volver al pasado?

Me reí de mí mismo, divertido por la certera observación de la mujer. —Lo siento. Uno de los peligros de nuestra profesión es que nunca podemos resistir la tentación de divulgar conocimientos.

—¿La memoria y el mar? —Meneó la cabeza.— Eso no es conocimiento sino magia. Hábleme del caracol.

El agua subía hacia nosotros entre las rocas. A mi izquierda, una gigantesca calzada de pilares caídos llevaba a la seguridad del lado alto de la playa. No sabía si irme; el ascenso por la cara del acantilado, aunque el camino fuese muy nítido, llevaría por lo menos media hora, sobre todo si tenía que ayudar a mi compañera. Al parecer indiferente al océano, la mujer miraba las olas que se retorcían a nuestros pies como reptiles en un nido. Alrededor, los grandes acantilados parecían hundirse en el agua.

—Quizás lo más acertado sea dejar que hable el caracol —le respondí. Mi mujer era menos tolerante con esa tendencia mía a aburrir a los demás. Llevé el caracol al oído y escuché la susurrante trompa.

La hélice reflejaba el siseo de las olas, y los contornos del caracol amplificaban de algún modo los sonidos, que reverberaban con el murmullo más secreto de las aguas profundas. A mi alrededor las olas rompían y saltaban entre las rocas con rugidos y suspiros rítmicos, pero del caracol brotaba una extraordinaria confusión de sonidos, y tuve la sensación de que yo no sólo escuchaba las olas que se estrellaban en la orilla sino un inmenso océano que lamía todas las playas del mundo. Oía el bramido y el silbido de olas gigantes, el canto de grava arrastrada por corrientes submarinas, tormentas y vientos huracanados que hacían girar y hervir las aguas. Entonces, de pronto, hubo un aparente cambio de escena, y oí la tranquila cadencia de

un mar diferente, una delgada y vaporosa laguna de cuya superficie asomaban unos helechos inmensos y donde unos leviatanes medio sumergidos se extendían como bancos de arena bajo un sol benigno...

Mi compañera me miraba alzando la cara para recibir la espuma que saltaba de las rocas. —¿Oyó el mar?

Apreté el caracol contra la oreja. Volví a oír sonidos de mares antiguos; esta vez era una tormenta inmensa, una lucha titánica contra los istmos de un continente que se hundía. Oí los gruñidos de saurios gigantes, los chillidos de aves reptiles que caían en picada sobre las presas desde altos acantilados, moviendo desmañadamente las alas.

Asombrado, estrujé la caparazón entre las manos, palpando las duras púas calcáreas como si fuesen las llaves que abrirían el secreto del caracol.

La mujer continuaba mirándome. Por algún extraño efecto de aquella luz crepuscular, su estatura parecía haber aumentado, y ahora mi cabeza apenas le llegaba a los hombros.

—No... oigo nada —dije, indeciso.

—¡Escúchelo! —me pidió—. Ese caracol ha oído los mares de todos los tiempos, cada ola ha dejado en él su eco.

La primera lengua de espuma me corrió sobre los pies, mojándome las secas tiras de las sandalias. Una calzada rocosa, cada vez más estrecha, comunicaba todavía el sitio donde estábamos con la playa. La cueva había desaparecido, y vomitaba breves bocanadas de burbujas cada vez que retrocedían las olas.

Señalé el acantilado. —¿Hay algún camino? ¿Algún camino que lleve al mar?

—¿Al mar? ¡Por supuesto! —El viento le alzó la cola del vestido, y le vi los pies descalzos, los dedos envueltos en algas.— Ahora escuche el caracol. El mar está despertando para usted.

Levanté el caracol con las dos manos. Esta vez cerré los ojos, y mientras los sonidos de antiguos vientos y océanos reverberaban en mis oídos vi una repentina imagen de esa bahía solitaria millones de años antes. Al cielo subían altos farallones de esquisto, y por las bastas playas se movían reptiles inmensos que aullaban a los grotescos peces acorazados que los embestían desde el agua. El horizonte era un anillo de conos volcánicos que manchaban el cielo con bocas rojas.

—¿Qué oye? —preguntó insistente mi compañera, evidentemente desilusionada—. ¿El mar y el viento?

—No oigo nada—dije con voz ronca—. Sólo un susurro.

El sonido brotaba de la boca del caracol; los ásperos rugidos de los saurios competían con el mar. De repente, por encima de esa babel, oí otro sonido, un delgado grito que parecía venir de la cueva donde yo me había refugiado. Busqué la imagen en la mente, y vi la boca de la cueva en el acantilado, por encima de las

cabezas de los atareados reptiles.

—¡Espere! —Aparté con un ademán a la mujer, sin prestar atención a las olas que me corrían entre los pies. Cuando se fue la ola apreté contra la oreja la caparazón y volví a oír el débil grito humano, la afligida súplica...

—¿Oye ahora el mar? —La mujer tendió la mano para que le diese el caracol.

Lo sostuve con firmeza y vociferé por encima de las olas. —¡No *este* mar! ¡Dios mío, oí gritar a un hombre!

La mujer vaciló un instante, sin saber cómo tomar esas inesperadas palabras. — ¿Un hombre? ¿Quién? ¡Dígame! ¡Déme el caracol! ¡No era más que un marinero ahogado!

Volví a apartar el caracol. Todavía se oía la voz, apagada de vez en cuando por los rugidos de los reptiles. Sí, un marinero, pero un marinero del futuro distante, abandonado hacía millones de años en esa cueva a orillas de un océano triásico, protegido por esa extraña náyade de los abismos que ahora me guiaba a mí hacia las olas.

La mujer había caminado hasta el borde de la roca, y las hebras del pelo le relucían sobre la cara al viento. Me invitó con la mano a acercarme.

Por última vez llevé el caracol al oído, y por última vez oí aquel grito débil y quejumbroso, perdido en el torbellino.

—¡S-s-o-c-o-r-r-o!

Cerré los ojos y dejé que la imagen de la antigua costa me inundase la mente, y por un instante fugaz vi un rostro pequeño y pálido que miraba desde la boca de la cueva. Ese hombre, quienquiera que fuese, ¿habría perdido toda esperanza de volver a su propio tiempo, y buscado entonces un hermoso caracol que arrojó al mar ilusionado con que alguien oyese su voz y regresase a salvarlo?

—¡Vamos! ¡Es hora de irnos! —Aunque ella estaba a cuatro metros de distancia, las manos tendidas casi parecían tocarme. El agua le corría alrededor del vestido, y dibujaba con él extrañas figuras líquidas. La cara que me miraba era la cara de un pez monstruoso.

—¡No!

Enfurecido de pronto, me aparté de ella, di media vuelta y arrojé el caracol a las aguas profundas, lejos del alcance de la mujer. Al desaparecer el caracol entre las fuertes olas oí el roce de unas pesadas vestimentas, casi como un batir de alas membranosas.

La mujer había desaparecido. Salté con rapidez a la primera piedra de la calzada, me deslicé hasta la siguiente entre dos olas y luego trepé hasta un sitio seguro. No miré hacia atrás hasta que tuve la protección de los acantilados.

Desde el borde de roca donde había estado la mujer, un enorme lagarto me miraba con ojos inexpresivos.

## MAÑANA ES UN MILLÓN DE AÑOS

Al atardecer los vientos del tiempo soplaban sobre el Mar de los Sueños, y desde el pabellón donde descansaba Glanville, a orillas del arrecife, se veían claramente en la arena enjorada los restos plateados del módulo de excursión. Durante la primera semana después del accidente, cuando apenas podía mover la cabeza, había visto imágenes del *Santa María* y del *Golden Hind* que navegaban hacia él por la arena cobriza, mientras la luz menguante iluminaba las ventanas ornamentales de los altos castillos de popa. Más tarde, sentado en la silla de ruedas, había visto las tripulaciones espectrales de esos barcos espectrales, figuras sombrías que lo miraban desde los alcázares. Una vez, cuando pudo caminar de nuevo, Glanville fue hasta la superficie del lago, cojeando apoyado en el bastón mientras la mujer lo llevaba del codo. A doscientos metros del módulo había visto de pronto cómo se materializaba entre los restos un barco inmenso que avanzaba por la arena hacia ellos, las velas cuadradas infladas por los vientos del tiempo. En la luz cereza, Glanville reconoció las dos anclas de proa que asomaban como colmillos, los mástiles y los hierros y arpones para pescar ballenas. Judith lo tomó del brazo para llevarlo de vuelta al pabellón, pero Glanville se desasíó con un movimiento brusco. El enorme barco surcaba la arena en silencio, con un lento balanceo, y el casco se elevaba sobre ellos como si lo estuvieran mirando desde un esquife a veinte metros de la proa de estribor. Mientras les pasaba al lado, con un leve suspiro de arena, el susurro de los vientos del tiempo, Glanville señaló los tres hombres que los miraban desde la barandilla del alcázar, el alto de mirada dura y cara de galleta, el otro jovial y el tercero rubicundo y fumando en pipa.

—¿Los ves? —gritó Glanville—. ¡Starbuck, Stubb y Flask, los segundos de a bordo del *Pequod*! —Glanville señaló el timón, donde un viejo de mirada salvaje contemplaba el borde del arrecife contra el que parecía destinado a estrellarse.— ¡Ahab...! —gritó, previniéndolo. Pero el barco había llegado al arrecife, y en un instante desapareció entre las rocas que hacían pensar en escoria, mientras las últimas luces alumbraban un instante final la vela de mesana.

—¡*El Pequod*! Dios mío, se veían los oficiales, Ishmael y Tashtego... Ahab estaba allí, y los segundos de a bordo, ¡los tres hombres trascendentales de Melville! ¿Los viste, Judith?

La mujer asintió mientras lo ayudaba a caminar hacia el pabellón, ocultando el entrecejo a la luz crepuscular. Glanville sabía perfectamente que ella no veía nunca los barcos espectrales, pero que no obstante sentía que algo inmenso y extraño salía de los vientos del tiempo y avanzaba por el lago de arena. Por el momento ella estaba

más interesada en asegurarse de que él se recuperara del largo viaje y del absurdo accidente cuando el módulo de excursión se estrelló al aterrizar.

—Pero ¿por qué el *Pequod*? —preguntó Glanville mientras descansaban en las sillas de la galería del pabellón. Se enjugó la cara mofletuda y sin afeitar con un pañuelo floreado—. El *Golden Hind* y el *Santa María*, sí... barcos de descubrimiento; Drake circunnavegando el globo se parece un poco a nosotros atravesando medio universo... pero el barco de Crusoe habría sido más apropiado, ¿verdad?

—¿Por qué? —Judith miró la arena que inundaba el suelo metálico apizarrado de la galería. Se llenó el vaso de soda del sifón y luego jugó con el líquido chispeante, observando las burbujas con ojos severos.— ¿Porque estamos aislados?

—No... —Irritado por la respuesta de la mujer, Glanville se volvió para encararla. A veces la actitud flemática de ella lo fastidiaba: casi daba la sensación de que Judith disfrutaba desinflándole el optimismo, por forzado que fuese.— Lo que quiero decir es que Crusoe, al igual que nosotros aquí, se fabricó un nuevo mundo con los pedazos del viejo que llevaba consigo. Nosotros podemos hacer lo mismo, Judith. —Hizo una pausa, pensando cómo reafirmar su autoridad física, y luego dijo con tranquilo énfasis:— No estamos aislados.

La mujer asintió, sin mostrar ninguna expresión en el rostro. Casi sin mover la cabeza, miró el cielo nocturno que asomaba detrás del borde del toldo. Allá arriba, muy alto, un solo punto luminoso atravesaba el cielo sin estrellas, señalando su camino hacia el polo norte con el faro intermitente. —No, no estamos aislados... al menos por mucho tiempo, con eso ahí arriba. El capitán Thornwald no tardará mucho en alcanzarnos.

Glanville miró el fondo del vaso. A diferencia de su mujer, disfrutaba poco viendo el faro de emergencia automático de la nave de control que transmitía su posición al universo entero. —Llegará hasta donde estamos sin problema. Somos afortunados. En vez de tenerlo siempre en los talones, por fin nos libramos de él para siempre. No mandarán a nadie después de Thornwald.

—No, tal vez. —Judith tamborileó con los dedos en la mesa metálica.— Pero ¿cómo propones deshacernos de él? No me digas que os vais a trabar en combate mortal. En este momento apenas puedes mover un pie delante del otro.

Glanville sonrió, pasando por alto con esfuerzo el sarcasmo que había en la voz de la mujer. A pesar de las cualidades que los habían llevado a ese sitio (destreza, astucia, hasta cierto tipo de coraje), ella lo seguía viendo a él como un chiste difícil. A veces se preguntaba si no habría sido mejor no haberla llevado consigo. Solo allí, en ese mundo, no habría tenido a nadie que le recordase su figura floja y madura, sus pequeñas indecisiones y fantasías. Podría haberse sentado a mirar los largos crepúsculos y disfrutar de la extraña poesía del Mar de los Sueños.

Pero una vez que se deshiciese del capitán Thornwald quizás ella lo tomaría finalmente en serio. —No te preocupes, no habrá combate mortal: dejaremos que soplen sobre él los vientos del tiempo.

Sin inmutarse, Judith dijo: —¿Dejarás que lo embista uno de tus barcos espectrales? Quizás no los vea.

Glanville miraba fijamente las oscuras grutas del arrecife arenoso que bordeaba la orilla septentrional del lago, a tres kilómetros de distancia. A pesar de la uniformidad —los sistemas lacustres cubrían todo el planeta—, las perspectivas llanas del paisaje lo fascinaban. —Que las vea o no las vea, da lo mismo. A propósito, el *Pequod* esta tarde... es una pena que no hayas visto a Ahab. Estaban todos allí, exactamente como los describió Melville en *Moby Dick*.

La mujer se levantó, como si estuviera segura de que él iba a empezar con otra de sus rapsodias. Se cepilló la arena blanca que le cubría como un encaje el brocado azul del vestido. —Ojalá tengas razón. Quizás la próxima vez veas el *Holandés Errante*.

Distraído por sus propios pensamientos, Glanville miró la alta figura de Judith que se alejaba playa abajo, siguiendo la línea de la marea formada por la arena que traía el viento de la superficie del lago. ¿El *Holandés Errante*? Curiosa observación. Por haber ido a ese planeta remoto, si alguna vez decidían regresar a casa la dilatación temporal les haría perder siete años de sus vidas, por coincidencia el tiempo que transcurrió mientras el condenado Holandés vagaba por los mares... Desembarcaría cada siete años, con la libertad de quedarse en tierra si encontraba el amor de una mujer fiel.

¿Sería él mismo el Holandés? Tal vez, en un sentido remoto. ¿O lo sería Thornwald? Thornwald y Judith se habían conocido durante las investigaciones preliminares y, por increíble que pareciese, quizás había pasado algo entre ellos: costaba creer que Thornwald los hubiese perseguido hasta ese sitio, sacrificando toda esperanza de antigüedad y de ascenso por un pequeño abuso de las leyes de emigración. La contaminación bacteriana podía ser grave en algunos planetas, pero se habían limitado a mundos áridos en un extremo vacío del universo.

Glanville miró los restos del módulo de excursión. Por un momento hubo un destello de velas y de mástiles, como si todo el *Cutty Sark* estuviese a punto de brotar de la arena. Ese extraño fenómeno, consecuencia de la enfermedad temporal producida por las inmensas distancias del espacio interestelar, se había manifestado cada vez con mayor frecuencia durante el largo viaje. Cuanto más penetraban en el espacio profundo, mayor era la nostalgia de la mente humana, y mayor el afán de transformar los objetos de fabricación humana, por ejemplo las naves espaciales en las que viajaban, en sus arcaicos antepasados. Judith, por algún motivo, no había sufrido los efectos de ese mal, pero Glanville había tenido una serie de visiones extraordinarias, fragmentos de los mitos y los sueños del pasado terrestre, que habían

renacido saliendo de los lagos muertos y de los mares fósiles de mundos extraños.

Judith, desde luego, carecía no sólo de imaginación sino de sentido de culpa: el delito de Glanville, cuyo recuerdo él había reprimido casi por completo, no era responsabilidad de ella, por muy casados que estuviesen. Además, los fracasos de los que Judith lo acusaba en silencio todos los días tenían que ver con el carácter, y a los ojos de ella eran más serios que cometer desfalcos, robos o hasta asesinatos. Era eso precisamente lo que le permitía elaborar planes para deshacerse de una vez por todas del capitán Thornwald.

Tres semanas más tarde, cuando llegó Thornwald, Glanville estaba totalmente recuperado del accidente. Desde la cima del arrecife de arena que daba sobre el borde occidental del lago, miró cómo la cápsula del capitán de policía aterrizaba a doscientos metros del pabellón. Judith, debajo del toldo de la galería, alzó una mano para protegerse del polvo levantado por los retrocohetes. Nunca había cuestionado la estrategia de Glanville para enfrentar a Thornwald, pero él de vez en cuando la había sorprendido mirando hacia arriba, hacia la señal de la nave de control, como calculando el número de días que tardaría Thornwald en alcanzarlos. Lo sorprendía la paciencia de ella. En una ocasión, una semana antes de la llegada de Thornwald, casi la había desafiado a que le dijese si de verdad creía que él podría burlar al capitán de policía. Irónicamente, se dio cuenta de que probablemente sí lo creía. Pero en ese caso ¿por qué seguía despreciándolo?

Al abrirse la escotilla de estribor de la cápsula, Glanville se puso de pie en la orilla del arrecife y empezó a hacer señales con ambos brazos. Caminó por el borde del arrecife, luego saltó los dos últimos metros hasta el suelo del lago y echó a correr hacia la cápsula. ¡Thornwald! ¡Capitán, qué alegría verlo!

Enmarcado por el cuello de acero del traje espacial, el rostro cansado del policía miró a Glanville desde la escotilla abierta. Thornwald se levantó con esfuerzo, aceptó la mano que le tendía Glanville y bajó a tierra. Cuidando de no darle la espalda a Glanville, se abrió el cierre del traje y miró rápidamente hacia el pabellón y hacia los restos del módulo de excursión.

Glanville iba y venía a su alrededor. Por algún motivo, la actitud cauta de Thornwald —con esa mano siempre cerca del arma que llevaba en la funda— lo divertía. —Capitán, hizo usted un magnífico aterrizaje. Tiene usted una excelente puntería, como lo demuestra el solo hecho de haber llegado aquí. Supongo que vio la señal, pero aún así... —Cuando Thornwald iba a hablar, Glanville volvió a la carga: — No, claro que no lo dejé allí deliberadamente. Maldita sea, ¡nos estrellamos de veras! ¿Puede usted creerlo? Después de semejante viaje casi nos desnucamos. Por suerte a Judith no le pasó nada, ni siquiera tiene un rasguño. Se alegrará de verlo, capitán.

Thornwald asintió lentamente, siguiendo con los ojos la figura gordinflona y

sudorosa de Glanville que andaba alrededor de la cápsula. Alto, encorvado, de rostro duro y pesimista y toda la cautela de un viejo policía, parecía un poco inquieto por la maniática alegría de Glanville.

Glanville señaló hacia el pabellón. —Vamos a almorzar. Usted debe de estar rendido. —Abarcó con un ademán el lago de arena y el cielo vacío.—Aquí no hay mucho que ver, ya sé, pero se descansa. Después de unos días...

—¡Glanville! —Thornwald se detuvo. Con rostro inexpresivo, tendió la mano como si fuera a tocar el hombro de Glanville.— ¿Comprende para qué estoy aquí?

—Desde luego, capitán. —Glanville lo miró con una sonrisa fácil.— Por Dios, deje de poner esa cara seria. No voy a huir. No hay adonde escapar.

—Mientras tenga usted eso claro. —Thornwald caminaba despacio por la arena fina, apoyando los pies con cuidado como probando la validez de ese planeta con su eufórico habitante.— Puede comer algo. Luego nos prepararemos para el regreso.

—Como usted quiera, capitán. Aunque el tiempo no nos apremia. Siete años para venir y volver, ¿qué importancia pueden tener unas horas o incluso unos días? Todos esos mequetrefes que dejó en el departamento serán ahora jefes de policía; yo no me daría mucha prisa. Además, hasta las leyes de emigración pueden haber cambiado...

Thornwald asintió con expresión severa. Glanville iba a presentarle a Judith, que estaba de pie en la galería, callada, a menos de diez metros de distancia, pero de repente Thornwald se detuvo y miró hacia el lago, como si buscara un francotirador invisible escondido entre los arrecifes.

—¿De acuerdo? —preguntó Glanville. Cambiando el tono y el ritmo de voz, señaló—: Lo llamo el Mar de los Sueños. No olvide, capitán, que estamos muy lejos de casa. Aquí, a la hora del crepúsculo, se producen extrañas visiones. Le conviene darles la espalda. —Saludó con la mano a Judith, que los miraba con labios fruncidos. — Es el capitán Thornwald, querida. Por fin nos rescatan.

—En cierto modo. —Judith miró a Thornwald, que se había quedado junto a Glanville, como si no pudiera decidirse a entrar en el pabellón.— Espero que se sienta usted convencido de que todo esto es necesario, capitán. La venganza es un pobre motivo de justicia.

Glanville carraspeó. —Bueno, sí, querida, pero... Vamos, capitán, siéntese. Tomaremos una copa. Judith, ¿podrías...?

Tras una pausa, Judith asintió y entró en el pabellón.

Glanville hizo un gesto contemporizador. —Un momento difícil, capitán. Pero, como usted sabe, Judith siempre fue un poco impetuosa.

Thornwald asintió, mirando cómo Glanville acomodaba la silla del otro lado de la mesa. Señaló los restos del módulo de excursión. —¿Está muy dañado? luego lo miraremos.

—Es perder el tiempo, capitán. No tiene arreglo.

Thornwald examinó los restos. —En ese caso, quisiera descontaminarlo antes de nuestra partida.

—¿No le parece inútil? Aquí no vendrá nadie. El planeta entero está muerto. De todos modos, queda mucho combustible en los tanques; si usted origina un cortocircuito al rociarlo, puede explotar. —Glanville miró alrededor, impaciente.— ¿Y esos tragos? Judith está...

Empezó a levantarse, y vio que Thornwald lo seguía hasta la puerta del pabellón. —Tranquilo, capitán.

Impasible, Thornwald se apoyó en la puerta. Miró el rostro mofletudo y sudoroso de Glanville. —Permítame ayudarlo.

Glanville se encogió de hombros y lo invitó a entrar con un ademán, pero de repente se detuvo. —¡Por Dios, capitán! Si yo quisiera huir, no habría estado aquí esperándolo. Créame que no tengo una pistola escondida en una botella de whisky, o algo por el estilo. Sólo quiero evitar una escena entre usted y Judith.

Thornwald asintió, y se quedó esperando en la puerta. Cuando Glanville apareció con la bandeja, volvió a su silla, y recorrió con la mirada el pabellón y la playa circundante, como si buscara el elemento que faltaba de un rompecabezas. —Glanville, tengo que presentar una acusación contra usted... ¿Sabe lo que le espera cuando regrese?

Glanville se encogió de hombros. —Por supuesto. Pero después de todo el delito fue relativamente trivial, ¿verdad? —Tendió la mano hacia el abultado traje de vuelo extendido sobre la baranda de la galería.— Permítame sacar esto del sol. ¿Dónde se ha metido Judith?

Mientras Thornwald miraba hacia la puerta del pabellón, Glanville buscó el lápiz de acero que había en la rodilla derecha del traje. Lo sacó de la ranura y luego, deliberadamente, lo dejó caer en el suelo metálico.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Una linterna? —Empujó la tapa con el pulgar y luego buscó rápidamente el botón de resorte.

—¡No oprima eso! —Thornwald se había puesto de pie.— Es un reflector de radio, llenará todo esto de... —Estiró el brazo por encima de la mesa y trató de arrebatarse el aparato a Glanville; después levantó el antebrazo para protegerse la cara.

De la boquilla del lápiz que sostenía Glanville en la mano brotó de repente un chorro de aluminio vaporizado, como el escape de un fuego artificial. Dos o tres segundos más tarde la nube titilante llenó la galería, pintando las paredes y el techo. Thornwald apartó la mesa de un puntapié y ocultó la cara entre las manos, el pelo y la frente cubiertos de pintura plateada.

Glanville retrocedió hasta las escaleras, mientras la pintura le salpicaba los brazos y el pecho, apuntando el chorro directamente al policía. Arrojó el aparato al suelo, y

desde allí el contenido siguió brotando en ráfagas hacia la luz del sol; las corrientes convectoras recogían esas ráfagas y se las llevaban como si fueran enjambres de luciérnagas. Luego, agachando la cabeza, Glanville dio media vuelta y echó a correr hacia la orilla del arrecife de arena, a cincuenta metros de distancia.

Dos horas más tarde, Glanville, acurrucado dentro de las grutas del arrecife en la orilla occidental del lago, miró divertido cómo la figura plateada de Thornwald salía del pabellón a la luz del sol. La nube de vapor se había asentado, y los paneles del techo y de los lados, monótonos y grises, eran ahora de un brillante plateado aluminizado, y brillaban a la luz del sol como si aquello fuese un templo. En el marco de la puerta, Judith miraba cómo Thornwald se alejaba despacio hacia la cápsula. Fuera de las dos evidentes huellas de manos que tenía sobre la cara, todo su cuerpo estaba cubierto por las partículas de aluminio. Su pelo relucía a la luz del sol como una hoja de plata.

—¡Glanville...! —La voz de Thornwald, algo quejumbrosa, retumbaba en las galerías y del arrecife. Tenía abierta la tapa de la funda de la pistola, pero el arma seguía allí adentro, y Glanville supuso que no tenía intención de buscarlo en las galerías y pasillos del arrecife. Las columnas de arena fundida apenas podían sostener su propio peso; cada unas pocas horas, cuando alguno de los grandes sistemas de pilares se desmoronaba en una nube de polvo, se producía una sombría erupción.

Sonriendo para sus adentros, Glanville miró cómo Thornwald se volvía para mirar hacia el pabellón. Evidentemente intrigada por ese duelo entre los dos hombres, Judith se había sentado en la galería, y miraba como una dama medieval en un torneo.

El capitán de policía avanzó hacia el arrecife, con piernas rígidas y torpes, como si tuviera conciencia de su reluciente forma. Riendo satisfecho, Glanville raspó la arena del arrecife curvo que se alzaba sobre su cabeza y frotó con ella las manchas de pintura plateada que tenía en las mangas y en los pantalones. Mientras tomaba agua del frasco que había ocultado en el arrecife tres días antes, echó una mirada al reloj. Eran casi las tres: dentro de cuatro horas andarían fantasmas por el lago de arena. Palmeó el paquete envuelto en plástico gris que tenía al lado, en una saliente.

A las siete los vientos del tiempo empezaron a soplar sobre el Mar de los Sueños. Cuando el sol se puso detrás de las sierras occidentales, las largas sombras de los arrecifes de arena atravesaron el suelo del desierto, oscureciendo las vetas de cuarzo como si cerraran un laberinto de caminos secretos.

Agazapado al pie del arrecife, Glanville avanzó con cautela por la playa, el cuerpo manchado de arena apenas visible en la oscuridad. A cuatrocientos metros de distancia, Thornwald estaba sentado solo en la galería del pabellón; los últimos rayos de sol le iluminaban el cuerpo plateado. Mientras lo miraba por encima del lago seco, Glanville supuso que ya se le estaban acercando los vientos del tiempo, cargados de extrañas imágenes de barcos y mares fantasmas, tal vez de sirenas y monstruos

alucinantes. Thornwald estaba sentado muy rígido en la silla, con una mano apoyada en la baranda que tenía delante.

Glanville avanzó por la playa, pisando con mucho cuidado entre las vetas de cuarzo deslustrado. Cuando los restos del módulo de excursión y la cápsula más pequeña se interpusieron entre él y el pabellón, comenzó a ver el borroso perfil de un buque de casco bajo, una goleta o un bergantín, con las velas arrizadas, como si estuviera a punto de anclar en una laguna de piratas. Sin prestarle atención, Glanville se arrastró metiéndose en una falla poco profunda que atravesaba el lago, una grieta de apenas un metro de profundidad. Mientras recuperaba el aliento, abrió el paquete, puso el objeto que había dentro bajo el brazo y echó a andar hacia los brillantes restos del módulo.

Veinte minutos más tarde Glanville salió de su lugar estratégico detrás del módulo de excursión. Por ambos lados pasaban los bultos espectrales de dos barcos de velas cuadradas, cortando con las proas la arena caliente.

Mirando absorto el pabellón, donde se había alzado la figura de Thornwald como un fantasma electrificado, Glanville atravesó la imagen translúcida de un cable de anclaje que se curvaba clavándose en la superficie del lago allí delante. Sosteniendo el objeto que había sacado del paquete encima de la cabeza como si fuera una linterna, caminó resueltamente hacia el pabellón.

Cuando llegó a la orilla del lago los cascos de los buques anclados quedaron flotando en silencio a sus espaldas. Treinta metros más adelante, la pintura plateada que rodeaba el pabellón moteaba la arena con un falso brillo lunar, pero una profunda oscuridad envolvía el resto de la playa y del lago. Mientras caminaba a pasos rítmicos los últimos metros que lo separaban del pabellón, Glanville vio con claridad la alta figura de Thornwald apretada contra la pared de la galería, mirando con cara horrorizada, en la que se veía la forma de sus propias manos, la aparición que tenía delante. Cuando Glanville llegó a los escalones, Thornwald lo señaló con un ademán pasivo, levantando una mano hacia la pistola apoyada en la mesa.

Glanville tiró rápidamente el objeto que llevaba. Recogió la pistola sin darle tiempo a Thornwald a moverse, y luego susurró, menos para Thornwald que para sus adentros: —Extraños mares, capitán, se lo advertí... —Se agachó y empezó a retroceder por la galería, apuntando con la pistola al pecho de Thornwald.

Entonces se abrió la puerta que había a la izquierda, y antes de que pudiese reaccionar salió del pabellón la figura translúcida de su mujer y le tiró el arma de la mano.

Glanville giró furioso hacia ella, y luego lanzó un grito al espectro sin cabeza que le atravesó el cuerpo y se alejó a pasos largos hacia los oscuros buques anclados en el centro del lago.

A la mañana siguiente, dos horas después del alba, el capitán Thornwald terminó

los preparativos para la partida. En los últimos minutos se quedó en la galería, contemplando la luz uniforme que cubría el lago vacío mientras se limpiaba con una esponja solvente los últimos restos de la pintura de aluminio. Miró la figura sentada de Glanville, atada a la silla junto a la mesa. A pesar de lo que había ocurrido la noche anterior, Glanville parecía ahora tranquilo y relajado; hasta mostraba un dejo de humor en los labios blandos.

Thornwald sintió un escalofrío ante esa extraña afabilidad. Se aseguró la pistola en la funda: otra tarde junto a ese lago demente y apuntaría con ella a su propia cabeza.

—Capitán... —Glanville lo miró con ojos dóciles, luego encogió los gruesos hombros debajo de las cuerdas.— ¿Cuándo las va a desatar? Pronto nos iremos.

Thornwald arrojó la esponja a la arena plateada al pie del pabellón. —Yo me iré pronto, Glanville. Usted se queda. —Glanville empezó a protestar, y Thornwald dijo: — No creo que tenga mucho sentido que usted se vaya. Como usted dijo, se ha construido aquí su propio mundo.

—Pero... —Glanville estudió el rostro del capitán.— Francamente no lo entiendo, Thornwald. ¿Para qué vino? A propósito, ¿dónde está Judith? Anda por aquí cerca.

Thornwald calló, fortaleciéndose ante ese nombre y el recuerdo de la noche anterior. —Sí, anda por aquí cerca. —Como probando algún elemento inconsciente de la memoria de Glanville, dijo con voz clara:— En realidad está en el módulo.

—¿En el módulo? —Glanville tiró de las cuerdas, luego bizqueó sobre el hombro hacia el sol.— Pero le dije que no fuera allí. ¿Cuándo vuelve?

—Volverá, no se preocupe. Supongo que esta tarde, cuando soplen los vientos del tiempo, aunque no quiero estar aquí en ese momento. Este mar suyo tuvo malos sueños, Glanville.

—¿Qué quiere usted decir?

Thornwald atravesó la galería. —Glanville, ¿tiene usted idea de por qué estoy aquí, de por qué lo he seguido todo este tiempo?

—Sabe Dios... algo relacionado con las leyes de migración.

—¿Leyes de migración? —Thornwald negó con la cabeza.— En ese caso, serían cargos menores. —Tras una pausa, dijo:— Por un asesinato, Glanville.

Glanville levantó la mirada con verdadera sorpresa. —¿Un asesinato? ¡Está usted loco! Por Dios, ¿asesinato de quién?

Thornwald se palmeó la piel en carne viva alrededor de la barbilla. Aún no se le había borrado de la cara la pálida imagen de las manos. —De su mujer.

—¿Judith? ¡Pero si está aquí, idiota! ¡Usted mismo la vio al llegar!

—Usted la vio, Glanville. Yo no. Pero me di cuenta de que la había traído consigo cuando empezó a representar el papel de ella, usando esa demente voz afectada. No le

entusiasmo demasiado que yo fuese hasta el módulo. Y después, anoche, fue a buscar algo allí.

Thornwald caminó por la galería, apartando la mirada de los restos del módulo. Recordaba la loca visión que había tenido la tarde anterior mientras estaba sentado esperando a Glanville, al loco que había huido con el cuerpo de su propia mujer asesinada. Los vientos del tiempo le habían llevado la imagen de un buque espectral cuyos maderos podridos formaban un extraño enrejado a la luz del sol de la tarde: la puerta de una mazmorra. Entonces, de pronto, había visto una terrible aparición que caminaba por ese mar de sangre hacia él, el pesadillesco capitán de ese barco del Infierno, una mujer alta con el paso lento y rítmico de su propio réquiem. «*Sus cabellos eran rubios como el oro... era la pesadillesca vida—en—la—muerte, que hiela la sangre de los hombres.*» Horrorizado por la visión de la cabeza de Judith sobre esa lamia, apenas había reconocido a Glanville, el loco Marinero, que llevaba la cabeza de ella como un farol demente antes de arrebatarse la pistola.

Glanville flexionó los hombros contra las cuerdas. —Capitán, no sé si Judith... Aquí no es muy feliz, y nunca nos hemos llevado bien cuando sólo teníamos al otro por compañía. Me gustaría irme con usted.

—Lo siento, Glanville, no creo que valga la pena. Para usted, éste es el sitio indicado.

—Pero, capitán, ¿no estará abusando de su autoridad? Si existe una acusación de asesinato...

—No me llame «capitán» sino «comisario». Me ascendieron antes de salir, y eso me da total libertad en estos casos. Pienso que este planeta es suficientemente remoto; es muy improbable que venga alguien a molestarlo.

Se acercó a Glanville y lo miró; luego sacó una navaja del bolsillo y la puso en la mesa. —Tendría que poder alcanzar eso con la mano si se pone de pie. Adiós, Glanville. Lo dejo aquí en su infierno dorado.

—Pero Thornwald... ¡Comisario! —Glanville giró en la silla.— ¿Dónde está Judith? Llámela.

Thornwald, a la luz del sol, se volvió para mirar por encima del hombro. —No puedo, Glanville. Pero pronto la verá. Esta tarde, cuando soplen los vientos del tiempo, se la devolverán, una mujer muerta que saldrá del mar muerto.

Echó a andar hacia la cápsula por la arena enjorada.

## EL PISO 99

Forbis se había pasado el día tratando de llegar al piso 100. Agachado al pie del corto tramo de escaleras, detrás del hueco del ascensor, alzaba impotente los ojos hacia la puerta metálica de la azotea. Había once escalones angostos, y luego la azotea desierta, el alto enrejado de la barrera contra suicidas y el cielo abierto. Cada tres minutos un jet sobrevolaba el edificio, arrojando una sombra fugaz escalones abajo, mientras el estruendo de los motores sofocaba momentáneamente el pánico que paralizaba la mente de Forbis, quien entonces trataba otra vez de llegar a la puerta.

Once escalones. Los había contado mil veces durante todas esas horas. Había entrado en el edificio a las diez de la mañana y había tomado el ascensor hasta el piso 95. Había subido a pie los otros cuatro —eran pisos de utilería, con oficinas desocupadas y sin ventanas, simplemente añadidos para que el edificio alcanzara la dignidad del centenar— y luego había esperado en silencio al pie del último tramo, tratando de serenarse mientras escuchaba los zumbidos y chirridos del cable del ascensor. Como de costumbre, sin embargo, se le aceleró el pulso, y al cabo de dos o tres minutos ya le llegaba a ciento veinte. Cuando se incorporó y tendió el brazo para aferrarse al pasamanos algo le bloqueó los centros nerviosos, como si un cajón de municiones se le hubiera posado en el lecho del cerebro, aplastándolo contra el suelo como un coloso de plomo.

Acariciando los listones de caucho del último escalón, Forbis miró el reloj pulsera. Las cuatro y veinte de la tarde. Si no tenía cuidado alguien podía subir las escaleras y encontrarlo allí. En la ciudad ya había una docena de edificios donde lo consideraban *persona non grata*, y los ascensoristas le habían advertido que si volvían a verlo llamarían a la policía del edificio. Y no había tantos edificios de cien pisos. Eso era parte de la obsesión de Forbis. Tenían que ser exactamente cien. ¿Por qué? Forbis, reclinándose contra la pared, logró formularse esa pregunta. ¿Qué papel desempeñaba buscando los rascacielos de cien pisos de la ciudad y cumpliendo luego este ritual obsesivo que invariablemente culminaba del mismo modo, siempre a unos metros de la última cima? Tal vez se trataba de una especie de duelo abstracto entre él y los arquitectos de estas moles monstruosas. (Vagamente recordaba haber llevado a cabo un trabajo subalterno debajo de las calles. ¿Acaso se estaba rebelando para afirmarse a sí mismo? ¿Prototipo del hombre—hormiga urbano, intentaba derribar las torres totémicas de Megalópolis?)

Un jet descendió oblicuamente sobre la ciudad, y el rugido de los seis motores atronó el aire. Forbis, traspasado por el estrépito, logró ponerse de pie. Bajó la cabeza y dejó que el estruendo le entrara en la mente y le aflojara el bloqueo. Levantó el pie

derecho y lo depositó en el primer escalón; manoteó la baranda y avanzó hasta el segundo.

La pierna izquierda le colgaba libremente. Tuvo una impresión de alivio. ¡Por fin iba a llegar a la puerta! Avanzó otro escalón, levantó el pie hacia el cuarto. Sólo faltaban siete. Advirtió entonces que la mano izquierda seguía aferrada a la baranda. Tironeó con furia, pero los dedos estaban apretados como correas de acero, y la uña del pulgar mordía dolorosamente la yema del índice.

Mientras se empeñaba en soltar la mano, el avión desapareció.

Media hora más tarde, cuando empezó a oscurecer, Forbis se sentó al pie de la escalera, se quitó un zapato con la mano libre y lo arrojó por el hueco del ascensor.

Vansittart guardó la hipodérmica en el maletín y miró a Forbis reflexivamente.

—Fue una suerte que no matara a nadie —le dijo—. El ascensor estaba treinta pisos más abajo, y el zapato atravesó el techo como una bomba.

Forbis se encogió de hombros con indiferencia. Recostado en el diván, trató de relajarse. El departamento de Psicología estaba casi en silencio. El personal se retiraba de la escuela médica para volver a casa, y acababan de apagar la última luz del corredor.

—Lo siento, pero no había otra manera de llamar la atención. Me encontraba sujeto a la baranda como una lapa moribunda. ¿Cómo logró apaciguar al gerente?

Vansittart apartó la lámpara y se sentó al borde del escritorio.

—No fue fácil. Afortunadamente, el profesor Bauer todavía estaba en su despacho y les habló por teléfono. Pero en una semana él se retira, y es posible que la próxima vez no pueda sacarlo del atolladero. Tendremos que afrontar las cosas de un modo más directo, me parece. La policía no va a ser tan tolerante con usted.

—Lo sé. Eso es lo que temo. Pero si no hago la prueba, el cerebro me va a estallar. ¿Obtuvo alguna pista?

Vansittart emitió un vago murmullo. En realidad los hechos se habían sucedido como en las tres veces anteriores. La tentativa de llegar a la azotea había vuelto a fracasar, y tampoco esta vez nada explicaba el irresistible impulso de Forbis. Vansittart lo había conocido hacía sólo un mes, cuando Forbis vagabundeaba como un sonámbulo en la azotea del nuevo edificio administrativo de la escuela médica. Nunca alcanzó a descubrir cómo Forbis había logrado llegar allá arriba. Por suerte un ordenanza le telefoneó que en la azotea había un hombre de conducta sospechosa, y Vansittart apareció justo a tiempo para impedir el suicidio.

Al menos, eso parecía. Vansittart examinó los rasgos grises y plácidos de ese hombre menudo, de hombros pequeños y manos delgadas. Había en él algo de anónimo.

Un hombre mínimo y urbano, casi inexistente, sin amigos ni familiares, con un borroso pasado de trabajos olvidados y casas de pensión. Esa clase de individuo

solitario y desamparado que en un acto irreflexivo de desesperación sería capaz de arrojarlo desde lo alto de un edificio.

No obstante, había algo que intrigaba a Vansittart. En rigor, como miembro del personal docente de la universidad, no le correspondía someter a Forbis a ningún tratamiento, sino entregarlo sin demora al médico policial del puesto más próximo. Pero una sospecha extraña y tenaz acerca de Forbis le había impedido dar ese paso. Más tarde, cuando comenzaron el análisis, descubrió que la personalidad de Forbis o lo que quedaba de ella, parecía notablemente bien integrada. Forbis enfocaba la vida de un modo realista y pragmático que no tenía absolutamente ninguna relación con la autocompasión exacerbada de la mayor parte de los aspirantes a suicidas.

Y sin embargo, estaba dominado por una compulsión irracional, aparentemente inexplicable: este afán de llegar al piso 100. Pese a las investigaciones y los sedantes de Vansittart, Forbis había ido dos veces al centro de la ciudad, escogiendo un rascacielos para luego quedar atrapado en el piso 99, de donde Vansittart lo había rescatado finalmente.

Vansittart optó por un ataque frontal.

— Forbis —preguntó—. ¿Probó alguna vez la hipnosis?

Forbis se movió perezosamente, luego sacudió la cabeza.

—Que yo recuerde, no. ¿Acaso sospecha que me dieron una orden posthipnótica, para tratar de que yo me arrojara desde una azotea?

Fuiste rápido, pensó Vansittart.

—¿Por qué lo dice? —preguntó.

—No sé. ¿Pero quién intentaría algo semejante? ¿Y con qué propósito? —Miró de soslayo a Vansittart. ¿Usted piensa que sí?

Vansittart asintió.

—Sí, no me cabe la menor duda. —Se inclinó hacia adelante, moviendo la lámpara de un lado a otro para ser más enfático.— Oiga, Forbis. Hace un tiempo, tres meses, tal vez seis, de eso no puedo estar seguro, alguien le puso una enérgica orden posthipnótica en la mente. Pude descubrir la primera parte: «*Suba al piso 100*», pero el resto sigue oculto. Lo que me preocupa es la otra mitad. No hace falta tener una imaginación enfermiza para sospechar de qué se trata.

Forbis se humedeció los labios, protegiéndose los ojos del resplandor de la lámpara. Se sentía demasiado aturdido para asustarse por lo que Vansittart acababa de decir. Confiaba en Vansittart y estaba seguro de que encontraría alguna solución, pese a que el doctor se había mostrado cauteloso pero inseguro, confesando abiertamente su fracaso.

—Parece increíble —comentó—. ¿Pero a quién le puede interesar que me mate? ¿Y usted no puede cancelarlo todo, anular la orden?

—Lo intenté, pero sin ningún resultado. Todo ha sido en vano. La orden parece

tan fuerte como antes..., más fuerte, en realidad, casi como si se hubiera reafirmado. ¿Dónde estuvo usted la semana pasada? ¿A quién vio?

Forbis se encogió de hombros, acodándose sobre el diván.

—A nadie. Por lo que yo recuerdo, sólo estuve en el piso 99. —Miró alrededor como si se esforzara por obtener una respuesta.— Mire, no puedo acordarme de nada, salvo del vago perfil de algún café o una terminal de ómnibus, es raro.

—Qué lástima. Me gustaría vigilarlo, pero no tengo tiempo. Nadie esperaba que Bauer se retirara hasta dentro de un año, y reorganizarlo todo lleva muchísimo trabajo. —Tamborileó con los dedos en el escritorio, irritado.— Veo que aún le queda un poco de dinero. ¿Tuvo algún trabajo?

—Creo que sí..., en el subterráneo, quizás. ¿O sólo bajé a tomar el tren? —Forbis frunció el ceño, esforzándose por recordar.— Lo siento, doctor. De todos modos, tengo entendido que las órdenes posthipnóticas no pueden obligarnos a cometer actos contrarios a nuestra personalidad básica.

—De acuerdo, ¿pero cuál es esa personalidad básica? Un analista hábil puede manipular la psique para que cumpla esa orden hipnótica, magnificar una pequeña veta de autodestrucción hasta que atraviese de arriba.i bajo toda la personalidad, como un hacha que hiende un tronco.

Forbis caviló melancólicamente unos segundos; en seguida se animó un poco.

—Bueno, parece que los he vencido. Haga lo que haga, nunca puedo llegar a la azotea; por lo tanto cuento con suficientes energías como para combatir esa orden.

Vansittart meneó la cabeza.

—En realidad, no es así. El obstáculo para llegar al piso 100 no lo pone usted, sino yo.

—¿Qué quiere decir?

—Implanté otra orden hipnótica para que no pasara del piso 99. Cuando descubrí la primera orden, traté de anularla, pero como descubrí que ni siquiera llegaba a rozar la superficie decidí ponerle otra, sólo por precaución: «*Deténgase en el piso 99*». Ignoro por cuánto tiempo logrará retenerlo, pero los efectos ya se están desvaneciendo. Hoy pasaron siete horas antes que usted se decidiera a llamarme. Es posible que la próxima vez logre llegar a la azotea. Pienso, pues, que tendríamos que adoptar otro método, tratar de llegar sin rodeos al fondo de esta obsesión, o mejor dicho... —sonrió con amargura—, a la cima.

Forbis se incorporó con lentitud, masajeándose la cara.

—¿Qué me propone?

—Lo dejaré llegar a la azotea, Yo anularé mi orden y veremos qué pasa cuando usted llegue arriba. No se preocupe, yo lo acompañaré, por las dudas. Tal vez sea un magro consuelo, pero con franqueza, Forbis, sería tan fácil matarlo a usted impunemente que no entiendo por qué hay alguien que se toma tanto trabajo. Es

obvio que hay algún motivo más profundo, algo relacionado, quizás, con el piso 100. —Vansittart se interrumpió y observó a Forbis cuidadosamente. Luego preguntó, con voz neutra:—Dígame, ¿oyó hablar de un tal Fowler?

No dijo nada cuando Forbis meneó la cabeza, pero no dejó de advertir la pausa refleja de un reconocimiento inconsciente.

—¿Qué tal? —preguntó Vansittart cuando llegaron al pie del último tramo de escaleras.

—Muy bien —dijo Forbis sin perder la calma, conteniendo el aliento. Miró la abertura rectangular que había frente a ellos, preguntándose cómo se sentiría cuando finalmente llegara al piso cien. Se habían escurrido en el edificio por una de las entradas de servicio, y luego habían subido en montacargas hasta el piso 80.

—Adelante, pues. —Vansittart se puso en marcha, indicándole a Forbis que lo siguiera. Ascendieron juntos hasta la puerta de la azotea, y salieron al resplandor del sol.

—¡Doctor...! —exclamó Forbis alborozado. Se sentía aliviado y exultante, con la mente libre y despejada. Mientras observaba la superficie chata de la azotea, un millar de ideas se le precipitaron en la mente como los fragmentos cristalinos de un arroyo de montaña. Más abajo, sin embargo, había una corriente más profunda, que se obstinaba en arrastrarlo.

*Suba al piso 100 y...*

Alrededor se apiñaban los edificios altos de la ciudad, y a menos de un kilómetro de distancia, oculta por la bruma, se alzaba la cúspide a la que había intentado subir el día anterior. Se paseó por la azotea y dejó que el aire fresco le secara la transpiración de la cara. En el parapeto 110 había rejas protectoras, pero esto no le importó.

Vansittart, empuñando el maletín negro, no dejaba de observarlo. Movié la cabeza alentando a Forbis y lo exhortó a caminar hacia el parapeto; quería apoyar el maletín en el borde.

—¿Siente algo?

—Nada —exclamó Forbis, con una risa frágil—. Tuvo que ser una broma... «*Ahora trate de bajar.*» ¿Puedo mirar ala calle?

—Por supuesto —accedió Vansittart, disponiéndose a aferrar a Forbis si el hombrecito intentaba saltar. Entre el parapeto y la tumultuosa avenida había unos trescientos metros.

Forbis apoyó las palmas en el borde y miró la multitud que atestaba la calle. Los autos se deslizaban velozmente, como pulgas de color, y la gente trotaba sin rumbo por las aceras. No parecía ocurrir nada interesante.

Vansittart frunció el ceño y miró su reloj, preguntándose si habría cometido algún error.

—Las doce y media —dijo—. Le daremos...

Se interrumpió al oír un ruido de pasos en la escalera. Se volvió bruscamente y observó la puerta, indicándole a Forbis que guardara silencio.

Cuando Vansittart se volvió, el hombrecito estiró de pronto el brazo y dejó caer el canto de la mano derecha sobre la nuca del médico, aturdiéndolo momentáneamente. Cuando Vansittart se tambaleó hacia atrás, Forbis lo golpeó en la garganta, lo obligó a sentarse, y lo desmayó de un rodillazo.

Moviéndose con rapidez, ignoró la vasta sombra que llegaba a la azotea y ahora se le acercaba. Le abotonó cuidadosamente la chaqueta a Vansittart, y tomándolo por las solapas se lo echó al hombro. Apoyándose contra el parapeto, lo depositó en el borde, pasando una pierna y después la otra. Vansittart se sacudía torpemente, y la cabeza le oscilaba de un lado a otro.

Y..., y...

La sombra se acercó al parapeto; una cabeza sin cuello entre unos hombros abultados.

Forbis resollaba. Tomó aliento, estiró las dos manos y empujó.

Diez segundos más tarde, mientras unos remotos bocinazos subían desde la calle, se volvió hacia la sombra.

—Así me gusta, Forbis.

La voz del hombretón era inexpresiva pero serena. Observaba afablemente a Forbis, desde una distancia de tres metros. Tenía una cara pálida y regordeta, y una boca insensible, oculta a medias detrás de un cuidado bigote. Vestía un abrigo negro y amplio, y hundía confiadamente una mano en un bolsillo profundo.

—¡Fowler!

Involuntariamente, Forbis intentó dar un paso adelante, mientras trataba de entender lo que pasaba, pero los pies se le habían clavado a la superficie blanca de la azotea.

Cien metros más arriba, un jet surcó el cielo. En el intervalo de lucidez que acompañó al estruendo, Forbis reconoció a Fowler, el rival de Vansittart que aspiraba a la cátedra de psicología, y recordó las prolongadas sesiones de hipnosis, después que Fowler lo había recogido en un bar, tres meses antes, ofreciéndose a quitarle aquella depresión crónica, rescatándolo del alcoholismo inminente.

Con la respiración entrecortada, recordó también el resto de la orden. ¡De manera que Vansittart, y no él había sido el verdadero blanco! *Suba al piso 100 y...* La primera tentativa había ocurrido hacía un mes, cuando Fowler lo había dejado en la azotea y luego se había hecho pasar por un ordenanza; pero Vansittart había venido acompañado por dos personas más. La enigmática orden no era sino un señuelo para que Vansittart regresara a la azotea. Fowler, astutamente, había previsto que Vansittart cedería tarde o temprano a la tentación.

—Y... —dijo en voz alta.

Buscándolo a Vansittart, con la absurda esperanza de que el doctor hubiese sobrevivido a esa caída de trescientos metros, Forbis caminó hacia el parapeto, pero trató de detenerse cuando sintió que la corriente amenazaba arrastrarlo.

—¿ Y...? —repitió Fowler cordialmente; los ojos, dos focos de luz ponzoñosa, parecían guiar a Forbis—. Hay algo más, ¿no es cierto, Forbis? Ahora empieza a recordarlo.

Forbis se volvió débilmente hacia el parapeto, jadeando, con la boca reseca.

—¿ Y...? —lo apremió Fowler, con voz más severa.

...Y..., y...

Forbis, aturdido, se encaramó al parapeto y se balanceó en el borde estrecho como un nadador a punto de zambullirse. Las calles oscilaban allá abajo. Las bocinas habían vuelto a callar y un grupo de vehículos se movía en el centro de una pequeña multitud, junto a la acera. Por unos momentos logró resistirse, pero luego la corriente lo arrastró, meciéndolo como una boya a la deriva.

Fowler caminó tranquilamente hacia la puerta. Diez segundos más tarde, las bocinas sonaron otra vez.

## ZONA DE ESPERA

Lo que Henry Tallis, mi predecesor en el Radio Observatorio de Murak, sabía en realidad, no puedo decirlo. Daba la impresión de saberlo todo y de que aquellas tres semanas que estuvo conmigo en la estación enseñándome —cosa que podía haber hecho fácilmente en tres días—, fueron únicamente para decidir si contármelo o no. Lo cierto es que nunca lo hizo, y este juicio implícito en contra mía es una de las cosas que no he comprendido nunca.

Recuerdo que el primer día después de mi llegada a Murak me hizo una pregunta que me ha tenido preocupado desde entonces.

Estábamos en la sala del observatorio, contemplando los arenosos escollos y los conos fósiles de la jungla de volcanes, mientras caía el falso crepúsculo; la gran cúpula acerada del telescopio, de setenta metros de diámetro, enfocaba, sobre nosotros, su ojo al espacio.

—Dígame, Quaine —me preguntó Tallis de improviso—: ¿dónde le gustaría estar cuando llegue el fin del mundo?

—En realidad —admití—, no he pensado mucho sobre eso. ¿Es que es urgente? —¿Urgente? —sonrió burlón—. Espere a estar un poco más tiempo.

El estaba casi a punto de acabar su período en el observatorio y supuse que se refería a la desolación reinante a nuestro alrededor y que, después de quince años, iba a dejar a mi único cuidado.

Más adelante, desde luego, me di cuenta de lo equivocado que estaba cuando juzgué, erróneamente, la complicada personalidad de Tallis.

Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto ascético, moderado y pensativo. Le vi por vez primera al desembarcar de la nave que me había trasladado a Murak. En lugar de esperarme en la rampa, permaneció sentado en su coche oruga, cien metros más allá, en el límite del puerto, contemplando, a través de sus gafas oscuras, cómo yo cogía mis maletas bajo un sol ardiente, con las piernas pesadas por la masiva desaceleración y moviéndome en una gravedad desconocida.

El gesto parecía característico. Tallis era reservado y sarcástico, todo lo que decía tenía el mismo tono deliberadamente ambiguo y el mismo aire de misterio. No es que Tallis estuviera enfermo: nadie puede pasar quince años, ni siquiera seis meses, abandonado, virtualmente solo, en una remota escoria planetaria como Murak, sin desarrollar unas costumbres especiales. En efecto, pronto me convencí de que lo más curioso en Tallis era lo bien que había sabido conservar su cordura.

Escuchó con atención las últimas noticias de la Tierra.

—Las próximas naves sin piloto al Próximo Centauro están proyectadas para el dos mil doscientos cincuenta... La Asamblea de la ONU en el lago Success se ha declarado Estado soberano...

La suspensión de la conmemoración del Día V—R... Debe de haber oído esto en todas las radios.

—No tengo radio aquí —dijo Tallis—. Únicamente la de arriba, y esa está sintonizada con la gran red espiral de Andrómeda. En Murak escuchamos solo las noticias importantes.

Comprendí que cuando las noticias llegaran a Murak, aun las más importantes, tendrían un millón de años de antigüedad; pero aquella primera tarde estaba preocupado tratando de adaptarme al desconocido planeta: la densidad de su atmósfera era notablemente alta; con una gravedad levemente elevada (1,2 E) y tenía una temperatura horrible, que oscilaba entre treinta grados bajo cero y ciento sesenta grados sobre cero; debía preocuparme también de programar algunas actividades para pasar las dieciocho horas diarias de Murak.

Sobre todo estaba la perspectiva de dos años de aislamiento absoluto.

Únicamente diez kilómetros del planeta estaban colonizados. El observatorio estaba situado en la primera colina que marcaba el límite de la Selva de volcanes apagados, que aumentaba hacia el sur del ecuador de Murak. El observatorio consistía en un telescopio gigante y algunos edificios anexos con cúpulas de asbesto, donde se alojaban el archivador automático de datos, el generador y refrigerador, además de diversos almacenes con repuestos para vehículos, talleres, etc.

El observatorio se bastaba a sí mismo en lo referente a energía eléctrica y agua. En las granjas sitas en las colinas cercanas había baterías solares que habían sido colocadas en una extensión de un cuarto de kilómetro; los millares de elementos centelleaban a la luz del sol como un campo de diamantes, extrayendo energía del sol y aplicándola a las dínamos. En otra colina, con su boca permanentemente abierta en la cara de la roca, una corriente de agua sintética se arrastraba con lentitud por la corteza del desierto, extrayendo oxígeno e hidrógeno combinado a la superficie de los minerales.

—Tendrá usted mucho tiempo libre —me había dicho el diputado director del Instituto Astrográfico de Ceres cuando firmaba el contrato—. Es todo rutinario: pasar la corriente al campo del reflector y a las unidades del proceso, pero sin necesidad de tocar el telescopio. Un gran cerebro electrónico hace todo lo más importante grabando los datos en un programa de dos mil horas.

Traerá el envase con usted a su regreso.

—Así que, excepto apartar la arena de la puerta, ¿no tengo nada más que hacer?

—comenté.

—Y recibirá un sueldo además. Probablemente no tan elevado como usted merece. Dos años parecen mucho tiempo, aun con dos períodos de descanso. Pero no tenga miedo de volverse loco.

No está solo en Murak. Usted nos cuesta dos mil libras esterlinas para ser exactos. Sin embargo, dijo que tenía que escribir una tesis. Puede usted hacerlo allí. Tallis, el observador a quien usted va a relevar, fue allí en el año dos mil doscientos tres solo por dos años, como usted, y ha estado quince. El le enseñará todo. Es un hombre encantador en todos los sentidos, aunque quizá un poco extravagante.

Tallis me llevó al día siguiente al puerto para recoger mi pesado e inútil equipaje.

—Murak —señaló mientras su viejo Chrysler se agitaba sobre la ceniza que cubría la carretera metálica.

Cruzamos una serie de antiguos lagos de lava, unos discos de color gris mate de medio kilómetro de anchos, con sus lechos alterados por los incontables meteoros que habían caído en Murak durante un millón de años. En la distancia se distinguían un grupo de cobertizos y tres altos ascensores de mineral.

—Supongo que le habrán advertido. Hay solo un almacén, una radio y la concesión mineral. Las últimas estadísticas fidedignas fijan la población de este planeta en siete habitantes.

Yo contemplaba a mi alrededor el desierto, agrietado por el calor, y las masas de conos volcánicos amarillentos en la arena caliza.

Eran las cuatro, hora local —a primera mañana—, pero la temperatura era ya de más de ochenta grados. Marchábamos con las ventanillas cerradas, las cortinillas corridas y el refrigerador funcionando ruidosamente.

—Debe de ser muy divertido el sábado por la noche —comenté—. ¿No hay nada más aquí?

—Las tormentas térmicas, y a media tarde una temperatura de ciento sesenta grados. —¿A la sombra?

Tallis rió. —¿Sombra? Debe de tener usted un gran sentido del humor. No hay sombra en Murak. No lo olvide. Media hora después del mediodía, la temperatura asciende a razón de dos grados por minuto. El estar fuera de casa significa tanto como suicidarse.

Murak era un sucio agujero. En la parte trasera del almacén los molinos de mineral y las vagonetas de las plantas de extracción resonaban y crujían. Tallis me presentó al agente, un viejo malhumorado llamado Pickford, y a dos jóvenes ingenieros, ocupados en un nuevo nivelador. Nadie habló nada. Nos saludamos brevemente, pusimos mi equipaje en el asiento trasero y regresamos al observatorio.

—Un grupo de taciturnos —dije—. ¿Qué es lo que extraen?

—Tántalo, Colombio y tierras raras. Un trabajo abrumador; las concentraciones

son muy difíciles de trabajar. Vinieron a Murak tentados por unas comisiones fabulosas, pero se conforman con completar la mínima señalada.

—No puede sentir usted dejar esto. ¿Cómo ha podido aguantar aquí quince años?

—Me llevaría otros quince años explicárselo —replicó Tallis—. Me gustan las colinas desiertas y los lagos vacíos.

Hizo algunos comentarios, y al ver que yo no quedaba satisfecho tomó un puñado de arena del asiento y lo dejó escurrirse entre sus dedos.

—Tierra arcaica. Pura roca. Escupa sobre ella y todo puede ocurrir. Quizá me comprenderá si le digo que he estado esperando la lluvia. —¿Lloverá alguna vez?

—Dentro de dos millones de años; así me lo dijo alguien que vino aquí.

Hizo esta afirmación completamente en serio.

Durante los días siguientes, mientras hacíamos el inventario de los almacenes y equipos y recorríamos las instalaciones, comencé a preguntarme si Tallis no habría perdido su sentido del tiempo. La mayoría de los hombres abandonados por un período indefinido desarrollan alguna ocupación: ajedrez o cualquier otro pasatiempo, como tallar maderas con una navaja. Pero Tallis, por lo que yo podía apreciar, no había hecho nada. La cabina, un edificio de tres pisos con cúpula construido alrededor de una columna refrigerada central, era sobria y comfortable. La única ocupación de Tallis parecía ser la contemplación de la selva volcánica. Era casi una actividad obsesiva: toda la mañana y parte de la tarde las pasaba en el salón mirando los cientos de conos extinguidos, visibles desde el observatorio; sus colores recorrían el espectro, desde el rojo al violeta, según el día iba dejando paso a la noche.

La primera indicación reveladora de lo que Tallis miraba llegó una semana antes de su marcha. Había empaquetado sus cosas y estábamos limpiando uno de los almacenes cercanos al telescopio. En la oscuridad, entre un montón de ventiladores, cadenas de tractor y bidones de cerveza, había un juego de pedales para mover un refrigerador, unos enormes sacos engorrosos, cajas y ciclo de engranajes operados a mano. —¿Ha usado eso alguna vez? —pregunté a Tallis, presintiendo lo que la falta de un generador podría significar allí.

Movió su cabeza.

—Son los restos de un equipo que estuvo trabajando en los volcanes. Hay un campamento entero amontonado en estos cobertizos, en caso de que quiera irse a pasar el fin de semana o de safari.

Tallis estaba en la puerta. Moví la linterna y estuve a punto de apagarla cuando vi algo que brillaba en el suelo. Fui hacia el revoltijo, encontrando un pequeño cofre de aluminio, de unos sesenta centímetros de largo por treinta de alto. En la parte trasera tenía una batería, un termostato y un selector de temperatura. Era un recuerdo típico de una expedición montada sin mirar su coste. Probablemente sería una coctelera o

algo así.

Grabadas en letras de oro estaban las iniciales «C. F. N.».

Tallis vino hacia mí. —¿Qué es eso? —preguntó duramente, encendiendo su linterna.

Yo podía haber dejado la caja donde la encontré; pero hubo algo en la voz de Tallis, una inflexión distinta, de asombro, que me hizo sacarla a la luz del sol.

Limpié el polvo que la cubría con Tallis a mi espalda. La abrí.

Dentro había un pequeño magnetófono, un carrete y un micrófono telescópico que quedaba a poca distancia de mi boca. Era una pieza magnífica, una estupenda joya hecha a mano por algún especialista, y que costaría por lo menos quinientas libras esterlinas, aparte de la caja.

—Estupendamente equipada —señalé a Tallis—. La cámara de aire está aún intacta.

Pasé mis dedos sobre el indicador de velocidades y el selector de seis canales que estaba sobre él. Estaba equipado con un selector de sonidos mediante el cual se podía detectar cualquier ruido, desde el vuelo de una mosca al paso de una cigüeña.

El carrete con la cinta se había perdido, y me pregunté si podía haber desaparecido con él, cuando vi que alguien se me había adelantado. La cinta había sido arrancada tan rudamente que uno de los carretes había salido de su cojinete. El otro estaba vacío y solo había unos fragmentos de la cinta perdida.

—El que lo haya hecho tenía prisa —comenté en voz alta.

Cerré la tapa, limpié con mis dedos las iniciales y añadí:

—Debe de pertenecer a alguno de los miembros de la expedición C. F. N. ¿Quiere llevárselo para devolvérselo?

Tallis me miró pensativo.

—Creo que los dos miembros de la expedición murieron aquí.

Hace ya dos años.

Me habló del incidente. Dos geólogos de Cambridge había negociado con el Instituto la ayuda de Tallis para establecer un campamento dentro de la selva volcánica, donde trabajarían durante un año analizando los materiales del centro del planeta.

El coste del flete de un vehículo a Murak era prohibitivo; por eso Tallis había transportado todo el equipo al campamento.

—Solía visitarlos una vez por mes, con latas de Combustible, agua y suministros. La primera vez todo iba bien. Los dos tenían unos sesenta años, pero soportaban bien el calor. El campamento y el laboratorio estaban en terreno liso y tenían un pequeño transmisor para casos de urgencia. Los vi tres veces más. En mi cuarta visita se habían evaporado. Pensé que habrían salido durante una semana. Todo estaba en orden. El transmisor funcionaba, y no faltaban ni agua ni combustible. Por eso deducí

que habrían ido a recoger algunas muestras, se habían perdido y habían muerto a causa de la elevada temperatura de la tarde. —¿No encontró nunca sus cuerpos?

—No. Estuve buscándolos, pero en la selva volcánica los contornos del piso del valle cambian de hora en hora. Lo notifiqué al Instituto, y dos meses después vino un inspector de Ceres.

Recorrí los alrededores con él, sin ningún fruto. Certificó sus muertes y me ordenó que desmantelara el campo y lo trajese aquí. Había pocas cosas personales; pero no he oído nada sobre si tenían amigos o parientes.

—Trágico —comenté.

Llevé el magnetófono al cobertizo. Era la una de la tarde, y el sol que caía sobre el tejado parecía un líquido de fuego.

Me volví hacia Tallis y le dije: —¿Qué esperaban encontrar en la jungla? El carrito con la cinta se ha perdido. —¿De verdad? ¿Qué quiere sugerir?

—Nada. Es curioso. Me sorprende que no hubiese nada más que una investigación. —¿Por qué? Venir aquí cuesta ochocientas libras esterlinas desde Ceres, que es el punto más cercano, y más de tres mil desde la Tierra. Trabajaban privadamente. ¿Por qué gastar tiempo y dinero en lo que estaba perfectamente claro?

Intenté sonsacar a Tallis para que me proporcionara más detalles; pero sus últimas palabras parecían cerrar el episodio. Comimos en silencio; después recorrimos las granjas solares, reemplazando los pares térmicos quemados. Iba a quedarme solo, con una cinta perdida, dos muertos y la vaga sospecha de que algún secreto los unía.

En los días siguientes esperé que Tallis me revelara alguna clave del enigma tejido a su alrededor.

Supe algo que me dejó atónito.

Le pregunté acerca de sus planes para el futuro. Eran indefinidos; dijo vagamente algo sobre unas vacaciones, pero todo sin energía, como si no le agradara su retiro. En los últimos días, poco antes de su partida, todo su pensamiento estaba fijo en la selva volcánica. Desde muy temprano hasta última hora de la noche, permanecía sentado, silencioso, en su silla, mirando el fantasmagórico panorama de los conos, sumido en algún mar de tiempo privado. —¿Cuándo regresará? —pregunté, en parte burlón y en parte curioso por saber por qué dejaba Murak.

Tomó la pregunta en serio.

—Creo que no volveré. Quince años es mucho tiempo, casi el límite de lo que uno puede pasar sin interrupción en un mismo sitio. Después de eso, uno se encuentra institucionalizado... —¿Sin interrupción? —le interrumpí—. ¿No ha disfrutado sus permisos?

—No. Estuve ocupado aquí. —¿Quince años! —exclamé—. Dios mío, ¿por qué? ¿Y precisamente aquí! ¿Y qué quiere decir «ocupado»? Ha estado sentado aquí, esperando para nada. ¿Qué esperaba encontrar, de todas formas?

Tallis sonrió evasivamente, intentó decir algo, pero después juzgó más oportuno no hacerlo.

Las preguntas llovían a su alrededor. ¿Qué esperaba? ¿Podían estar aún vivos los geólogos? ¿Qué esperaban para regresar o hacer alguna señal? Mientras le veía pasear por la cabina en su última mañana en Murak me iba convenciendo de que había algo que no quería decirme. Miraba el desierto casi de un modo melodramático, retrasando su partida hasta escuchar la sirena de aviso en el puerto. Cuando subíamos al oruga, yo esperaba ver aparecer los ardientes espectros de los dos geólogos, saliendo amenazadores de la selva de volcanes, lanzando gritos de muerte y venganza. Estrechó calurosamente mi mano antes de subir a bordo. —¿Ha anotado bien mi dirección? ¿Seguro?

Por alguna razón, lo que confundió mis sospechas, había insistido en que el Instituto y yo estuviéramos en contacto con él.

—No se preocupe —contesté—. Le comunicaré si llueve.

Me miró sombríamente.

—No espere demasiado.

Sus ojos se volvieron hacia el Sur y su vista se perdió en el horizonte, en las colinas que marcaban el fin del mar de conos. Y añadió:

—Dos millones de años es mucho tiempo.

Cogí su brazo mientras caminábamos hacia la rampa.

—Tallis —le pregunté—, ¿qué es lo que espera? Hay algo aquí, ¿verdad?

Se apartó de mí, mirando su reloj de pulsera y diciendo solo: —¿Qué?

—Ha estado intentando decírmelo toda la semana —insistí—.

Dígame ya, hombre.

Movió su cabeza, murmuró algo acerca del calor y desapareció rápidamente por la pasarela.

Yo comencé a gritar: —¡Esos dos geólogos viven!

Pero la sirena sonó y Tallis desapareció en la cabina de pasajeros, mientras la tripulación retiraba la escala.

Permanecí en el puerto hasta que la nave despegó, esperando hasta el último momento que Tallis me diera una explicación.

Media hora más tarde se había ido.

En los días siguientes Tallis comenzó a obsesionarme.

Gradualmente iba al observatorio e inventaba nuevas rutinas para pasar el tiempo siempre en movimiento. Mayer, el metalúrgico de la mina, venía muchas tardes a jugar al ajedrez y a olvidar las bajas cantidades extraídas. Era un hombre grande,

musculoso, de unos treinta y cinco años, que odiaba el clima de Murak, geólogo y buen compañero, un poco rudo, pero el tipo de tónico que yo necesitaba tras la sobredosis de Tallis.

Mayer había visto a mi antecesor solo una vez, y no había oído hablar nunca de la muerte de los dos geólogos. —¿Qué buscarían esos locos? Desde luego, nada relacionado con la geología. Murak no tiene nada.

Pickford, el viejo agente del almacén, era la única persona en Murak que recordaba a los dos hombres; pero el tiempo había casi borrado sus recuerdos.

—Eran vendedores —me dijo, cargado su pipa—. Tallis hizo mucho trabajo para ellos. Y nunca más han venido tratando de vender todos esos libros. —¿Libros?

—Cajas llenas. Biblias, si no recuerdo mal.

—Podían ser libros de texto —sugerí—. ¿No los ha visto?

—Desde luego —respondió—. Lujosos, bien encuadernados, caros. «No podrán venderlos aquí», les dije.

Esto sonaba exactamente igual que una obra del más puro humor académico. No imaginaba a Tallis y a los científicos riéndose de Pickford y enseñándole algunos de sus libros como si fueran representantes.

Supongo que yo habría olvidado todo el episodio, de no haber encontrado unos mapas hechos por Tallis que de nuevo despertaron mi interés. Había unos veinte mapas, de un radio de treinta y cuatro kilómetros del observatorio, y que comprendían la selva de volcanes. Uno de ellos tenía una señal, que comprendí debía ser el campamento de los geólogos y la ruta a seguir para llegar hasta él desde el observatorio. El campamento estaba justamente a dieciséis kilómetros, en un terreno rugoso, pero no difícil de alcanzar para un coche oruga.

Sospechaba que me estaba preocupando inútilmente. La dirección de una flecha en un mapa, la débil sugestión de una misteriosa X, y yo partiría como un cohete tras una mina o dos tumbas misteriosas. Estaba casi seguro de que Tallis no había sido responsable, ni siquiera por negligencia o descuido, de la muerte de los dos hombres, pero aún quedaba un gran número de preguntas sin respuesta.

Al amanecer el día siguiente subí al oruga, metí mi pistola de llama en la pistolera y partí para recomendar a Pickford que estuviera a la escucha de alguna llamada, con la contraseña «Primero de mayo», procedente del transmisor del Chrysler.

Después saqué el oruga fuera del recinto del observatorio y me dirigí hacia un camino entre dos granjas de baterías, siguiendo la ruta marcada en los mapas. A mi espalda, el telescopio movía lentamente sus bujías, con su gran oído de acero pendiente de Cefeo. La temperatura era baja, diecisiete grados, una temperatura muy baja para Murak; el cielo tenía un tono cereza, cortado por franjas de índigo que arrojaba luces violetas en dirección de los conos gris ceniza de la selva.

Pronto quedó atrás el observatorio, oscurecido por el polvo. Pasé el sintetizador de agua, y en menos de veinte minutos llegué al primer cono, un gigante blanco de sesenta metros de altura, y, rodeándolo, entré en el primer valle. A ciento cincuenta metros, en las sombras, los volcanes parecían una manada de enormes elefantes, separados por los estrechos y polvorientos valles, algunos de solo noventa metros, y aquí y allá el lecho de un lago de lava fósil. Procuré seguir las huellas dejadas por el Chrysler en sus viajes anteriores.

Llegué al lugar pasadas tres horas. Lo que había sido el campamento estaba en una especie de playa mirando a uno de los lagos; se reducía a una pequeña colección de bidones de combustible y vacíos tanques de agua, casi enterrados en el polvo arrastrado por las brisas. En el extremo más lejano del lago, los conos se extendían hacia el Sur. Detrás, un grupo de agudos riscos se recortaban contra el cielo.

Caminé hacia el campamento, en busca de algún rastro de los geólogos. Una mesa metálica de campo, muy estropeada, estaba en el suelo. La volví y no encontré nada, excepto un cuaderno de notas y un teléfono, con el receptor sólidamente unido a la horquilla.

Tallis había recogido aquello demasiado bien.

La temperatura estaba ya por encima de los cien grados cuando volví a subir al oruga, y un par de kilómetros más adelante tuve que detenerme, porque la unidad de refrigeración estaba agotando la bujía y atascaba el motor. La temperatura fuera era de 130 grados. El cielo parecía una concha, reflejado en los conos a mi alrededor, de tal forma que parecía echarme encima cera derretida.

Conseguí arreglarlo de forma que el antiguo motor proveyera aún de energía al refrigerador. Tardé casi una hora en regresar, oyendo constantemente el rugido del motor, con el pie derecho dormido, y pensando en Tallis y en los dos geólogos.

Aquella tarde estaba algo quemado por el sol y determiné empezar a escribir mi tesis.

Una tarde, dos o tres meses después, mientras jugábamos al ajedrez, Mayer dijo:

—He visto a Pickford esta mañana. Me dijo que tenía algo que enseñarle. —  
¿Video tipos?

—Biblias. Creo que fue eso lo que dijo.

Fui a ver a Pickford en cuanto bajé a la colonia. Estaba en la sombra, tras el mostrador, con un traje sucio y arrugado.

—Esos vendedores por los que preguntaba —explicó—. Le dije que vendían Biblias.

Asentí. —¿Y bien?

—He encontrado algunas. —¿Puedo verlas? —dije, apagando mi cigarrillo.

Me señaló el final del mostrador con su pipa.

—Al final.

Le seguí por entre los estantes, llenos de ventiladores, radios y televisores, todos modelos anticuados, importados años antes para servir a unos colonos de Murak que no habían llegado nunca.

—Aquí están.

Contra la pared del almacén había tres cajas de madera con tapa metálica. Pickford buscó algo para abrirlas.

—Creo que usted comprará alguna. —¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Casi un año. Tallis olvidó recogerlas. Las encontré la semana pasada.

Dudoso, pensé: «Más probable era que él las hubiera ocultado.»

Esperé que la abriera. Pickford levantó los precintos con cuidado, y un grupo de libros encuadernados en piel negra con adornos de marroquinería quedó al descubierto.

Tomé uno de ellos y acerqué el lomo a la luz.

Era una Biblia, como Pickford había dicho. Debajo había una docena más.

—Estaba usted en lo cierto —le dije.

Pickford cogió una silla y se sentó sin dejar de mirarme.

Cogí otra Biblia. Era la versión autorizada del rey James. Una etiqueta del volumen cayó al suelo, y me di cuenta de que no procedían de ninguna biblioteca particular.

Las encuadernaciones eran distintas. El siguiente volumen que cogí era un ejemplar de la Vulgata. —¿Cuántas cajas dejaron? —le pregunté. —¿De Biblias? Con esta, catorce o quince. Las encargaron todas antes de partir. Esta era la última.

Sacó otro volumen y dijo:

—Buenas condiciones, ¿eh?

Era un Corán.

Continué sacando volúmenes, y Pickford me ayudó a colocarlos en los estantes. Cuando acabé había noventa en total: treinta y cinco Biblias (veinticuatro versiones autorizadas y once Vulgatas), quince ejemplares del Corán, cinco del Talmud, diez del Bhagavat Gita y veinticinco del Upanishads.

Tomé un ejemplar de cada uno y pagué diez libras a Pickford.

—Si alguna vez desea más, quizá pueda hacerle un descuento.

Cuando Meyer vino aquella tarde, en seguida vio los seis volúmenes en mi mesa.

—Los ejemplares de Pickford —le expliqué.

Le dije también que habían encontrado la caja en el depósito y que había sido entregada por los geólogos después de su llegada.

—Según él, tenían un total de quince cajas. Todas Biblias.

—Es un viejo.

—No. Su memoria es buena. Había otras cajas, puesto que esta estaba allí y él

sabía que contenía Biblias.

—Quizá fueran vendedores.

—Lo cierto es que no eran geólogos. ¿Por qué diría Tallis que lo eran? Además, ¿por qué no mencionó él nunca esas Biblias?

—Tal vez las había olvidado. —¿Quince cajas de Biblias? ¿Qué harían con ellas?

Mayer se encogió de hombros. —¿Quiere que me ponga en contacto con radio Ceres?

—Todavía no. No hay nada que comunicar.

—Puede haber una recompensa. Probablemente cuantiosa. ¿Podría volver a casa!

—Tranquilícese; primero hay que averiguar qué hacían aquí esos geólogos, por qué encargaron esa fantástica cantidad de Biblias.

Por lo que quiera que fuere, juraría que Tallis lo sabía. Al principio pensé que debieron haber descubierto una mina y fueron eliminados por Tallis: esa cinta magnetofónica era sospechosa. O también pudieron fingir sus propias muertes, de forma que pudieran pasar un par de años trabajando la mina, utilizando a Tallis como proveedor. Pero todas esas Biblias significan que debemos comenzar a pensar de una forma completamente distinta.

Durante tres días, pendiente del reloj, descansando solo un poco para dar una cabezada en el asiento del Chrysler, exploré la selva de volcanes, recorriendo todo el laberinto de valles, trepando a la cresta de cada cono, explorando con cuidado cada vena de cuarzo, cada risco o cueva que pudiera esconder lo que yo buscaba.

Mayer se encargaba del observatorio, yendo allí todos los días por la tarde. Me ayudó a reacondicionar un viejo generador Diesel que encontramos en uno de los almacenes, y que colocamos en el asiento trasero para dar a la cabina el calor necesario para soportar los treinta grados bajo cero nocturnos y alimentar los tres grandes faros, que colocamos en el techo. Hice dos viajes con combustible al campamento, limpiándolo y convirtiéndolo en mi base.

En la inmensa franja de arena de la selva volcánica calculamos que un hombre de sesenta años podía caminar, como mucho, un kilómetro y medio en una hora, y en dos horas dada la temperatura de setenta grados. Esto significaba que, dondequiera que se encontraran sus cuerpos, tenía que ser en unos veinte kilómetros cuadrados, sin incluir el regreso.

Exploré los volcanes todo lo minuciosamente que pude, marcando cada cono y los valles adyacentes en el mapa, según los iba recorriendo, a una velocidad de ocho kilómetros por hora y con el motor del coche rugiendo sin cesar, desde la tarde, cuando los valles se llenaban de fuego y parecía que la lava corría por ellos de nuevo, hasta la medianoche, en que los conos parecían enormes montañas óseas, sombríos cementerios, presididos por las fantásticas columnatas y galerías de arena, suspendidas de las orillas del lago como catedrales invertidas.

Forcé el Chrysler, bajando el parachoques para desarraigar cualquier peñasco o roca sospechosos que pudieran esconder una mina, martillando entre las dunas de arena blanca que levantaba nubes alrededor del oruga, nubes que parecían polvo de seda.

No encontré nada. Los promontorios y los valles estaban desiertos; los cráteres, vacíos; su suelo, hundido con meteoros, rocas sulfurosas y polvo cósmico.

Decidí esperar otro día más, y descansé un poco.

—Voy a regresar —comuniqué a Mayer con el transmisor—. No hay nada. Recogeré el combustible que hay aquí y le veré para el desayuno.

La aurora me sorprendió cuando ya casi estaba en el campamento. Recogí las latas de combustible y las puse en el asiento de atrás, al mismo tiempo que cogía otras cosas, ya que pensaba que aquel sería mi último viaje. Me senté ante la mesa de campo y esperé que el sol saliera tras los conos, sobre el lago.

Cogí un puñado de arena de la mesa y lo examiné.

—Tierra arcaica —dije, repitiendo las palabras de Tallis.

Estaba a punto de escupir sobre la tierra cuando me di cuenta de algo.

Unos ocho kilómetros, en la parte más lejana del lago, silueteada contra el sol naciente sobre los volcanes, había una escarpadura de unos treinta metros de alta, cuya roca pizarrosa corría a lo largo de tres kilómetros y desaparecía entre los conos del Sudoeste. Sus contornos eran duros y bien definidos, y sugerían que los materiales eran anteriores al período volcánico del planeta. Los riscos cruzaban el desierto, rígidos, y parecían indicar que así había sido Murak en sus principios, cuando los arenosos conos y los verdes agujeros no existían, y había sido el único testigo del fin del planeta.

No era más que una suposición, pero hubiera apostado mi paga de los dos años a que las rocas eran arcaicas. Estaban a tres millas del área que yo había recorrido. ¡La idea de una mina me invadió de nuevo!

El lago estaba a mitad de camino. Lo crucé con el oruga a cuarenta, perdiendo treinta minutos buscando un camino entre unos complicados escollos de arena, y después entré en un profundo valle que conducía directamente a las escarpaduras.

Aproximadamente a un kilómetro de distancia vi que no era un risco estrecho y continuo, sino una meseta circular. Era curioso el casi perfecto plano de la cima, como si hubiera sido cortada por una espada gigantesca. Sus vertientes eran simétricas; tenían un mismo ángulo de unos treinta y cinco grados, y formaban una roca uniforme, sin fisuras ni grietas.

Alcancé su pie en una hora, paré el coche y caminé hacia la roca azulada que se extendía frente a mí, como una isla en medio del desierto.

Puse de nuevo en marcha el motor y pisé a fondo el acelerador.

Conduciendo el Chrysler oblicuamente a su falda, reduciría al mínimo el ángulo de ascensión. Trepé poco a poco, conduciendo el oruga en zigzag.

Llegué a la cima y miré la meseta, de unos tres kilómetros de diámetro, desnuda, excepto por un ligero y brillante polvo cósmico azulado.

En el centro había un enorme lago que ascendía en espiral desde el oscuro fondo.

Saqué la cabeza por la ventanilla, manteniendo la velocidad y conduciendo con cuidado. No había allí meteoritos ni rocas; probablemente el lago se helaba por la noche y se fundía y extendía según la temperatura iba subiendo.

Todo parecía tan duro como el acero; me detuve cerca del borde y subí al techo del coche.

La perspectiva era suficiente. El lago no parecía ser más que un charco poco profundo de medio kilómetro de ancho.

Volví a la cabina y aceleré. La charca, como la meseta, era un círculo perfecto, imitando un cráter volcánico.

Llevé el oruga hasta la orilla, y salí.

En el centro del charco, cinco enormes rectángulos de piedra salían de una amplia base pentagonal.

Este era el secreto que Tallis no quiso revelarme.

El lago estaba vacío, el aire era cálido y me rodeaba un extraño silencio tras los tres días de escuchar el motor del coche.

Empecé a caminar hacia el centro. Por primera vez desde mi llegada a Murak me resultaba imposible ver los brillantes colores del desierto y de la selva volcánica. Estaba en un mundo azul pálido, tan puro y exacto como una ecuación geométrica, compuesto por el piso circular, la base pentagonal y los cinco rectángulos de piedra que se levantaban hacia el cielo, como el templo de una extraña religión.

Tardé casi tres minutos en llegar al monumento. A mi espalda quedaba el oruga.

Llegué a la base, que tenía un metro de espesor y debía de pesar por lo menos mil toneladas, y puse las palmas de mis manos en su superficie. Como los megalitos que estaban encima, el pentágono no tenía adornos y era geoméricamente perfecto.

Me aproximé al primer megalito. Las sombras que me rodeaban eran enormes paralelogramos aguzando sus ángulos según se levantaba el sol. Estaba en el centro del grupo, dándome cuenta de que ni Tallis ni los dos geólogos podían haber levantado estas piedras, cuando vi que la superficie entera del megalito más cercano estaba cubierta, fila a fila, por jeroglíficos finalmente cincelados.

Pasé mi mano por su superficie. Muchos trozos se habían desprendido, dejando un rastro indescifrable, pero la mayor parte de la superficie estaba intacta, llena de símbolos pictográficos y complicada escritura cuneiforme que corría de arriba abajo por las estrechas columnas.

Fui hasta otro megalito. Este también estaba cubierto por cientos de miles de

símbolos diminutos, con las columnas separadas por una fina raya, que recorría toda la longitud del megalito.

Estaban escritos en media docena de lenguas, en alfabetos que yo nunca había visto antes, y con cifras, sin significado aparente, entre ellos. Pude ver unos asteriscos, símbolos que parecían ser numerales, y una peculiar forma serpentina que podía representar una figura humana estilizada.

De repente vi:

CYR\*RK VII

A\*PHA LEP\*\*IS

A\*O

1317

Abajo había otra, estropeada, pero legible:

AMEN\*TEK LC\*V

\*LPHA

LE\*ORIS

AÑO

13\*\*

Había espacios en blanco entre las letras, en los cuales el tiempo había arrebatado pequeños granos de piedra.

Mis ojos recorrieron la columna. Había muchas más notas:

PON\*AR\*H\* CV

ALPH\* L\*PORIS A\*\*\*318

MYR\*K LV\*

A\*\*HA LEPORI\* AÑO 13\*9

KYR\*\* XII

ALPH\* LEP\*RIS AÑO 1\*19

...

La lista de nombres, todos del Alpha Leporis, continuaba a lo largo de la columna. Los seguía hasta el final, donde la lista de nombres continuaba hasta solo unos centímetros de la base, y leí tres o cuatro nombres al azar:

M\*MARYK XX\*V

A\*PHA

LEPORI\*

AÑO

1389

CYRARK IX

ALPHA

\*EPORIS

AÑO

1390

...

...

Me dirigí al megalito situado a mi izquierda, y comencé a examinar las inscripciones con cuidado.

Aquí se leía:

MINYS—259

DELTA ARGUS

AÑO

1874

TYLNYS—413

DELTA ARGUS\*AÑO 1874

...

...

Había menos espacios blancos; a la derecha de la cara, las anotaciones eran más recientes, la escritura más aguda. Todos estaban en cinco lenguas distintas, cuatro de ellas, incluido el terrícola, eran traducciones de la primera, escritos de izquierda a derecha, al margen de cada columna.

El tercero y cuarto megalitos tenían anotaciones del Gamma Grus y de Beta Trianguli. Seguían el mismo patrón: sus superficies divididas en columnas, cada una de las cuales tenía unas cuantas filas de anotaciones, las cuatro escrituras jeroglíficas seguidas por la terrestre, señalando los mismos datos por la misma fórmula: nombre, lugar, fecha.

Cuando miraba el cuarto megalito, el quinto estaba con su cara oculta.

Fui hacia él, curioso por adivinar el inmenso catálogo de nombres que podía encontrar en él; pero el quinto megalito estaba en blanco.

Mis ojos recorrieron su limpia superficie, con el único trazo de la línea que separaba las columnas y que algún maestro de las estrellas había cincelado para registrar nombres de la Tierra que nunca habían llegado.

Volví a los otros megalitos y permanecí media hora leyendo nombres al azar, pasando las manos, involuntariamente, por las grandes inscripciones, siguiendo con los dedos las evoluciones de los jeroglíficos, buscando en ellos alguna clave de la identidad y propósito de la raza estelar:

COPT\*C LEAGUE

MLV

BETA  
TRIANGULI  
\*ÑO  
1723  
ISARI\* LEAGUE VII

BETA  
\*RIANGULI  
AÑO  
1724  
MAR—5—GO  
GAMMA GRUS

AÑO  
1959  
VEN—7—GO  
GAMMA GRUS

AÑO  
1960  
TETRARK XII  
ALPHA  
LEPORIS  
AÑO  
2095

Las dinastías se repetían una y otra vez: Cyrark, Minys, Go, separadas por veinte o treinta años de intervalo; parecían ser generaciones. Antes del año 1200 todas las anotaciones eran ilegibles. Representaban casi la mitad del total. Las superficies de los megalitos estaban cubiertas casi por completo, y supuse que la anotación más antigua debía haber sido hecha hacía 2.200 años, es decir, poco después del nacimiento de Cristo. Sin embargo, la frecuencia de las anotaciones aumentaba algebraicamente: en el siglo xv había una o dos por año; del siglo xx, cinco o seis, y en el año que corría el número oscilaba de veinte anotaciones del Delta Argus a más de treinta y cinco de Alpha Leporis.

La última, en el extremo de la derecha, casi junto a la base del megalito, era:

CYRARK CCCXXIV  
ALPHA  
LEPORIS  
AÑO  
2218

Las letras estaban grabadas recientemente, quizá no hacía más de un día, o solo unas pocas horas.

Acabado mi escrutinio, busqué huellas de neumático de algún vehículo o de pies en la charca, o bien los instrumentos o andamiaje.

Pero no se veía nada en el polvo, excepto las huellas de mi coche.

Estaba sudando; el termo—alarma sujeto a mi muñeca señaló que la temperatura era de ochenta y cinco grados a noventa minutos del mediodía. Alcanzaría los cien grados mirando a los megalitos, y después regresé al coche.

La brisa levantaba nubes de polvo del piso del lago, y el cielo era de un color rojo oscuro, moteado por las presiones térmicas, que aparecían sobre mí como nubes tormentosas. Corrí durante media hora, deseando encontrar a Mayer. Sin su confirmación las autoridades de Ceres podían tomar mi noticia como una fantasía de lunático. Además, quería que él llevase su máquina de fotografiar; podíamos revelar las fotografías en media hora y radiarlas como una prueba irrefutable.

Y lo que era más importante: quería compartir mi descubrimiento con alguien entendido en números. La frecuencia de las anotaciones en los megalitos y la virtual carencia de espacio —al menos que utilizaran los reversos de las columnas—sugerían que se acercaba el punto culminante; probablemente era lo que Tallis había estado esperando. Cientos de anotaciones se habían grabado durante los quince años que él había estado en Murak; mirando todo el día desde el observatorio debía de saber quién era el autor.

Una vez dentro del coche pulsé instintivamente el transmisor de urgencia. Pronto escuché la voz de Mayer. —¿Quaine? ¿Es usted? ¿Dónde se ha metido, hombre? He estado a punto de dar la alarma.

Estaba en el campamento. Había llamado allí desde el observatorio cuando llegó, y temió que se hubiera estropeado el coche y salió a buscarme.

Llegué al campamento media hora después. Mayer intentó convencerme para regresar; pero, sin decir nada, llevé el coche hacia el lago, siguiendo las huellas de mis dos viajes, el de ida y el de regreso. La temperatura era de noventa y cinco grados, y la arena y el valle comenzaban a parecer adustos y antipáticos.

Mientras conducía a Mayer al lago, mi pensamiento giraba como una rueda loca, y cuando el coche subía hacia la meseta empecé a sentir miedo.

El centro de la meseta estaba oscuro. Conducí hacia él. Mayer se movía inquieto. A algunos metros de la orilla, el aire se aclaró y pudimos ver los megalitos. Mayer saltó al exterior en cuanto detuve el motor. Bajamos al lago y preparamos las pistolas, dirigiéndonos rápidamente hacia el centro.

Tenía el presentimiento de que alguien nos esperaba, pero los megalitos estaban desiertos. Llegué al pentágono algunos metros antes que Mayer y le ayudé a subir.

Comenzamos a examinar las columnas leyendo las anotaciones.

Entonces le llevé a las otras, recapitulando sobre lo que yo había descubierto, e indicándole el que estaba en blanco, reservado para la Tierra.

Mayer me escuchaba, mirando estúpidamente los megalitos.

—Quaine ha encontrado algo importante—murmuró—. Debe de ser algún templo.

—Mírelos, Mayer. ¡Han estado viniendo aquí desde hace miles de años! ¿Comprende lo que esto significa?

Mayer tocó uno de los megalitos.

—Argive League veinticinco... Beta Tri... —leyó—. Hay otros, entonces. Dios Todopoderoso. ¿Qué cree usted que son? —¿Qué importa eso? Escuche. Deben de haber construido esta meseta ellos mismos, cavado este lago y cortado las losas de la misma roca. ¿Puede imaginar las herramientas necesarias?

Estábamos en un estrecho rectángulo de sombra. La temperatura había aumentado a 105 grados.

—¿Qué es, entonces? —preguntó mi acompañante—. ¿Su cementerio?

—No. ¿Para qué reservar, entonces, una losa para la Tierra? Si son capaces de aprender nuestro idioma, debe ser con algún fin.

Y, además, las complicadas costumbres fúnebres son signos de decadencia, y aquí hay algo que sugiere exactamente lo contrario.

Estoy convencido de que en algún tiempo futuro tomarán parte en algo que se celebrará aquí.

—Puede ser, pero ¿qué? Piense en nuevas categorías —Mayer miraba de reojo a los megalitos—. Puede ser una enorme lista de los invitados a una reunión cósmica.

De pronto notó algo. Presionó con sus manos la superficie del obelisco que estaba ante nosotros y lo examinó detenidamente. —¿Qué ocurre? —pregunté. —¡Cállese! —gritó.

Arañó con sus uñas la superficie, intentando despegar algunos granos, y añadió:

—Quaine, estos monolitos no son de piedra.

Sacó una navaja del bolsillo de su chaqueta y consiguió desprender un trozo de unos centímetros.

Intenté detenerle, pero me apartó y siguió tratando de recoger más fragmentos.

Se volvió hacia mí. —¿Sabe lo que es? ¡Óxido de tántalo! El noventa por ciento. No me extraña que nuestras extracciones sean fantásticamente pequeñas. No podía comprenderlo, pero esta gente... —golpeó los megalitos con furia—han vaciado el planeta para construir estas estupideces.

Temperatura de ciento quince grados —el aire comenzaba a tomar un tono amarillento, y respirábamos con dificultad.

—Volvamos al coche —traté de tranquilizarle.

Mayer había perdido el control y estaba furioso. Con su ancha espalda, mirando los cinco megalitos, la cara contorsionada por el calor, parecía un sub—hombre loco

cogido como trofeo de un super—cazador galáctico.

Nos dirigimos al oruga. —¿Qué quiere usted hacer? —le grité—. ¿Derribarlos y arrastrarlos hasta su molino?

Mayer se detuvo; el polvo azul se enredaba en sus piernas. El aire se espesaba mientras el piso del lago extendía el calor. El coche estaba solo a sesenta metros, brindándonos su cabina refrigerada como un asilo.

—Eso es imposible. Podríamos almacenarlas cerca del observatorio, para llevarlas más tarde a mi refinadora.

Continué caminando, negando con la cabeza. El calor estaba dañando a Mayer, haciéndole verter la amargura de varios años de fracaso.

—Es una idea. ¿Por qué no nos ponemos en contacto con Gamma Grus? Puede ser que nos den permiso.

—En serio, Quaine —me dijo él—. En un par de años seremos ricos. —¡Está loco! El calor ha desquiciado su cerebro.

Comencé a escalar el borde. La próxima hora en la cabina se presentaba difícil, junto a un maniático empeñado en desmenuzar las estrellas. El bulto de la pistola me tranquilizó; un poder insignificante contra la psique de Mayer.

Casi había salido del lago cuando oí sus pies arrastrarse por el polvo. Empecé a volverme, en el mismo momento que él se acercaba a mí con un tremendo pedrusco en la mano, y me golpeó en la cabeza. Caí, le miré un momento y me levanté de un salto, abalanzándome hacia él. Luchamos un momento; pero él, más fuerte, me asestó un derechazo en la cara.

Caí de espalda, aturdido; el golpe parecía haberme roto todos los huesos de la cara. Mayer echó a correr. Alcanzó el borde y se dirigió al coche.

Desenfundé la pistola de llamas, quité el seguro y apunté a Mayer. Estaba ya abriendo la portezuela del oruga. Apreté el gatillo en el momento en que abría la puerta. Se volvió al oír la detonación y vio el plateado proyectil cortando el aire hacia él.

Entonces se agachó.

El proyectil pasó rozándole y se estrelló contra la cabina del oruga. Hubo un brillante estallido de luz que se convirtió, segundos más tarde, en globo de fuego incandescente de vapor de magnesio de varios metros de diámetro. Poco a poco, las paredes y el parabrisas del oruga se iban fundiendo. Fuera, entre un remolino, la figura de Mayer se cubría la cara con las manos.

Caminó hacia el borde y cayó sobre el polvo, como un fardo.

Miré mi reloj. Faltaban diez minutos para el mediodía. La temperatura era de 130 grados. Me levanté y traté de alcanzar el coche; mi cabeza bullía como un volcán y no estaba seguro de tener fuerzas suficientes para salir del cráter.

Pude ver el coche, casi derretido.

Enfundé la pistola y miré a mi alrededor.

Faltaban cinco minutos. Todo parecía cubierto de fuego, que caía como una cascada desde el cielo, llenaba el fondo del lago y ascendía de nuevo como un torrente sin fin. Los megalitos estaban ocultos por cortinas de luz brillantes; pero entre ellos quizá hubiera sombra.

Anduve algunos metros. El sol estaba exactamente encima de mí.

Su disco era como el lago, y parecía estar a pocos metros de mi cabeza, con ríos de fuego saliendo de su superficie y extendiéndose en todas direcciones. Había un terrorífico rumor, como si todos los volcanes quisieran entrar de nuevo en erupción.

Caminé como en un sueño, con los ojos cerrados, por el horno que me rodeaba. Entonces descubrí que estaba sentado en el suelo.

Y una extraña visión se adueñó de mi pensamiento.

Caía entre los eones, en una espiral, girando en un remolino, extendiéndome entre la desintegrante matriz de lo continuo, una pesadilla de un vuelo desde el cósmico Ahora. Entonces un millón de chispas luminosas se encendían a mi alrededor, iluminando los curvados terraplenes de tiempo y espacio, virando entre las estrellas hacia el borde de la galaxia. Mis dimensiones se perdían en una metafísica extensión del cero astral, y era empujado hacia las estrellas. Pasillos luminosos se encendían y apagaban a mi alrededor, y pasé Aldebarán, subí por encima de Vega, zumbaba al pasar Antares; finalmente distinguí cientos de años luz cerca de la corona de Canopus.

Las épocas se sucedían. El tiempo se amasaba en frentes gigantescos, chocando contra mutilados universos.

Abruptamente, el infinito mundo del mañana apareció ante mí: diez mil años, cien mil, innumerables millones corrían adelantándose en un estallido de luz, una iridiscente catarata de estrellas y nebulosas, entrelazadas por súbitas trayectorias de vuelo y exploración.

Y entré en el profundo tiempo.

Tiempo: 1.000.000 de megaaños. Vi la Vía Láctea, un carrusel de fuego, y los remotos descendientes de la tierra, incontables razas habitantes de cada sistema estelar de la galaxia. Las áreas oscuras entre las estrellas eran un continuo y tintineante campo de luz, un gigantesco océano fosforescente, lleno de pulsos vibrantes de caminos de comunicación electromagnéticos.

Para cruzar los enormes espacios entre las estrellas habían atrasado progresivamente su tiempo psicológico, primero diez, después cien pliegues, acelerando así el tiempo galáctico y estelar. El espacio había cobrado vida con el tráfico de cometas y meteoros, las constelaciones habían comenzado a cambiar y a dislocarse; la lenta y majestuosa rotación del universo mismo era, al fin, visible.

Tiempo: 10.000.000 de megaaños. Ahora, habían abandonado la Vía Láctea, que

comenzaba a fragmentarse y disolverse. Para alcanzar las islas galácticas, habían disminuido más su tiempo proyectado por un factor de 10.000, y podían comunicarse unos con otros a través de las enormes interdistancias galácticas en un período subjetivo de solo unos años. Se extendían continuamente por el profundo espacio, habían extendido su dependencia psicológica sobre bancos de memorias electrónicas que almacenaban los modelos atómicos y moleculares sin sus cuerpos, transmitiéndolos a la velocidad de la luz, y uniéndolos más tarde.

Tiempo: 100.000.000 de megaaños. Habían pasado a todas las galaxias vecinas, engullendo miles de nebulosas. Su tiempo había decelerado un millón de pliegues y eran las únicas formas permanentes en todos los mutables mundos. En solo un instante de sus vidas, una estrella nace y muere, nace un subuniverso, evoluciona una veintena de sistemas planetarios, para desvanecerse más tarde. A su alrededor, el universo centellea y parpadea con múltiples puntos luminosos, como incontables constelaciones aparecen y desaparecen.

Ahora, finalmente, se han desprendido también de sus formas orgánicas y son compuestos de campos electromagnéticos, el primer substrato de energía del universo, complejas redes de múltiples dimensiones, vivas en el constante temblor de los sensibles mensajes que llevan, orientando los caminos de la carrera de la vida.

Al poder de esos campos, han captado galaxias completas cabalgando en las olas expansivas de las explosiones estelares hacia la volutas terminales del universo.

Tiempo: 1.000.000.000 de megaaños. Han comenzado a gobernar la forma y las dimensiones del universo. Al eliminar las distancias que circunscriben el cosmos han reducido su período de tiempo a 0,00000001 de su fase previa. Las grandes galaxias y nebulosas espirales que una vez parecían ser eternas son ahora de tan escasa duración que no son visibles mucho tiempo. El universo está ahora casi lleno por el gran manto vibrante de ideas, una enorme y trémula arpa, que se ha trasladado ella misma en una forma de ola, independiente de cualquier fuente generatriz.

Según el pulso del universo disminuye, sus propios vórtices de energía se flexionan y se dilatan, así los campos de fuerza de la ideación se flexionan y dilatan por simpatía, creciendo como un embrión sin la matriz del cosmos, un niño que crece rápidamente y devora a sus padres.

Tiempo: 10.000.000.000 de megaaños. Los campos de ideación han devorado ya el cosmos, sustituyendo su propia dinámica, sus propias dimensiones temporales y espaciales. Todo el tiempo primario y los campos de energía han sido inundados. Buscando la extensión final de él mismo, ha reducido su período de tiempo a casi un infinitesimal 0,00000000... n de su intervalo previo. El tiempo, virtualmente, ha dejado de existir; el campo de ideación es casi estacionario, infinitamente más lento.

Últimamente alcanza el predicado final de tiempo y espacio, eternidad e infinidad, y lentamente va hacia el cero absoluto.

Entonces, sin un cataclismo, se desintegra, incapaz de contenerse por más tiempo a sí mismo. Sus vastos patrones de energía comienzan a apagarse, y todo el sistema se retuerce y gira en una agonía mortal, arrojando cataratas de fragmentada energía. Paralelamente, el tiempo emerge.

En sus ruinas se forman los primeros campos protogalácticos, moviéndose para formar las galaxias y nebulosas, las estrellas rodeadas por sus cuerpos planetarios. Entre estas, desde el mar elemental, basado en el átomo de carbono, emerge la primera forma de vida.

El ciclo se renueva a sí mismo.

Las estrellas saltan, sus patrones brillan en una docena de constelaciones. Las novas aparecen en la oscuridad como arcos, revelando los perfiles familiares de la Vía Láctea, las constelaciones de Orión, Coma Berenices, Cisne.

Levantando mis ojos al cielo tormentoso vi los cinco megalitos.

Estaba de vuelta en Murak. A mi alrededor, el lago estaba lleno por muchas figuras silenciosas, extendiéndose alineadas hombro con hombro en innumerables filas, como espectadores de un circo espectral.

A mi lado habló una voz, y parecía haberme contado todo lo que había presenciado en mi viaje cósmico.

Poco antes de volver en mí intenté por última vez hacer la pregunta que estaba siempre presente en mi pensamiento; pero la contestaron antes que yo hablara; las estrellas, los megalitos y la multitud contemplativa se esfumaban como en un sueño cuando la voz decía:

«Mientras tanto, esperamos aquí, en el umbral del tiempo y del espacio, celebrando la identidad y la reunión de las partículas con nuestro cuerpo con las del sol y las estrellas, de nuestros breves tiempos privados con los vastos períodos de las galaxias, con el unificado tiempo total del cosmos...»

Me desperté con el rostro contra la arena fría del anochecer; las sombras llenaban el lago casi por completo; el viento levantaba una brisa sobre mi cabeza. Al frente, los megalitos se levantaban hacia el cielo, partidos por una línea de sombra del sol poniente.

Quedé silencioso e inmóvil, estirando mis brazos y piernas, consciente de los gigantescos precipicios que había recorrido mi pensamiento. Tras algunos minutos, me incorporé y miré a mi alrededor, con el recuerdo de la fantástica visión vivida en mi mente.

El numeroso auditorio que había llenado el cráter, el sueño del ciclo cósmico, la voz de mi interlocutor, eran aún reales para mí, un mundo paralelo al que había llegado y cuya puerta estaba en algún lugar, cerca de mí. ¿Había soñado todo, mientras deliraba en el calor de la tarde, siendo salvado por algún rincón termodinámico de la arquitectura del cráter?

Consulté mi termoalarma. Marcaba los niveles máximos y mínimos. El máximo era de 162 grados. ¡Y yo había sobrevivido!

Me sentí descansado, casi rejuvenecido. Ni mis manos ni mi cara se habían quemado: una temperatura superior a los 160 grados podía haber derretido mi carne y mis huesos.

A mi espalda vi el oruga junto al borde. Corrí hacia él, y recordé por primera vez la muerte de Mayer. Tenté mi rostro.

Sorprendentemente, el puño de Mayer no había dejado magulladuras. ¡El cuerpo de Mayer había desaparecido! Una sola línea de pisadas iba del oruga a los megalitos; por todo lo demás, el brillante polvo azulado estaba intacto. Las huellas de Mayer, los signos de nuestra lucha, también se habían desvanecido.

Salí rápidamente del cráter y alcancé el oruga, examinando el chasis y las cadenas. La puerta de la cabina estaba abierta y el compartimiento vacío.

Todo estaba intacto. No había señales en la pintura de la puerta y del capó, ni en el metal que rodeaba las ventanillas. Me agaché para buscar algún rastro del proyectil de magnesio. Junto a mi rodilla, mi pistola de llamas aparecía segura dentro de la pistolera.

Dejé el Chrysler, volví a bajar al lago y corrí hacia los megalitos.

Durante una hora vagué por los alrededores, intentando resolver las incontables preguntas que acudían a mi mente.

Poco antes de regresar me acerqué al quinto megalito, y miré la parte superior, preguntándome si podría haber sido yo su primera anotación, de haber muerto aquella tarde.

Una fila de letras, llenas de sombras de la luz poniente, se veía allí.

Retrocedí e intenté leerlas. Estaban los símbolos de las cuatro lenguas aliadas, y entonces, orgullosamente contra las estrellas:

CHARLES FOSTER

NELSON

TIERRA

AÑO

2217

«Dígame, Quaine, ¿dónde le gustaría estar cuando llegue el fin del mundo?»

Han pasado siete años desde que Tallis me hizo esta pregunta, que yo he reexaminado un millar de veces. Hay algo en ella que parece ser la clave de todos los extraordinarios acontecimientos que han ocurrido en Murak, con sus ilimitadas implicaciones para el pueblo de la Tierra (a mi entender, una respuesta satisfactoria contiene la declaración de la propia filosofía y creencias, una descarga adecuada de nuestra deuda moral para con nosotros mismos y para con el universo).

No es que el mundo esté llegando a «su fin». La implicación es sencillamente que

ya ha terminado y se ha regenerado a sí mismo un infinito número de veces y, por tanto, la única pregunta que resta es qué hacer con nosotros mismos en el entretanto. Las cuatro razas estelares que levantaron los megalitos escogieron venir a Murak. No estoy seguro de lo que están esperando aquí.

Una redención cósmica, quizá el primer signo del amplio manto de ideación que yo vislumbré en mi visión. Pensando en el período de dos millones de años que Tallis citó como necesarios para que la vida aparezca en Murak, puede ser que el nuevo ciclo cósmico reciba su ímpetu aquí, y que nosotros seamos espectadores avanzados; cinco reyes vienen a esperar el génesis de una superespecie que deberá sustituirnos.

Hay otros aquí, otros seres invisibles y sostenidos por fuerzas preternaturales, esto está fuera de duda. Aparte de que es imposible sobrevivir en una tarde de Murak, yo no saqué el cuerpo de Mayer del cráter y lo coloqué de tal forma, en el observatorio, que pareciera que había muerto electrocutado por un contacto de uno de los archivadores de datos. Ni tampoco concibo la visión del ciclo cósmico debida a mis propios medios.

Parece como si los dos geólogos tropezaran con esa zona de espera y, de algún modo, adivinaran su significado, haciendo a Tallis partícipe de su descubrimiento. Quizá discutieron, como hicimos Mayer y yo, y Nelson se vio forzado a matar a su compañero, y a morir él mismo un año más tarde en el curso de su espera.

Como Tallis, esperaré aquí, si es necesario, quince años. Voy hasta los megalitos una vez por semana, y el resto de los días permanezco mirándolos desde el observatorio. Hasta ahora no he visto nada, sino que dos o tres nombres más se han sumado a los ya inscritos. Sin embargo, estoy seguro de que lo que estamos esperando llegará pronto. Cuando estoy cansado e impaciente, lo que me ocurre a menudo, me recuerdo a mí mismo que ellos han estado viniendo a Murak para esperar aquí, generación tras generación, durante diez mil años.

Sea lo que fuere, vale la pena esperar.

## EL ÚLTIMO MUNDO DEL SEÑOR GODDARD

Por alguna razón desconocida, el trueno irritaba especialmente al señor Goddard. Durante todo el día, mientras cumplía con sus obligaciones como supervisor de la planta baja, escuchaba su retumbo y su rodar a la distancia, casi perdido entre el ruido y el movimiento de la tienda. Dos veces, con un pretexto cualquiera, tomó el ascensor hasta la cafetería del último piso y escudriñó cuidadosamente el cielo, buscando en el horizonte una señal de nubes de tormenta o de perturbación atmosférica. Pero como de costumbre el cielo era de un azul suave, impasible, moteado por algunos copos de perezosos cúmulos.

Esto era lo que preocupaba al señor Goddard. Apoyado en la barra de la cafetería, podía oír el trueno claramente, hendiendo el aire a sólo trescientos metros por encima de su cabeza: un estrépito sordo como los aleteos encontrados de enormes pájaros. Los sonidos se detenían con intermitencias, para volver a empezar pocos minutos más tarde.

El señor Goddard no era el único que los percibía; las personas sentadas a las mesas de la terraza levantaban la cabeza hacia el estruendo sin origen, realmente perplejas. En otras ocasiones, el señor Goddard hubiera bromeado un rato; la figura de hombre de edad, el pelo gris, el traje de tela espigada, a la antigua, habían sido suficientes durante veinte años para despertar una amable solicitud, pero hoy pasaba de prisa junto a las gentes sin mirarlas siquiera. En la planta baja se sentía menos incómodo, pero durante toda la tarde, mientras erraba entre los mostradores atareados, palmeando las cabezas de los niños, escuchaba el trueno que sonaba débilmente a la distancia, inexplicable y extrañamente amenazador.

A las seis de la tarde ocupó su lugar junto a la cabina del reloj de entrada, esperó con impaciencia a que marcaran la última tarjeta, a que el sereno nocturno tomara el relevo y el último de los miembros del personal se fuera a su casa. Mientras salía poniéndose el abrigo anticuado y el sombrero cazador, el aire claro de la tarde seguía conmovido por ocasionales estruendos.

La casa del señor Goddard, una pequeña villa de dos pisos rodeada por altos setos, quedaba a menos de un kilómetro de distancia. Arruinada en apariencia pero todavía sólida, no se distinguía a primera vista de cualquier casa de soltero, pero el que tomara por el breve camino de entrada observaría una desusada característica: todas las ventanas, tanto las de arriba como las de abajo, estaban inexpugnablemente cerradas. En realidad habían permanecido cerradas durante tanto tiempo que la hiedra que crecía en el frente de la casa se había metido a través de los listones de madera, separándolos en los sitios donde estaban podridos.

Una inspección más cuidadosa hubiera revelado, detrás de los cristales polvorientos, las diagonales cruzadas de unas rejas de acero.

El señor Goddard recogió en el umbral una botella de leche y entró en la cocina. Había allí un sillón y un pequeño diván, y ese rincón era para el señor Goddard la «sala de estar» de la casa. Se dedicó a prepararse la comida de la noche. En mitad de estas tareas, un gato de la vecindad, que lo visitaba regularmente, arañó la puerta y fue admitido. Se sentaron juntos a la mesa, el gato en su almohadón habitual, en una de las sillas, observando al señor Goddard con ojos pequeños y entrecerrados.

Poco antes de las ocho, el señor Goddard comenzó su invariable rutina nocturna. Abrió la puerta de la cocina, miró de arriba abajo la entrada lateral, y cerró con llave asegurando las ventanas y la puerta con una pesada barra corrediza. Luego pasó al vestíbulo, haciendo entrar primero al gato, y empezó su inspección de la casa.

Lo hizo con gran cuidado, utilizando al gato como sexto sentido. El señor Goddard lo observaba atentamente, y tomaba nota mientras el animal vagabundeaba por las habitaciones desiertas, cantando remotamente para sí mismo.

La casa estaba completamente vacía. Arriba los pisos estaban desnudos, las ventanas sin cortinas, las bombillas sin pantallas. El polvo se acumulaba en los rincones y manchaba el raído papel Victoriano de la pared. Todas las chimeneas habían sido tapiadas, y la mampostería pelada sobre las repisas mostraba que habían echado cemento en los conductos.

Una o dos veces el señor Goddard probó las rejas, que convertían efectivamente las habitaciones en una sucesión de jaulas de acero. Satisfecho, bajó las escaleras y entró en la habitación de adelante donde observó que no faltaba nada. Guió al gato hacia la cocina, le sirvió una escudilla de leche como recompensa y se deslizó de nuevo en el vestíbulo cerrando la puerta.

Había una habitación donde aún no había entrado: la sala de atrás. El señor Goddard sacó una llave del bolsillo, la hizo girar en la cerradura y entró.

Como las otras habitaciones, estaba desnuda y no tenía muebles, salvo una silla de madera y un cofre grande apoyado contra una pared. El otro rasgo distintivo era una bombilla de considerable poder, que colgaba del centro del cielo raso mediante un complicado sistema de poleas.

Abrochándose la chaqueta, el señor Goddard se acercó al cofre. Macizo y antiguo, tenía unos noventa centímetros de ancho y otro tanto de profundidad. Alguna vez había estado pintado de color verde botella oscuro, pero ahora la mayor parte de la pintura se había descascarado, revelando un triste acero negro. Una enorme puerta, de todo el ancho y la altura del cofre, se abría en el frente.

Junto al cofre estaba la silla, y colgando del respaldo, una visera de celuloide. El señor Goddard se la puso, y adquirió el aire de un refinado falsificador preparándose para una dura noche de trabajo. Buscó en su llavero una llavecita de plata y la metió

en la cerradura. Hizo dar una vuelta completa a la manija y los artesones retrocedieron; entonces empujó firmemente con ambas manos y abrió la puerta.

El cofre no tenía estantes, era una cavidad única, ocupada por una gran caja de lata negra para documentos, apenas separada de las paredes del cofre, de quince centímetros de espesor, por un hueco estrecho.

Al detenerse para recobrar el aliento, el señor Goddard escuchó el confuso estruendo del trueno a través de la oscuridad, más allá de las ventanas cerradas. Frunciendo involuntariamente el entrecejo, percibió de pronto un leve y sordo ruido que venía del interior del cofre. Se inclinó y tuvo tiempo de ver una gran polilla blanca que salía del espacio entre la pared del cofre y la caja de documentos, rebotaba errática en el techo produciendo con cada golpe un eco amortiguado que repercutía en las paredes de lata.

El señor Goddard se sonrió francamente a sí mismo, como adivinando algo que lo había desconcertado todo el día. Apoyándose en la caja fuerte, observó la polilla que giraba en torno de la luz, haciendo pedazos frenéticamente las alas ya dañadas. Por último la polilla chocó con una de las paredes y cayó atontada al suelo. El señor Goddard se acercó y la barrió con el pie al otro lado de la puerta; luego volvió al cofre. Inclinandose hacia el interior, tomó las asas sujetas al centro de la tapa, y levantó con sumo cuidado la caja de documentos.

La caja era pesada. El señor Goddard necesitaba de todas sus fuerzas para sacarla sin que golpeará el cofre, pero gracias a una larga práctica lo consiguió con un solo movimiento. Depositó suavemente la caja en el suelo, empujó la silla y bajó la luz hasta dejarla a unos pocos centímetros por encima de su cabeza. Soltando un gancho debajo de la tapa, la deslizó hacia atrás, sobre los goznes.

Bajo la cabeza del señor Goddard, reflejando brillantemente la luz, había algo que parecía una complicada casa de muñecas. Pero en realidad era un complejo entero de edificios en miniatura, modelos construidos de un modo perfecto, con tejados y cornisas minuciosamente detallados, paredes y mampostería que duplicaban con tanta exactitud el original que de no ser por la penumbrosa figura del señor Goddard emergiendo de la oscuridad, podían haber pasado por edificios y casas reales. Las puertas y ventanas estaban exquisitamente talladas, provistas de minúsculas persianas y cristales del tamaño de una escama de jabón. Las piedras del empedrado, los elementos de las calles, la combadura de las calzadas eran reducciones en escala perfecta.

El edificio más alto de la caja, de unos treinta y cinco centímetros, tenía tres pisos. Estaba en el cruce de dos calles que atravesaban el centro de la caja, y era evidentemente una réplica de la tienda donde trabajaba el señor Goddard. El interior había sido amueblado y decorado con tanto cuidado como la fachada; a través de las ventanas se veían los pisos sucesivos con sus mercaderías en miniatura: rollos de

alfombras en el primero, ropa interior y vestidos de mujer en el segundo, muebles en el tercero. En la cafetería de la terraza había pequeñas sillas y mesas de metal, platos, cuchillos, y floreros con flores minúsculas.

En las esquinas de la izquierda y la derecha frente a la tienda, estaban el banco y el supermercado; cruzando en diagonal, la municipalidad. También éstos eran perfectas réplicas de los originales: en los cajones, debajo de los mostradores del banco, había pilas de minúsculos billetes, y las monedas brillaban como montones de polvo de plata. El interior del supermercado era un despliegue de infinitos virtuosismos. En los estantes había pirámides de latas y paquetes abigarrados tan pequeños que el ojo apenas podía distinguirlos.

Además de los edificios que dominaban las encrucijadas, había tiendas e instalaciones más pequeñas a lo largo de las calles laterales: comercios de telas, una taberna, zapaterías y estancos de tabaco. Mirando alrededor, todo el pueblo parecía dilatarse en la distancia. Las paredes de la caja habían sido pintadas con tanta destreza, con un dominio tan astuto de la perspectiva, que era casi imposible decir dónde terminaban los modelos y empezaban las paredes. El mundo microcósmico era tan perfecto, la ilusión tan absoluta que parecía ser el verdadero pueblo, y aquellas dimensiones las de la misma realidad.

De pronto, en el cálido sol de la mañana temprana se movió una sombra. La puerta de vidrio de una de las zapaterías se abrió, una figura salió por un instante a la acera, miró a uno y otro lado de la calle todavía desierta y luego volvió al oscuro reducto interior. Era un hombre de mediana edad, vestido de gris, con cuello blanco, posiblemente el gerente que abría la tienda por la mañana. Simultáneamente, se abrió una segunda puerta en la calle; y esta vez una mujer salió de una peluquería y empezó a abrir las persianas. Llevaba una falda negra y una blusa de plástico rosa. Al volver al salón, saludó con la mano a alguien que iba por la calle hacia la municipalidad.

Otras figuras aparecieron en las puertas, caminaron por el pavimento hablándose, iniciando las ocupaciones del día. Las calles se llenaron muy pronto; en lo alto de los comercios las oficinas se animaron, las dactilógrafas circularon entre los escritorios y los ficheros. Se ponían o quitaban señales; se cambiaban los calendarios. Los primeros clientes llegaban a la tienda y el supermercado, paseándose junto a los mostradores con mercadería nueva. En la municipalidad los escribientes anotaban en los libros mayores; en las oficinas privadas, detrás de los paneles de roble, los funcionarios superiores tomaban la primera taza de té. Como una colmena bien ordenada, el pueblo empezaba a vivir.

Muy por encima de todo, la gigantesca cara oculta en las sombras, el señor Goddard observaba tranquilamente la escena liliputiense como un Gulliver viejo y discreto. Se sentó, con la visera verde protegiéndole los ojos, las manos levemente enlazadas sobre el regazo. De vez en cuando se inclinaba unos pocos centímetros

para ver más de cerca las figuras que estaban abajo, o ladeaba la cabeza para espiar dentro de una de las tiendas u oficinas. No mostraba ninguna emoción en la cara, parecía contento de ser un simple espectador. A medio metro de distancia cientos de minúsculas figuras desarrollaban sus vidas, y un leve murmullo de ruidos callejeros invadió el cuarto.

La más alta de las figuras no tenía más de tres centímetros, y sin embargo las caras perfectamente modeladas tenían carácter y expresión. El señor Goddard las conocía a casi todas de vista, a muchas por el nombre. Vio a la señora Hamilton, la vendedora de lencería, que llegaba tarde al empleo, corriendo por el callejón hacia la puerta del personal. A través de una ventana veía la oficina del director administrativo, donde el señor Sellings estaba dando la habitual charla de todas las semanas a un trío de jefes de sección. Afuera, en las calles, había unos veinte clientes consuetudinarios que el señor Goddard conocía íntimamente desde hacía años, comprando productos de almacén, despachando cartas, contándose chismes.

A medida que la escena iba desenvolviéndose tranquilamente, el señor Goddard se acercaba cada vez más a la caja, interesándose en particular por dos o tres de las veinte escenas separadas. Una característica interesante de aquella ventajosa posición era que algún capricho de la arquitectura o la perspectiva le proporcionaba una multiplicidad de ángulos perfectos desde los que podía observar casi todas las figuras diminutas. Las altas ventanas del banco le daban una visión de los empleados en los mostradores; a través de una puerta de cristales se veía la sala blindada, con las hileras de las cajas fuertes detrás de la reja, y uno de los cajeros jóvenes que se entretenía en leer los rótulos. Inclinando simplemente la cabeza podía abarcar la tienda y los amplios pisos. Los comercios más pequeños de las calles estaban igualmente a la vista. Como rara vez tenían más de dos cuartos, las ventanas del fondo y los tragaluces le brindaban todo el acceso que necesitaba. Nada escapaba al examen del señor Goddard. En los callejones traseros veía las bicicletas amontonadas, las escobas de las mujeres de la limpieza y los baldes junto a las puertas de los entresuelos, los cubos medio llenos de basura.

La primera escena que llamó la atención del señor Goddard fue una en que actuaba el supervisor del depósito de la tienda, el señor Durrant. Echando al azar un vistazo al banco, el señor Goddard lo vio en la oficina del gerente, inclinado sobre el escritorio, y explicándole algo con vehemencia. Por lo general Durrant era uno de los miembros del grupo arengado por el señor Sellings, y sólo un asunto urgente podía haberlo llevado al banco. Pero el gerente parecía estar haciendo todo lo que podía por librarse de Durrant, pues evitaba mirarlo y se entretenía con algunos papeles. De pronto Durrant perdió la paciencia, y se puso a gritar enojado. El gerente lo aceptaba en silencio, sacudiendo lentamente la cabeza con una sonrisa helada. Por último Durrant dio unas zancadas hacia la puerta, vaciló un instante, con una mirada de

amargo reproche, y salió.

Ya fuera del banco y al parecer olvidado de las obligaciones que esperaban en la tienda, caminó ágilmente por la calle principal. Se detuvo en la peluquería, entró y se acercó a una cabina privada donde un hombre alto de traje a cuadros y encasquetado sombrero verde se estaba haciendo afeitar. El señor Goddard observó la conversación a través de un tragaluz que se abría sobre las dos cabezas. El hombre del sillón, un levantador de apuestas local, guardó silencio detrás de la espuma hasta que Durrant terminó de hablar; después, con un golpecito negligente le indicó que se sentara.

Intrigado el señor Goddard esperó con interés a que reanudaran la conversación. Lo que había visto explicaba de algún modo el aire aturdido de Durrant.

Pero justo cuando el levantador de apuestas se quitaba la toalla y se ponía de pie, algo más importante atrajo la mirada del señor Goddard.

Directamente detrás de la tienda había un pequeño «cul de sac» separado del callejón al que se accedía desde la calle por altas puertas de madera. Estaba lleno de viejas cajas de embalaje y desperdicios diversos, y cerrado en el fondo por la pared trasera de la caja, una superficie abrupta que se elevaba hasta la distante y alta claridad. Las ventanas esmeriladas del pozo de un ascensor de servicio dominaban el patio, coronadas en el quinto piso por un pequeño balcón.

Este balcón era el que había atraído la atención del señor Goddard. Allí, encaramados, dos hombres manipulaban un largo aparato de madera que el señor Goddard identificó como una escalera extensible. La alzaron juntos al aire y mediante un sistema de cuerdas la extendieron hasta la pared, en un punto situado a unos cinco metros de altura. Satisfechos, ataron firmemente el extremo inferior a los barrotes del balcón; luego uno de ellos subió por la escala y llegó al último peldaño, con los brazos tendidos hacia la pared, en lo alto del patio.

*¡Estaban tratando de escapar de la caja!* El señor Goddard se inclinó, observándolos con asombro. La punta de la escala estaba todavía a quince o veinte centímetros del reborde saliente de la caja, y a unos noventa centímetros de distancia de los hombres del balcón, pero la actividad de éstos era impresionante. El señor Goddard observó, inmóvil, cómo ajustaban los cables.

Confusamente, en la distancia, sonaron las doce campanadas de la medianoche. El señor Goddard miró su reloj y luego, sin volver a echar una ojeada a la caja, empujó la lámpara hacia el cielo raso y bajó la tapa. Se puso de pie y llevó cuidadosamente la caja al cofre de seguridad, la colocó y cerró la puerta. Apagó la luz y salió de la habitación sin hacer ruido.

Al día siguiente, en la tienda, el señor Goddard dio sus vueltas habituales, dispensando la invariable dosis de charla amistosa y de afabilidad a vendedores y clientes por igual, haciendo pleno uso de los innumerables y triviales datos que había obtenido la noche anterior. Todo el tiempo mantuvo una constante vigilancia sobre el

señor Durrant; aunque reacio a entrometerse, temía que si no encauzaba las cosas de una manera drástica, los enredos de Durrant con el levantador de apuestas pronto terminarían en una tragedia.

En el depósito nadie había visto a Durrant durante toda la mañana, pero poco después de mediodía el señor Goddard lo distinguió en la calle pasando de prisa por delante de la entrada principal. Durrant se detuvo, miró a su alrededor indeciso y luego empezó a errar entre los escaparates como si meditara algo.

El señor Goddard salió y se le acercó como por casualidad.

—Bonito día, ¿no? —dijo—. Todo el mundo empieza a pensar en las vacaciones.

Durrant asintió, ausente, examinando el equipo de alpinismo en la vitrina de los artículos de deportes.

—¿Ah sí? Qué bien.

—¿Usted se va, señor Durrant? Otra vez al sur de Francia, me imagino.

—¿Qué? No, no creo que vaya este año.

Durrant empezó a avanzar, pero Goddard lo atrapó.

—Lo lamento, señor Durrant. Creo que usted merece unas buenas vacaciones en el extranjero. Espero que todo ande bien. —Miró inquisitivo la cara de Durrant.—Si puedo ayudarlo en algo, dígamelo. Me gustaría poder hacerle un pequeño préstamo. Un viejo como yo no tiene mucho en qué emplear el dinero.

Durrant se detuvo y escudriñó pensativo al señor Goddard.

—Es usted muy amable, Goddard —dijo al fin—. Muy amable.

El señor Goddard sonrió, desaprobando.

—Ni lo piense. Me gusta ayudar a la casa, sabe. Perdóneme que se lo diga, pero ¿le vendrían bien cincuenta?

Los ojos de Durrant se entrecerraron un poco.

—Sí, me vendrían muy bien. —Se detuvo, después preguntó suavemente:— ¿Usted hace esto por su cuenta, o Sellings le dijo algo?

—¿Me dijo qué?

Durrant se acercó al señor Goddard y con voz más áspera espetó:

—Se habrá pasado días enteros siguiéndome. Usted lo sabe todo acerca de todo el mundo, ¿no, Goddard? Malditas las ganas que tengo de contarle algo.

El señor Goddard dio marcha atrás, preguntándose cómo podía enderezar el entuerto. Justo entonces se dio cuenta de que estaban solos frente a los escaparates. Los grupos de personas que circulaban comúnmente por allí, corrían al callejón lateral; se oían muchos gritos a la distancia.

—¿Qué diablos pasa? —estalló Durrant.

Se unió a la multitud del callejón y miró por encima de las cabezas.

El señor Goddard volvió apresuradamente a la tienda. Todos los vendedores estiraban el cuello para mirar y se hablaban en voz baja; algunos habían abandonado

los mostradores y se reunían alrededor de las puertas de servicio.

El señor Goddard se abrió paso. Alguien llamaba a la policía y una mujer del departamento de personal bajó en el montacargas con un par de mantas. El mensajero que contenía a la multitud dejó pasar al señor Goddard. Afuera, en el patio, había un grupo de quince o veinte personas que miraban al balcón del quinto piso. Atada a los barrotes, se alzaba la mitad inferior de una escalera de mano, en un ángulo de 45 grados. La parte más alta, de unos tres metros y medio de largo, había sido atada al extremo superior, pero los nudos se habían soltado, y esa parte colgaba ahora vertical —mente, balanceándose de un lado a otro sobre las cabezas de las personas reunidas en el patio.

Haciendo un esfuerzo, el señor Goddard se dominó. Alguien había tapado los dos cuerpos con las mantas y un hombre arrodillado junto a ellos —posiblemente un médico— meneaba lentamente la cabeza.

—Lo que no llego a entender —murmuró uno de los vendedores al ordenanza— es a dónde trataban de trepar. La escalera debe de haberse levantado directamente en el aire.

El ordenanza asintió.

—El señor Masterman, y el señor Treatfield, también.

¿Para qué pondrían ahí esa escalera, hombres serios como ellos?

El señor Goddard siguió la línea de la escalera hasta el cielo. La pared trasera del patio tenía sólo dos metros de alto; detrás estaba el techo de zinc de un apostadero de bicicletas y una playa abierta de estacionamiento. La escalera no apuntaba a ninguna parte, pero el impulso que guiara a los dos hombres había sido ciego e irresistible.

Aquella noche el señor Goddard inspeccionó la casa con más negligencia que de costumbre, echó una breve mirada a las habitaciones vacías y cerró las puertas antes que el gato hubiera tenido la posibilidad de hacer otra cosa que husmear el aire. Lo encerró en la cocina y luego corrió a abrir el cofre de seguridad.

Llevó la caja al centro del piso y levantó la tapa.

A medida que el pueblo empezaba a vivir lo examinaba atentamente, subiendo y bajando por las calles en miniatura, atisbando sucesivamente por todas las ventanas, estableciendo la identidad y la función del mayor número posible de minúsculos habitantes. Como un millar de lanzaderas tejiendo una trama infinitamente complicada, pasaban por las tiendas y las oficinas, entraban y salían por innumerables puertas, y cada uno de ellos se rozaba con una veintena en los pavimentos y arcadas, añadiendo una puntada más a la tapicería de incidentes y motivos que urdían aquellas vidas. El señor Goddard siguió cada hebra, tratando de descubrir cualquier cambio de dirección, cualquier entrelazado adverso de comportamientos.

Comprendió que el cuadro estaba cambiando. Por el momento era un cambio indefinido, pero se notaban ligeras variaciones, sutiles modificaciones en las

relaciones entre las personas de la caja: los encargados de tiendas rivales parecían mantener relaciones íntimas, los desconocidos habían empezado a hablarse entre sí, y había numerosa actividad innecesaria y gratuita.

El señor Goddard buscaba un núcleo, un incidente que descubriera las fuentes de la nueva situación. Examinó el balcón que estaba detrás del pozo del ascensor, atento a otras tentativas de fuga. Habían quitado la escalera, pero no se había hecho nada para sustituirla. En otras posibles vías de fuga —el techo del cine, la torre del reloj de la municipalidad— no mostraban ningún indicio.

Sólo había un hecho que lo desconcertaba todavía más. Era el espectáculo insólito, en un gabinete del salón de billares: el señor Durrant presentaba allí el gerente del banco al levantador de apuestas. El trío seguía conversando animadamente cuando Goddard cerró de mala gana la caja, a las dos de la mañana.

Los días siguientes el señor Goddard observó a las multitudes que pasaban por la tienda, tratando de descubrir, como si aquel fuera el macrocosmo, algunas de las tendencias que había observado en la caja. Muy pronto cumpliría sesenta y cinco años, y éste era un tema fácil que proporcionaba motivo de conversación con los miembros más antiguos del personal. Pero, cosa curiosa, las respuestas amistosas que esperaba no se oyeron nunca; los intercambios de palabras fueron breves, casi descorteses. El señor Goddard lo atribuyó al ambiente de la tienda, que había cambiado bastante desde la muerte de los dos hombres de la escalera. En la investigación, una de las vendedoras había tenido un estallido histérico y confuso, y el juez de instrucción señaló crípticamente que al parecer se había negado, de manera deliberada, a dar información. Un murmullo de aprobación corrió espontáneamente por toda la sala, pero nadie parecía saber qué había querido decir el juez.

Otro síntoma de esta incomodidad era la ola de noticias que iba de un lado a otro. Casi un tercio del personal deseaba retirarse, en su mayor parte por razones que evidentemente apenas valían como excusas. Cuando el señor Goddard sondeó buscando las verdaderas razones, descubrió que pocos las conocían. Las motivaciones eran puramente inconscientes.

Como para subrayar esta intrusión de lo irracional, una tarde, cuando el señor Goddard salía de la tienda, vio al gerente del banco en la torre del reloj de la municipalidad, dominando la calle y escudriñando el cielo.

Durante la semana siguiente poco ocurrió en la caja que aclarara la situación. Los cambios y reagrupaciones de las relaciones continuaban aún. Vio que el gerente del banco y el levantador de apuestas andaban cada vez más juntos y comprendió que se había equivocado de medio a medio al suponer que Durrant estaba apremiado por deudas de juego; en realidad, parecía desempeñar un papel de intermediario entre el levantador de apuestas y el gerente del banco, que al final se había convencido uniéndose a los planes de los otros.

Estaba seguro ahora de que esos hombres preparaban algún tipo de conspiración. Al principio pensó que planeaban una fuga, pero luego sintió que en las mentes de los personajes de la caja se estaba engendrando una especie de oscura compulsión, todavía no identificada como tal, que se reflejaba en la conducta extraña e imprevisible de los homólogos del mundo exterior. Los inconscientes compañeros de la tienda habían empezado a parecerse a las piezas de un enorme rompecabezas: imágenes dislocadas e inmóviles en un espejo hecho añicos. Por fin optó por una política de *laissez faire*. En pocas semanas más se descubrirían seguramente las fuentes de la conspiración.

Por desgracia, antes de lo que el señor Goddard había previsto, los acontecimientos se precipitaron rápidamente.

El día de su sexagésimo quinto aniversario el señor Goddard se encaminó a la tienda media hora más tarde que de costumbre, y al llegar le dijeron que el señor Sellings quería verlo.

Sellings empezó por felicitarlo y luego se lanzó a una recapitulación de los años de servicio del señor Goddard en la tienda, y concluyó deseándole otros tantos de feliz jubilación.

El señor Goddard tardó unos instantes en comprender el verdadero significado de estas palabras. Nunca le habían dicho nada de la jubilación y siempre había supuesto que seguiría, como muchos miembros del personal, hasta bien cumplidos los setenta.

Reponiéndose, se lo dijo a Sellings.

—Yo no esperaba precisamente la jubilación, señor Sellings. Creo que debe de haber algún error.

Sellings se puso de pie, sacudiendo la cabeza con una rápida sonrisa.

—No hay ningún error, señor Goddard, se lo aseguro. En realidad, la junta administrativa examinó ayer cuidadosamente la situación, y convinimos en que usted se merecía un ininterrumpido descanso después de todos estos años.

El señor Goddard frunció el ceño.

—Pero yo no quiero jubilarme, señor. No estaba previsto en mis planes.

—Bueno, ya es hora de empezar. —Sellings se encaminaba hacia la puerta, con su apretón de manos ya preparado.— Una jubilación confortable, una casita propia, metido en su propio mundo como una ostra.

El señor Goddard se puso tieso, pensando rápidamente.

—Señor Sellings, me temo que no podré aceptar la decisión de la junta de administración. Estoy seguro de que para bien de todos he de permanecer en mi puesto actual. —La sonrisa había desaparecido de la cara de Sellings; parecía impaciente e irritable.— Si les pregunta a los gerentes y vendedores del piso, y no mencionemos a los clientes, todos insistirán en que me quede. Les sorprendería mucho la idea de mi jubilación.

—¿Ah sí? —dijo Sellings cortante—. Según mis noticias, es todo lo contrario. Créame, esta jubilación llega en un momento muy adecuado, señor Goddard. He recibido últimamente muchas quejas que de otro modo me obligarían a tomar una medida. Rápida y drástica.

Cuando salió de la sección contabilidad por última vez, el señor Goddard, atontado, se repitió a sí mismo las palabras de Sellings. Le parecían increíbles, pues Sellings era un hombre responsable que nunca confiaba en una sola opinión en tan importante materia. De todos modos, el error de Sellings era colosal.

¿O el error era suyo? Cuando dio la vuelta de despedida, confiando a medias en que la noticia de esa repentina jubilación le ganaría algún apoyo, el señor Goddard comprendió que Sellings tenía razón. Piso por piso, sección por sección, mostrador por mostrador, reconoció la misma expresión interior, la misma actitud de aprobación tácita. *Todos se alegraban de que se fuera.* Nadie mostraba verdadero pesar; no pocos se escabullían antes que pudiera estrecharles la mano, otros se limitaban a gruñir apenas. Varios de los veteranos, que conocían al señor Goddard desde hacía veinte o treinta años, parecían ligeramente turbados, pero ninguno pronunció una palabra de simpatía.

Por último, cuando un grupo de la sección muebles le volvió deliberadamente la espalda, el señor Goddard interrumpió las despedidas. Pasmado y humillado, juntó las pocas cosas que tenía en el cajón del escritorio y salió.

Le pareció que le llevaba todo el día llegar a su casa. La cabeza gacha, caminó lentamente por las tranquilas calles laterales, olvidado de los transeúntes, tratando patéticamente de aceptar este golpe a todo lo que había imaginado de sí mismo durante tantos años. Que su interés por el prójimo era sincero y franco, lo sabía sin duda alguna. Innumerables veces había buscado sin descanso la mejor solución a los problemas de los demás, tratando de ayudarlos. ¿Pero con qué resultado? Sólo había provocado envidia, despecho y desconfianza.

En el umbral de la puerta el gato esperaba pacientemente. Sorprendido, pues no esperaba verlo tan temprano, se acercó ronroneando y frotándose contra las piernas del señor Goddard, que corría el cerrojo de la verja. Pero el señor Goddard no se dio cuenta. Torpemente abrió la puerta de la cocina y la cerró. Se quitó el abrigo, se preparó el té y vertió distraídamente en un plato un poco de leche para el gato. Miró cómo el gato bebía la leche siempre tratando inútilmente de entender la animadversión que había provocado en la gente de la tienda.

De pronto hizo a un lado el té y fue directamente a la sala. Encendió la luz y contempló pesadamente el cofre. Allí, en alguna parte, lo sabía, estaba la razón por la que lo habían despedido esa mañana. Bastaba que mirara con atención.

Poniendo la llave en la cerradura abrió la puerta y la empujó hacia atrás bruscamente. Sintió un dolor en el hombro. Impaciente, no hizo caso del dolor, se

agachó y levantó la caja por las asas.

Mientras sacaba la caja del cofre se dio cuenta de que en ese momento no aguantaba el peso. Trató de recobrar las fuerzas, adelantó una rodilla bajo la caja y apoyó los codos en la tapa, descansando el hombro contra el cofre.

La posición era torpe y sólo podía soportarla unos pocos segundos. Empuñando de nuevo la caja, en un esfuerzo por restituirla al cofre, se sintió de pronto mareado. Una pequeña espiral le giraba delante de los ojos, espesándose hasta convertirse en un profundo torbellino negro que le llenaba la cabeza.

Antes de poder impedirlo, la caja se le escapó de las manos y cayó al suelo con un violento estruendo metálico.

Arrodillado al lado del cofre, el señor Goddard se deslizó blandamente contra la pared, bamboleando la cabeza contra el pecho.

La caja había caído al lado, justo dentro del círculo de luz. El golpe había forzado los ganchos de la tapa, que había quedado abierta; un solo haz estrecho reflejaba la superficie del fondo interior de la caja.

Durante unos pocos minutos no se oyó otro sonido en el cuarto que la respiración desigual y laboriosa del señor Goddard. Después, casi imperceptiblemente, algo se movió en el intervalo entre la tapa y el piso. Una pequeña figura dio unos pasos a tientas saliendo de la oscuridad, miró alrededor en plena luz y desapareció de nuevo. Dos segundos más tarde, otras tres figuras emergieron, seguidas por otras, y se desparramaron en pequeños grupos por el piso, agitando a la luz los brazos y piernas minúsculos. Detrás de ellos aparecieron otras veinte, apretadas en una corriente sólida, empujándose unas a otras para escapar de la caja. En el círculo de luz hormiguearon en seguida enjambres de minúsculas figuras que se agitaban como peces en un estanque iluminado.

En la oscuridad del rincón, la puerta crujió agudamente. Los cientos de figuras se detuvieron paralizadas. La cabeza del gato del señor Goddard, de ojos relucientes y malévolos, apareció balanceándose en la habitación. Se detuvo un momento, estudiando la escena que tenía delante.

Luego, un grito agudo se le escapó silbando entre los dientes. Malignamente rápido, saltó adelante.

Algunas horas más tarde el señor Goddard se incorporó lentamente. Apoyándose contra el cofre, miró la caja bajo el brillante cono de luz. Se frotó los pómulos y se masajeó dolorido el pecho y los hombros. Luego fue cojeando hasta la caja y la enderezó cautelosamente, la abrió y miró adentro.

De pronto dejó caer la tapa, echó un vistazo al piso, moviendo la luz para que llegara a los rincones alejados. Después se volvió y corrió al vestíbulo, encendió la luz y examinó atentamente el suelo, los zócalos y detrás de las rejas.

Advirtió por encima del hombro que la puerta de la cocina estaba abierta. Se

acercó en puntas de pie, mirando entre la mesa y las patas de las sillas, detrás de la escoba y el cubo del carbón.

—¡Simbad! —gritó el señor Goddard.

Espantado, el gato dejó el minúsculo objeto que tenía entre las zarpas y se metió debajo del diván.

El señor Goddard se agachó. Miró el objeto unos segundos, se enderezó y se apoyó en el aparador, cerrando involuntariamente los ojos.

El gato se abalanzó, los dientes rozando las zarpas, y tragó ruidosamente.

—Simbad —dijo el señor Goddard con voz más tranquila; miró indiferente al gato y por fin caminó hacia la puerta.

—Ven afuera —le dijo.

El gato lo siguió, meneando lentamente el rabo. Caminaron por el sendero hasta la verja. El señor Goddard miró su reloj. Eran las 2.45 de la tarde. Las casas de alrededor estaban silenciosas, el cielo era de un distante y pacífico azul. De vez en cuando la luz del sol se reflejaba en las ventanas del primer piso; pero nada rompía la quietud absoluta de la calle.

Con un ademán el señor Goddard hizo salir al gato a la calzada y cerró la verja.

Caminaron juntos entrando en un mundo desierto.

## EL ASESINO BONDADOSO

Al mediodía, cuando el doctor Jamieson llegó a Londres, todas las entradas de la ciudad estaban cerradas desde las seis de la mañana. Las multitudes del día de la Coronación habían esperado durante casi veinticuatro horas a lo largo del camino por donde pasaría el cortejo, y Green Park estaba desierto. El doctor Jamieson subió por la pendiente de hierbas hacia la estación subterránea a pie del Ritz. Bajo los árboles, entre los desperdicios, había mochilas y sacos de dormir abandonados, y el doctor Jamieson trastabilló dos veces. Llegó transpirando a la entrada de la estación, y se sentó en un banco y apoyó en la hierba el pesado maletín de bronce.

Directamente delante se alzaba una de aquellas tribunas altas de madera. Vio las espaldas de los espectadores de la fila de más arriba, las mujeres con brillantes vestidos de verano, los hombres en mangas de camisa, las cabezas cubiertas con periódicos para protegerse del sol, y grupos de niños que cantaban y agitaban banderas inglesas. En Picadilly los edificios de oficinas estaban colmados de gente que se asomaba a las ventanas, y la calle era una masa de color y ruido. De vez en cuando se oían bandas que tocaban a lo lejos, o un oficial a cargo de las tropas alineadas a lo largo de la ruta vociferaba una orden y los hombres cambiaban de posición.

El doctor Jamieson escuchaba con interés todos esos sonidos, saboreando aquella excitación colmada de luz solar. A los sesenta y cinco años era una figura pulcra, de pelo canoso y mirada sensible y atenta. Tenía la frente ancha, echada hacia atrás, lo que daba a su aspecto un tanto profesoral un matiz juvenil, acentuado por el corte sesgado del traje gris de seda, las solapas estrechas y largas, el botón bordado de la chaqueta, y las costuras anchas y engalonadas de los pantalones y las mangas. Cuando un hombre salió del puesto de primeros auxilios en el otro extremo de la tribuna y caminó hacia él, el doctor Jamieson notó la diferencia que había entre las vestimentas de cada uno (el hombre llevaba un holgado traje azul con enormes y aleteantes solapas) y frunció el ceño, molesto. Echó una ojeada a su reloj, tomó el maletín y corrió a la estación subterránea.

Se suponía que el cortejo de la Coronación dejaría la Abadía de Westminster a las tres, y la policía había cortado el tránsito en toda la ruta. Cuando Jamieson salió de la estación en el lado norte de Picadilly, miró atentamente alrededor los edificios de oficinas y los hoteles, repitiendo un nombre mentalmente cada vez que reconocía algo familiar. Caminando de lado por detrás de la gente agolpada sobre la calle, el maletín metálico golpeándole dolorosamente las rodillas, llegó a la entrada de Bond Street; allí reflexionó un instante y fue hacia la fila de taxis, a cincuenta metros de

distancia. La gente que se apretaba hacia Picadilly le echaba miradas curiosas, y Jamieson se sintió aliviado cuando subió al taxi.

—Hotel Westland —le dijo al conductor, negándose a que lo ayudara a cargar el maletín.

El hombre se llevó una mano a la oreja.

—¿Hotel qué?

—Westland —repitió el doctor Jamieson, tratando de imitar la pronunciación del conductor. Todos alrededor parecían hablar en los mismos tonos guturales—. Está en Oxford Street, unos ciento cincuenta metros al este de Marble Arch. Pienso que va a encontrar una entrada temporaria en Grosvenor Place.

El conductor asintió, mirando cautelosamente al pasajero.

Después de arrancar se inclinó hacia atrás.

—¿Viene a ver la Coronación?

—No —dijo el doctor Jamieson—. Viaje de negocios. Sólo por el día.

—Pensé que quizá venía a asistir al cortejo. Desde el Westland tiene una vista maravillosa.

—Eso creo, Naturalmente, si puedo miraré.

Doblaron entrando en la Grosvenor Square y el doctor Jamieson puso el maletín en el asiento y examinó los intrincados cierres metálicos cerciorándose de que la tapa estaba bien sujeta. Miró los edificios de alrededor. Trataba de que los recuerdos no le excitasen demasiado el corazón, y sin embargo nada coincidía con esos recuerdos; el azogue de los años distorsionaba las imágenes originales sin que él se diera cuenta. Todo parecía enteramente nuevo: las perspectivas de las calles, la disparidad de edificios y la maraña de cables aéreos, los letreros que brotaban en todas partes con cualquier pretexto. Toda la ciudad le parecía increíblemente anticuada y confusa, y le era difícil creer que en un tiempo había vivido allí.

Los otros recuerdos, ¿serían igualmente falsos? sorprendido se echó hacia adelante, y señaló a través de la ventanilla abierta la elegante pared de colmena de la Embajada Norteamericana, que respondía a la pregunta.

El conductor notó el interés de Jamieson, y sacudió la ceniza del cigarrillo.

—Estilo curioso el de ese sitio —comentó—. No entiendo por qué los yankis han levantado esa chatarra.

—¿Le parece?—dijo el doctor Jamieson—. No creo que esa sea la opinión de muchos.

El conductor rió.

—Ahí se equivoca, señor, todavía no he oído a nadie hablar bien de eso. —Se encogió de hombros, decidiendo no ofender al pasajero—. Quizá sea demasiado adelantado para esta época.

El doctor Jamieson sonrió levemente.

—Tiene razón —dijo, más para sí mismo que para el conductor—. Digamos que está adelantado en unos treinta y cinco años. En ese tiempo lo considerarán una obra importante.

Involuntariamente, la voz se le había vuelto más nasal, y el conductor preguntó:

—¿Viene del extranjero señor? ¿Nueva Zelandia tal vez?

—No —dijo el doctor Jamieson, notando que el tránsito circulaba por la izquierda—. No exactamente, aunque no he estado en Londres estos últimos años. Parece que he elegido un buen día para volver.

—Sí, de veras, señor. Un gran día para el joven príncipe. O quizá debiera decir rey. Rey Jacobo III suena un poco raro. Pero buena suerte para él y para la nueva era, jaco no sé cuánto.

—La nueva era jacobita —corrigió el doctor Jamieson, y por primera vez en el día la risa le ablandó el rostro. Fervorosamente, mientras extendía las manos y tocaba el maletín, agregó sotto voce—: Como dice usted, buena suerte.

Bajó del taxi delante del hotel y entró por la puerta auxiliar. Atravesó el pequeño vestíbulo trasero abriéndose paso entre la gente; el estruendo que venía de Oxford Street le resonaba en los oídos. Luego de cinco minutos consiguió llegar al mostrador, arrastrando el pesado maletín.

—Doctor Roger Jamieson—le dijo al empleado—. Tengo reservado un cuarto en el primer piso.

Se apoyó en el mostrador mientras el empleado buscaba en el registro, y escuchó el alboroto del vestíbulo. La mayoría de las personas eran mujeres corpulentas de edad madura que llevaban vestidos floreados y que conversaban excitadamente mientras iban hacia la sala de televisión, donde se vería la ceremonia de la Abadía a las dos de la tarde. El doctor Jamieson las ignoró y se puso a examinar a las otras personas del vestíbulo, repartidores de telegramas, camareros, miembros del personal que organizaba las fiestas en los cuartos de arriba. Escrutó cuidadosamente cada rostro, como si esperase encontrar a algún conocido...

El empleado miraba el libro con ojos miopes.

—¿La reserva estaba hecha a su nombre, señor?

—Naturalmente. Habitación diecisiete, la esquina del primer piso.

El empleado meneó la cabeza, dubitativo.

—Tiene que haber algún error, señor; no tenemos anotada esa reserva. ¿Usted viene con alguno de los grupos?

Dominando su impaciencia, el doctor Jamieson puso el maletín en el suelo y lo empujó con un pie, asegurándolo contra el mostrador.

—Le repito que yo mismo hice la reserva. Explícitamente para la habitación diecisiete. Fue hace algún tiempo, pero el gerente me dijo que todo estaba en regla y que la reserva no sería cancelada por ningún motivo.

El empleado buscó en el libro las reservas anotadas para aquel día y las miró una a una. De pronto señaló una anotación descolorida en el margen superior de la primera página.

—Aquí está, señor. Discúlpeme, lo que pasa es que la reserva había sido pasada del registro anterior. "Doctor Roger Jamieson, cuarto 17." —Puso el dedo sobre la fecha, sorprendido, y le sonrió al doctor Jamieson—. Una elección afortunada del día, doctor. Su reserva fue hecha hace más de dos años.

Cerrando por fin con llave la puerta de la habitación, el doctor Jamieson se sentó aliviado en una de las camas, sin sacar las manos del maletín. Dedicó unos minutos a recuperar lentamente el aliento, masajeándose los músculos entumecidos del antebrazo. Luego se puso de pie e inspeccionó cuidadosamente la habitación.

Era uno de los cuartos más grandes del hotel y las dos ventanas de la esquina miraban directamente a la calle atestada. Las cortinas venecianas protegían a las ventanas de la luz del sol y de los cientos de personas en los balcones del bazar de enfrente. El doctor Jamieson miró primero dentro de los armarios, luego probó la ventana del baño que daba al pozo interior de aire. Satisfecho, acercó un sillón hasta la ventana lateral que se abría sobre el sitio donde aparecerá el cortejo. Nada interrumpía el panorama de cientos de metros, y todos los soldados y policías a lo largo de la ruta eran claramente visibles.

Un enorme trozo de tela roja, parte de un imponente tributo floral, cruzaba oblicuamente la calle delante de la ventana ocultando al doctor Jamieson de las personas del edificio contiguo, pero permitiéndole ver con claridad el pavimento donde una multitud de diez o doce filas se apretaba contra las empalizadas de madera. Bajando la cortina hasta que el borde inferior estuvo a sólo quince centímetros del alfeizar, el doctor Jamieson se inclinó hacia adelante y observó tranquilamente.

No vio a nadie que le interesara de veras, y echó una mirada nerviosa al reloj. Eran casi las dos, y el joven rey habría salido del Palacio de Buckingham y estaría en camino hacia la Abadía. Muchas de las personas en la calle llevaban radios portátiles, y el alboroto decreció al comenzar la transmisión desde la Abadía.

El doctor Jamieson fue hasta su cama y sacó el llavero.

Las dos cerraduras del maletín eran dispositivos de combinación. Hizo girar la llave a la izquierda y a la derecha unas cuantas veces, apretó la cerradura, y abrió el maletín.

Dentro, en la mitad inferior del molde de terciopelo, estaban las piezas desarmadas de un poderoso rifle deportivo, y un cargador de seis proyectiles. La culata de metal había sido acortada oblicuamente unos quince centímetros de manera que al llevarla al hombro en posición de disparar el cañón apuntaba hacia abajo en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

El doctor Jamieson sacó las piezas y montó hábilmente el arma, atornillando la

culata y ajustándola en el ángulo más cómodo. Puso el cargador, echó atrás el cerrojo y lo llevó hacia adelante, acomodando el proyectil superior en la recámara.

De espaldas a la ventana, observó el arma cargada sobre la cama, en la penumbra del cuarto, escuchando el bullicio de la gente en el corredor, el rugido continuo que subía desde la calle. De pronto pareció muy cansado: la firmeza y la resolución se le borraron del rostro y pareció un viejo consumido y desvalido, encerrado en una habitación de hotel en una ciudad extraña donde todos menos él celebraban una fiesta. Se sentó en la cama junto al rifle, limpiándose la grasa de las manos con un pañuelo, el pensamiento puesto en algo que parecía muy lejano.

Poco después se incorporó, se movió torpemente, y miró indeciso alrededor como si se preguntara por qué estaba allí.

Al fin, dominándose, desmontó rápidamente el rifle, puso las distintas piezas en su sitio, cerró el maletín, y lo guardó en el último cajón de la cómoda. Echó llave a la puerta del cuarto y salió del hotel con paso decidido.

Caminó doscientos metros por Grosvenor Place y dobló por Hallam Street, un pequeño pasaje colmado de restaurantes y pequeñas galerías de arte. La luz del sol se movía sobre los toldos rayados y la calle desierta podría haber estado a kilómetros de las multitudes que esperaban en la ruta de la Coronación. El doctor Jamieson se sintió otra vez confiado. Cada docena de metros se detenía bajo los toldos y examinaba la calle vacía, escuchando los distantes comentarios de la televisión en los pisos encima de las tiendas.

No lejos de la esquina había un pequeño café con tres mesas afuera. Sentándose de espaldas a la ventana, el doctor Jamieson sacó un par de lentes de sol y se acomodó a la sombra. Pidió al camarero un jugo de naranja helado y lo sorbió lentamente, el rostro oculto tras los lentes oscuros de armazón gruesa. De cuando en cuando se oían vítores y aplausos que venían de Oxford Street, señalando la marcha de la ceremonia en la Abadía, pero fuera de eso la calle estaba tranquila.

Poco después de las tres, cuando el zumbido grave de un órgano en los aparatos de televisión anunció que el servicio de la coronación había concluido, el doctor Jamieson oyó un ruido de pasos que se acercaban por la izquierda. Echándose hacia atrás en el asiento y mirando bajo el toldo, vio a un hombre joven y a una muchacha de vestido blanco que caminaban tomados de la mano.

Cuando estuvieron más cerca el doctor Jamieson se quitó los lentes para observar más claramente a la pareja, y en seguida se los puso otra vez apoyando un codo en la mesa y tapándose la cara con la mano.

Los jóvenes estaban demasiado absortos en ellos mismos para notar que alguien estaba mirándolos, aunque la nerviosa excitación del doctor Jamieson hubiese sido evidente para cualquier otro observador. El hombre tendría unos veintiocho años, y llevaba las ropas desplanchadas y holgadas que todo el mundo usaba entonces en

Londres, una corbata flojamente anudada y una camisa de cuello blando.

Dos plumas estilográficas le asomaban en el bolsillo superior de la chaqueta, y un programa de concierto de otro bolsillo, y tenía la apariencia agradablemente informal de un joven profesor universitario. El rostro, hermoso e introspectivo, terminaba en una frente ancha y despejada y una rala cabellera castaña peinada descuidadamente hacia atrás. Miraba el rostro de la muchacha con afecto visible, y escuchaba su charla ligera, interviniendo de vez en cuando con alguna divertida interjección.

El doctor Jamieson miraba también a la muchacha. Al principio había clavado los ojos en el joven, observando sus movimientos y expresiones con la evasiva cautela de alguien que se ve en un espejo, pero su atención pronto pasó a la muchacha. Tuvo una impresión de enorme alivio e hizo un esfuerzo para no saltar de la silla. Había tenido miedo de que la memoria lo hubiese engañado, pero la muchacha era aún más hermosa, y no menos, que en los recuerdos de él.

De apenas diecinueve o veinte años, caminaba con la cabeza echada hacia atrás, y el pelo largo y pajizo le caía sobre los hombros suavemente bronceados. Tenía una boca carnosa y expresiva, y los ojos vivaces miraban al joven con aire travieso.

Cuando pasaron por delante del café ella hablaba animadamente, y el joven la interrumpió:

—Espera, June, necesito un descanso. Sentémonos a beber algo; al cortejo no llegará a Marble Arch antes de media hora.

—Pobrecito, ¿te estoy cansando?

Se sentaron a una mesa junto a la del doctor Jamieson: el brazo desnudo de la muchacha a unos pocos centímetros de distancia. La fresca fragancia del cuerpo de ella se unió a los otros recuerdos del doctor Jamieson, y juntos giraron como en un torbellino: las manos ágiles y hermosas, la forma en que ella alzaba la barbilla y extendía el vestido blanco sobre los muslos.

—En realidad no me importa si me pierdo el desfile. Hoy es mi día, no el de él.

El joven sonrió mostrando los dientes, e hizo como si fuera a levantarse.

—¿De veras? Todos se han informado mal. Espera aquí, desviaré el cortejo. — Tomó la mano de la muchacha por encima de la mesa y miró críticamente el pequeño diamante que ella tenía en el dedo.

—Que insignificancia. ¿Quién te lo regaló?

La muchacha besó la piedra cariñosamente.

—Es tan grande como el Ritz. Hm, que hombre —rezongó, bromeando—, uno de estos días tendrá que casarme con él. Roger, ¿no es maravilloso lo del premio? ¡Trescientas libras! eres rico de veras. Qué pena que la Royal Society no te deje gastarlo en cualquier cosa, como los premios Nobel. Ya veréis cuando te den uno.

El joven sonrió modestamente.

—Cuidado, amor mío. No te fíes demasiado.

—Pero claro que te lo darán. Estoy absolutamente segura. Después de todo casi has descubierto el viaje por el tiempo.

Los dedos del joven tamborilearon sobre la mesa.

—June, por el amor de Dios, entiéndelo de una vez, yo no he descubierto el viaje por el tiempo. —Bajó la voz, atento a la presencia del doctor Jamieson, sentado a la mesa de al lado, y que era junto con ellos la única persona visible en la calle desierta —. La gente pensará que estoy loco, si andas diciéndolo por ahí.

La muchacha torció la nariz, orgullosa.

—Sin embargo lo hiciste, admítelo. Sé que la frase no te gusta, pero una vez que sacas el álgebra es eso lo que queda, ¿no?

El joven miró la mesa reflexionando, y una expresión seria y meditativa le asomó a la cara.

—Sí, si hay correspondencias entre los conceptos matemáticos y el universo físico... un campo del que no se sabe casi nada. Y aun entonces no se trata de viajes por el tiempo en el sentido corriente, aunque me doy cuenta de que la prensa popular no estará de acuerdo cuando aparezca mi artículo en Nature. En cualquier caso el aspecto temporal no me interesa demasiado. Si me sobraran treinta años quizá valdría la pena dedicarlos a eso, pero me esperan cosas más importantes.

Sonrió a la muchacha, y ella se inclinó hacia adelante, pensativa, y le tomó las manos.

—Roger, no estoy segura de que tengas razón. Insistes en que no tiene aplicación práctica, pero los científicos siempre dicen lo mismo. Es realmente fantástico, poder ir hacia atrás en el tiempo. Quiero decir...

—¿Por qué? Ahora mismo podemos ir hacia adelante en el tiempo, y nadie tira el sombrero al aire. El mismo universo no es otra cosa que una máquina del tiempo que desde donde nosotros miramos parece marchar en una sola dirección. O principalmente en una sola dirección. Yo mismo he notado que en un ciclotrón las partículas se mueven a veces en sentido contrario, y que llegan al final del viaje infinitesimal antes de haber partido. Eso no significa que en la próxima semana todos podremos ir al pasado y matar a nuestros propios abuelos.

—¿Qué pasaría si lo hicieras? No es una broma.

El joven rió.

—No lo sé. Francamente no me gusta pensarlo. Quizá sea por eso que no quiero sacar el trabajo de sus límites teóricos. Si llevas el problema a su conclusión lógica, tiene que haber algún error en mis observaciones en Handell, pues está claro que en el universo los hechos ocurren independientemente del tiempo, que no es más que la perspectiva que les damos. Dentro de algunos años quizá conozcan el problema como la Paradoja de Jamieson, y matemáticos aspirantes se pasarán la vida volándoles la cabeza a sus abuelos, con la esperanza de refutarla. Tendremos que asegurarnos de

que todos nuestros bisnietos sean almirantes o arzobispos.

Mientras el joven hablaba el doctor Jamieson miraba a la joven, endureciendo todas las fibras del cuerpo para no tocarle el brazo o hablarle. El dibujo de las pecas en el delgado antebrazo, los pliegues del vestido debajo de los omóplatos, las diminutas uñas de los pies con el esmalte quebrado, todo era la absoluta revelación de su propia existencia.

Se quitó los lentes de sol y durante un momento él y el joven se miraron cara a cara. El joven pareció turbado; el parecido fisonómico entre los dos era notable: una idéntica estructura ósea, la misma pronunciada curvatura de las frentes. El doctor Jamieson le sonrió apenas, sintiendo un afecto profundo, casi paternal. Aquella honestidad cándida, el encanto tranquilo y torpe eran de pronto más importantes que las cualidades intelectuales, y el doctor Jamieson supo que no sentía celos del joven.

Se volvió a poner los lentes y miró calle abajo, más decidido aún a llevar adelante los próximos pasos del plan.

El ruido que venía de las otras calles aumentó de pronto, y la pareja se levantó de un salto.

—¡Vamos, son las tres y media! —gritó el joven—. Llegarán en cualquier momento.

Cuando ya se iban, la muchacha se detuvo a arreglarse una sandalia, y miró al viejo de lentes oscuros que había estado sentado detrás de ella. El doctor Jamieson se inclinó hacia adelante, esperando a que ella hablase, extendiendo una mano, pero la muchacha apartó la mirada y el viejo se hundió en la silla.

Cuando la pareja llegó a la esquina, el doctor Jamieson se incorporó y caminó de prisa, de vuelta al hotel.

El doctor Jamieson cerró con llave la puerta de la habitación y sacó rápidamente el maletín, armó el rifle, y se sentó delante de la ventana. El cortejo de la Coronación estaba pasando ya, las filas de soldados en uniforme de gala marchaban detrás de una banda que tocaba aires marciales.

El gentío rugía y vitoreaba arrojando confeti y serpentinas a la luz del sol.

El doctor Jamieson no les prestó atención y escudriñó el pavimento por debajo de la persiana. Buscó con cuidado entre la gente y pronto descubrió a la muchacha de vestido blanco que miraba en puntillas desde la última fila. Sonriendo a la gente de alrededor, la muchacha se fue abriendo paso hacia delante, llevando al joven de la mano. Durante unos pocos minutos el doctor Jamieson siguió cada movimiento de la muchacha y cuando aparecieron los primeros landós del cuerpo diplomático, comenzó a estudiar al resto de la gente, escrutando con atención cada rostro, fila tras fila. Sacó del bolsillo un pequeño sobre de plástico, lo alejó de la cara, y rompió el cierre. Un gas verdoso escapó del sobre con un silbido y el doctor Jamieson sacó el recorte de un periódico, amarillo por los años, y que mostraba la fotografía de un

hombre.

El doctor Jamieson apoyó el recorte en el reborde de la ventana. Era la fotografía de un hombre de unos treinta años, de cara de comadreja, evidentemente un criminal fotografiado por la policía. Debajo decía: Anton Remmers.

El doctor Jamieson se inclinó hacia adelante, atentamente.

El cuerpo diplomático pasó en sus carruajes, seguido por miembros del gobierno en coches descubiertos, y que saludaban a la gente agitando sombreros de seda. Luego vinieron más guardias montados, y hubo un tremendo rugido allá arriba en la calle: los espectadores cerca de Oxford Circus acababan de ver la carroza real, que se acercaba.

El doctor Jamieson miró ansiosamente el reloj. Eran las tres y cuarenta y cinco, y la carroza real pasaría por delante del hotel en sólo siete minutos. El tumulto a su alrededor casi no le permitía concentrarse, y los televisores de las habitaciones contiguas parecían puestos a todo volumen.

De pronto aferró con ambas manos el alfeizar de la ventana.

—¡Remmers!

Directamente debajo, a la entrada de un kiosco de cigarrillos, había un hombre de rostro pálido, con sombrero verde de ala ancha. Miraba impasible el cortejo, las manos hundidas en los bolsillos de un impermeable barato. Torpemente, el doctor Jamieson alzó el rifle y apoyó el cañón en el alfeizar, mirando a Remmers. El hombre no trataba de meterse entre las gentes; esperaba junto al kiosco, sólo a unos pocos metros de una pequeña arcada que daba a una calle lateral.

El doctor Jamieson —el rostro pálido, agotado— comenzó a buscar otra vez en la multitud. Se oyó un bramido ensordecedor, y la dorada carroza real asomó detrás de una escolta de caballería. El doctor Jamieson trató de ver si Remmers buscaba a algún cómplice próximo, pero el hombre no se movía, las manos hundidas en los bolsillos.

—¡Maldito seas!—gruñó el doctor Jamieson—. ¿Dónde está el otro?

Frenéticamente apartó la persiana, pensando rápidamente, analizando en unas décimas de segundo a una docena de hombres, allí debajo.

—¡Había dos!—se gritó roncamente—. ¡Había dos!

A cincuenta metros de distancia el joven rey se acercaba en la carroza dorada, las ropas una llama de color a la luz del sol. El doctor Jamieson lo miró, distraído, y en seguida se dio cuenta de la rapidez con que se había movido Remmers. El hombre corría ahora velozmente por detrás de la multitud, saltando sobre las piernas flacas como un tigre demente. Mientras la multitud se adelantaba hacia el pavimento, Remmers sacó del bolsillo del impermeable un termo azul y con un rápido movimiento desenroscó la tapa. La carroza real llegó al fin y Remmers pasó el termo a la mano derecha; en la boca del frasco se veía claramente un pistón metálico.

—¡Remmers tenía la bomba! —jadeó el doctor Jamieson, completamente

desconcertado.

Remmers dio un paso atrás, llevó la mano derecha casi hasta el suelo, a su espalda, como un granadero, y comenzó a arrojar la bomba hacia adelante con un movimiento cuidadosamente regulado.

El rifle había estado siguiendo al hombre automáticamente y el doctor Jamieson apuntó al pecho y disparó, justo antes que la bomba saliera de la mano. El disparo hizo saltar al doctor Jamieson; el retroceso le lastimó el hombro y el rifle subió golpeando ruidosamente la persiana. Remmers cayó desmañadamente hacia atrás, golpeando el kiosco de cigarrillos, las piernas dobladas, la cara como una calavera. La bomba le había saltado de la mano y daba vueltas en el aire como arrojada por un prestidigitador. Cayó en el pavimento a unos pocos metros de distancia, y rodó entre los pies de la gente que se movía por el borde de la calle, siguiendo la carroza real.

Luego estalló.

Hubo un enceguedor latido de aire en expansión, seguido de una tremenda erupción de humo y esquirlas.

La ventana que daba a la calle se desprendió entera y se destrozó en el piso a los pies del doctor Jamieson, echándolo hacia atrás en una bocanada de vidrios y plástico destrozado. El doctor Jamieson cayó sobre la silla, se recuperó mientras afuera los gritos se transformaban en chillidos, luego se arrastró hasta la ventana y miró a través del aire punzante. La multitud se abría en abanico y corría en todas direcciones; los caballos se encabritaban bajo los jinetes sin yelmo. Al pie de la ventana había veinte o treinta personas tendidas o sentadas en el pavimento. La carroza real, sin una rueda pero en todo lo demás intacta, estaba siendo arrastrada por sus caballos, rodeada de guardias y tropas. Los policías hormigueaban calle abajo hacia el hotel, y el doctor Jamieson vio que alguien lo señalaba y gritaba.

Miró el borde del pavimento al pie de la ventana, donde una muchacha de vestido blanco estaba tendida boca arriba, las piernas retorcidas en una posición extraña. El joven arrodillado junto a ella, la chaqueta abierta en la espalda, le había cubierto el rostro con un pañuelo, y una mancha oscura se extendía lentamente por la tela.

En el pasillo del hotel, junto a la habitación, se alzaron unas voces. El doctor Jamieson se apartó de la ventana, el rifle todavía en la mano. En el suelo, desplegado por la onda de la explosión, estaba el descolorido recorte de periódico. Torpemente, la boca entreabierta, el doctor Jamieson lo levantó y leyó.

#### ASESINOS INTENTAN MATAR AL REY JACOBO

Bomba mata a 27 en Oxford Street

Dos hombres muertos a tiros por la policía

Había una frase en un recuadro: "...uno era Anton Remmers, un asesino profesional posiblemente contratado por el segundo asesino, un hombre mayor cuyo cuerpo acribillado la policía no ha podido identificar.

Unos puños golpearon la puerta. Una voz gritó y luego alguien lanzó un puntapié al pestillo. El doctor Jamieson dejó caer el recorte, se asomó a la ventana y vio al joven arrodillado junto a la muchacha, sosteniéndole las manos muertas.

Mientras arrancaban la puerta, el doctor Jamieson supo quién era el asesino desconocido, el hombre que había vuelto para matar luego de treinta y cinco años. La tentativa de alterar el pretérito había sido estéril; al retroceder en el tiempo sólo había logrado enredarse en el crimen original. Desde que comenzara a analizar los caprichos del ciclotrón había estado condenado a volver atrás y ayudar a matar a su joven novia. Si no le hubiera disparado a Remmers el asesino habría tirado la bomba en el centro de la calle, y June habría vivido. Toda la estratagema, generosamente ideada para beneficio del muchacho, un regalo a su propio yo más joven, se había anulado a sí misma, destruyendo a la persona que se proponía salvar.

Esperando ver a la muchacha una última vez, y advertirle al joven que la olvidase, el doctor Jamieson corrió hacia las armas rugientes de los policías.

## LA TARDE REPENTINA

Lo que sorprendió a Elliott fue lo repentino del ataque. Judith y los chicos se habían ido a la costa durante el fin de semana para aprovechar los últimos calores del verano, dejándolo solo en la casa, y los tres días habían sido una agradable ensoñación de cuartos silenciosos, comidas tomadas a cualquier hora y un poco de carpintería liviana en el taller. Se pasó la mañana del domingo leyendo las reseñas de los periódicos, añadiendo cuidadosamente una docena de títulos a la lista de libros que sabía que nunca llegaría a comprar, y mucho menos a leer. Estos desencantados ejercicios, como el complicado Martini preparado antes del almuerzo, formaban parte del ritual establecido para estos breves momentos de soltería. Decidió hacer una rápida caminata por Hampstead Heath después del almuerzo, y volver a tiempo para ordenar todo antes que Judith llegara por la noche.

En cambio, justo antes de la una sintió un ataque agudo de lo que al principio pareció gripe. Un dolor de cabeza punzante y una temperatura que volaba lo llevaron vacilando hasta el botiquín del baño, para descubrir que Judith se había llevado las aspirinas. Sentado en el borde de la bañera, la frente en las manos, contuvo el espasmo que parecía contraerle los músculos de un cuero cabelludo interior, y le comprimía el cerebro como una pulpa de fruta en una bolsa de género.

—¡Judith! —gritó en la casa vacía—. ¡Maldición!

El dolor aumentaba, un escozor intenso le clavaba agujas de plata en el cráneo. Inerme por un instante, se arrastró hasta el dormitorio y se tendió completamente vestido en la cama, protegiéndose los ojos de la débil luz del sol que atravesaba el Heath.

Al cabo de unos minutos el ataque disminuyó ligeramente, dejándole una jaqueca insistente y una sensación de inercia absoluta. Durante la hora siguiente contempló su propio reflejo en el espejo del tocador, tendido como un novillo atado a través de la cama. Por la ventana veía a un niño pequeño que jugaba bajo los robles al borde del parque, tratando pacientemente de atrapar las hojas remolineantes. A unos veinte metros un hombrecito anodino de tez morena estaba sentado, solo, en un banco, mirando fijo a través de los árboles.

De alguna manera esta escena alivió a Elliott, y el dolor de cabeza desapareció, como bajo el conjuro de las ramas que se mecían y la figura saltarina del niño.

—Extraño... —murmuró, desconcertado todavía por la ferocidad del ataque. Pero Judith sería escéptica; siempre lo había acusado de ser un hipocondríaco. Era una lástima que no hubiese estado allí, en lugar de pasarse las horas tendida en la playa de Worthing, pero por lo menos los chicos se habían ahorrado el espectáculo de un padre

que aullaba de angustia.

Resistiéndose a levantarse de la cama y precipitar otro ataque —quizá la causa había sido un virus violento, pero de corta vida—, Elliott yacía boca arriba, y el perfume de la piel de Judith en la almohada le recordaba su propia infancia y el pelo perfumado de su madre. Se había criado en la India, y recordaba haber atravesado el río a remo junto a su padre, y el gran lomo plácido del Ganges virando al carmesí a la última luz del atardecer. Los colores terracota de los muelles de Calcuta aún se mantenían vividos, después de un lapso de treinta años.

Sonriendo complacido a esos recuerdos y a la imagen del padre remando con un movimiento rítmico y arrullador, Elliott miró el cielo raso, distraído solamente por el sonido distante de la bocina de un coche.

De pronto se sentó, contemplando intensamente la habitación.

—¿Calcuta? ¿Qué diablos...?

¡El recuerdo había sido completamente falso! Nunca había estado en la India, ni en lugar alguno del Lejano Oriente. Había nacido en Londres y había vivido allí toda la vida, aparte de una visita de dos años a los Estados Unidos, después de graduarse. En cuanto a su padre, que había sido capturado por los alemanes mientras peleaba en el Octavo Ejército, en África del Norte, pasándose la mayor parte de la guerra como prisionero, Elliott no lo había visto casi nunca hasta la adolescencia.

Sin embargo, el recuerdo de haber cruzado a remo el Ganges había sido extraordinariamente vivido. Tratando de sacudirse el último residuo de dolor de cabeza, Elliott balanceó los pies para apoyarlos en el suelo. La punzada había vuelto ligeramente pero, cosa curiosa, disminuía a medida que la imagen de los muelles de Calcuta le llenaba la mente. El paisaje era seguramente indio, y podía ver las escalinatas del Ganges, una barahúnda de barcas en movimiento e incluso unas pocas y magras piras funerarias que humeaban en la orilla.

Pero lo que más sorprendió a Elliott eran las asociaciones emocionales que acompañaban a este falso recuerdo de haber remado junto al padre, el sentimiento de seguridad que lo invadía con cada movimiento rítmico de la oscura figura, cuya cara estaba oculta en las sombras del sol poniente.

Preguntándose de dónde habría sacado esa poderosa impresión visual que se había traducido en un recuerdo de matices personales y únicos, Elliott salió del dormitorio y se encaminó a la cocina. Ya eran las dos y media, casi demasiado tarde para almorzar, y contempló sin interés las hileras de huevos y las botellas de leche en el refrigerador. Después de almorzar, decidió, se instalaría en el sofá de la sala y leería o miraría la televisión.

Al pensar en esto último, Elliott comprendió que el falso recuerdo del Ganges era casi seguramente un fragmento olvidado de una película de viajes, que quizás habría visto de niño. La secuencia entera del recuerdo, con la visión del bote hendiendo el

agua carmesí y el largo recorrido de los muelles, tenía el estilo típico de las películas de viajes de la década del cuarenta, y casi podía ver los títulos que aparecían con un fondo de tambores.

Tranquilizado, y suponiendo que la jaqueca había en cierto modo zarandeado esta memoria visual —las pantallas ligeramente borrosas de la época de la guerra le habían cansado muchas veces los ojos— Elliott empezó a prepararse el almuerzo. Prescindió de la comida que Judith le había dejado, y anduvo a la caza de especias y tarros de encurtidos en la alacena, donde encontró un poco de arroz y un paquete de polvo de curry. Judith nunca había dominado las complejidades de la preparación de un verdadero curry, y los intentos ocasionales de Elliott sólo habían provocado unas sonrisas divertidas. Pero hoy, con amplio tiempo por delante y ninguna interferencia, tendría éxito.

Sin apresurarse, Elliott empezó a preparar el plato, y la cocina se llenó en seguida de vapor y de los sabrosos olores del curry y el chutney. Afuera, la luz tenue del sol cedía el paso a nubes más oscuras y a la primera lluvia de la tarde. El niño se había ido, pero la figura solitaria seguía sentada en el banco, bajo los robles, con el cuello de la chaqueta levantado.

Entusiasmado por la comida que se cocinaba despacio, Elliott se aflojó en la silla y empezó a pensar en el trabajo del hospital. Normalmente hubiese tenido guardia nocturna, pero hoy el ayudante se las había arreglado para sustituirlo, por fortuna, pues una de las enfermas era particularmente difícil. Neurótica rematada, azar con el que tropiezan todos los médicos, había llegado a decirle que lo denunciaría al consejo médico general por mala conducta. Las acusaciones eran, sin embargo, tan grotescas que el comité disciplinario no se las tomaría en serio ni un instante.

El curry había sido fuerte, y un agudo dolor en la boca del estómago marcó el comienzo de una indigestión. Malhumorado, Elliott se sirvió un vaso de leche, lamentando perder el aroma del curry.

—No estás en forma, viejo —se dijo a sí mismo con humor irónico—. Tendrías que ver a un médico.

De pronto, chasqueando los dedos se puso de pie. ¡Había tenido un segundo falso recuerdo! Todo ese fantaseo sobre el hospital, el sustituto y la paciente eran puras ficciones, sin ninguna relación con su propia vida. Era químico investigador de profesión, empleado en el departamento de bioquímica de uno de los institutos del cáncer, en Londres, pero apenas tenía contacto con médicos y cirujanos.

Y sin embargo la impresión de ir al hospital, tener pacientes y hacer todas las otras tareas propias de un médico ocupado era notablemente fuerte y persistente, en realidad, mucho más que un recuerdo, una zona coherente de conciencia tan válida como la imagen del laboratorio de bioquímica.

Con una sensación creciente de incomodidad, Elliott sorbió el vaso de leche,

preguntándose qué imágenes serían esas, sin orígenes, como fragmentos de la inteligencia de otro individuo, que le daban vueltas en la cabeza tropezándose unas con otras. Fue a la sala y se sentó de espaldas a la ventana, examinándose a sí mismo con todo el desapego profesional de que era capaz. Detrás, bajo los árboles del parque, el hombre seguía sentado en el banco, a la lluvia, vigilado a prudente distancia por un gorrión vagabundo.

Luego de una pausa, Elliott se puso a explorar deliberadamente este segundo falso recuerdo. En seguida notó que la dispepsia disminuía, como si el hecho de creerse protagonista de esas imágenes fragmentadas le aliviara la presión sobre el cerebro. Concentrándose, pudo ver una alta ventana que dominaba un amplio escritorio de caoba, una camilla tapizada en cuero, estantes de libros y certificados enmarcados en las paredes; sin lugar a dudas el consultorio de un médico. Salió de la habitación, y bajando un amplio tramo de escaleras alfombradas llegó a un vestíbulo con piso de mármol. En un nicho, a la izquierda, había un escritorio y una bonita recepcionista pelirroja que lo miró y le sonrió por encima de la máquina de escribir. Luego Elliott salió a la calle, evidentemente en un barrio acomodado de la ciudad, donde los Rolls —Royce y los Bentley eran casi más numerosos que los otros coches. A doscientos metros los autobuses de dos pisos se cruzaban en una intersección conocida.

—¡Harley Street! —estalló Elliott. Sentado y mirando los muebles familiares de la sala y los robles empapados del parque, hizo un esfuerzo por volver a la realidad, y tuvo una última visión del frente del consultorio: una chapa con un nombre borroneado en las columnas pintadas de color crema. Sobre el portal, en números brillantes: 259.

—¿Harley Street doscientos cincuenta y nueve? ¿Pero quién diablos trabaja ahí? —Elliott se puso de pie y se acercó a la ventana, mirando de frente el Heath, luego caminó hasta la cocina y saboreó los restos del aroma del curry. De nuevo un espasmo de indigestión le apretó el estómago e inmediatamente volvió a la imagen del consultorio desconocido. A medida que el dolor cedía, tuvo una nueva impresión de una mujer pequeña, de mediana edad, en una sala de hospital, el brazo izquierdo escayolado, y luego un cuadro del personal y la entrada del consultorio del Hospital de Middlesex, tan vivido como una fotografía.

Elliott tomó el periódico y volvió a la sala, pero le costaba calmarse. La absoluta claridad de esos recuerdos lo convenció de que no eran imágenes confusas tomadas de películas o elaboradas por su propia imaginación. Cuanto más las exploraba, más reales parecían, negándose a debilitarse o a desaparecer. Además, el contenido emocional era demasiado fuerte. Las asociaciones de la escena infantil en el río lo tranquilizaban de algún modo, pero la atmósfera del consultorio estaba cargada de vacilación y ansiedad, como si el dueño originario tuviera una pesadilla.

El dolor de cabeza aún le tironeaba las sienes. Elliott fue hasta el bar y se sirvió

abundante whisky con soda. ¿Se habría convertido simultáneamente y de alguna manera increíble en el receptor de los recuerdos desencarnados de un chico indio de Calcuta y de un médico de Harley Street?

Echó una mirada a la primera página de noticias, y leyó:

MÉDICO INDIO BUSCADO

Muerte misteriosa de su mujer

*La policía sigue investigando la desaparición del psiquiatra de Harley Street, el doctor Krishnamurti Singh. Scotland Yard cree que el doctor Singh podría colaborar en la investigación sobre la muerte de su esposa, la señora Ramadya Singh...*

Con un sentimiento de alivio, Elliott cerró de golpe el diario y lo arrojó a través de la habitación. ¡Así que esto explicaba los dos recuerdos imaginarios! Esa mañana temprano, antes del ataque de gripe, había leído la noticia sin darse cuenta, y durante la fiebre ligera había dramatizado los detalles. El virus violento —una rara especie de corta vida que habría atrapado en el laboratorio— actuaba probablemente como las drogas alucinó—genas, creando una imagen interior de una autenticidad casi fotográfica. Incluso el curry había formado parte de ese fantástico sistema.

Elliott vagabundó rumiando por la sala, escuchando la lluvia que caía como granizo en las ventanas. Pocos momentos después advirtió de nuevo que otros recuerdos alucinatorios le subían a la superficie de la mente, y que todos giraban en torno a la identidad del médico indio desaparecido.

Incapaz de disiparlos, se dejó llevar por la fantasía. Quizá la asociación de la lluvia fúnebre y el dolor que sentía bajo el esternón eran responsables de aquel sentimiento creciente de mal augurio. Ideas informes le venían a la conciencia. Se agitó incómodo en la silla y, sin darse cuenta, se encontró pensando en la muerte de su mujer, un acontecimiento velado de dolor y de una peculiar violencia que parecía salida de un sueño. Por un momento estuvo casi dentro de la mente moribunda de su mujer, en el fondo de un inmenso lago, separado del cielo distante por enormes volúmenes de agua que le pesaban sobre el pecho.

En un baño de sudor, Elliott se despertó de la pesadilla con toda la visión trágica de la muerte de su mujer delante de los ojos. Judith estaba viva, desde luego, co una hermana casada en la playa cerca de Worthing pero la visión de la ahogada se había presentado con la fuerza y la urgencia de una señal telepática.

—¡Judith!

Despertándose, Elliott se precipitó al teléfono de vestíbulo. Algo en la dimensión psicológica de esa escena mortuoria le decía que no era todo obra de la imaginación.

¡El mar!

Descolgó el auricular y llamó a la operadora. En ese mismo momento Judith bien podía estar nadando sola mientras la hermana preparaba el té con los chicos, a la vista de la playa, pero sin saber que corría peligro.

—Operadora, es urgente —empezó Elliott—. Tengo que hablar con mi mujer, me parece que corre algún peligro. ¿Puede darme Calcuta 30331?

La operadora vaciló.

—¿Calcuta? Lo siento señor, lo paso a comunicaciones de larga distancia.

—¿Cómo? No quiero... —Elliott se detuvo.— ¿Qué número le he pedido?

—Calcuta 30331. Le doy con larga distancia.

—¡Espere! —Elliott se apoyó contra la ventana. La lluvia golpeaba en los vidrios empañados.— Me he equivocado. Quería decir Worthing 303...

—Hola, señor. Worthing tres cero tres... —La voz de la operadora esperaba.

Elliott, cansado, bajó el auricular.

—Voy a mirar —murmuró—. Ése no es el número.

Volvió las páginas de la libreta de teléfonos, y se dio cuenta de que tanto él como Judith hacía años que sabían el número y no se habían molestado en anotarlo.

La voz de la operadora era más cortante.

—Hola, señor, ¿me escucha?

Pocos momentos después, cuando le dieron con la oficina de información, Elliott advirtió que también había olvidado el nombre y la dirección de su cuñada.

—Calcuta 30331. —Elliott repetía el número mientras se servía un whisky. Recobrándose, reconoció que la noción de un mensaje telepático era insensata. Judith estaría perfectamente bien volviendo a Londres con los niños, y él había interpretado mal la visión de la mujer moribunda. Pero el número telefónico seguía en pie. La secuencia enigmática le brotaba de la lengua con la inconsciente familiaridad del largo uso. Una veintena de recuerdos similares aguardaban para transformarse en realidad como si un espíritu vagabundo se le hubiese instalado en el cerebro.

Recogió el periódico del suelo.

... doctor Krishnamurti Singh. Scotland Yard cree que el doctor Singh podría colaborar en la investigación...

«Colaborar en la investigación»: un típico eufemismo de la policía, parte de un complicado código entendido por los periódicos y los lectores. Un diario francés, no trabado por la ley inglesa contra el libelo, proclamaría «¡Barba Azul! ¡Asesino!».

Los detectives están a la cabecera de la señora Ethel Burgess, la mujer de servicio empleada por el doctor Singh y su esposa, que fue hallada ayer inconsciente al pie de la escalera...

¡La señora Burgess! Instantáneamente se le presentó delante de los ojos la imagen de una mujercita de edad con una cara de manzana arrugada. Estaba en una cama de hospital, en el Middlesex, mirándolo con asustados ojos de reproche...

El vaso, casi lleno de whisky, se hizo añicos en las baldosas de la chimenea. Elliott contempló los fragmentos de vidrio mojado, y luego se sentó en el centro del sofá con la cabeza entre las manos, tratando de contener la corriente de recuerdos. Desesperanzado, se encontró pensando en la facultad de medicina de Calcuta. Las caras algo familiares de los compañeros estudiantes pasaron borrosamente. Recordó el apasionado interés con que había tratado de estudiar científicamente las ramas más oscuras del yoga y la parapsicología hindú, y la sociedad estudiantil que había creado y los experimentos sobre transferencias intelectuales y corporales, a los que había puesto fin la muerte de un estudiante y el escándalo consiguiente...

Durante un momento Elliott se maravilló de la coherencia y la convicción minuciosas de esos recuerdos. Recordó vagamente que en realidad había sido estudiante de química en...

¿Dónde?

Sobresaltándose, se dio cuenta de que lo había olvidado. Buscó rápidamente en su memoria, y descubrió que no podía recordar casi nada del distante pasado, el lugar donde había nacido, sus padres, la infancia. En cambio vio una vez más, esta vez con luminosa claridad, el bote de remos en el Ganges carmesí y el remero moreno que lo miraba con una ambigua sonrisa. Después vio otro cuadro, él mismo un niño, escribiendo en un enorme libro mayor, del que habían sido borrados cuidadosamente todos los epígrafes a lápiz, sentado a un escritorio en una habitación de cielo raso bajo, de caña de bambú, sobre el almacén paterno junto al mercado...

—¡Tonterías! —Rechazando el recuerdo, y todas aquellas tiernas asociaciones, Elliott se puso de pie, inquieto, sintiendo que una súbita fiebre le aceleraba el corazón. La frente le ardía, y la mente inventaba sartas de fantasías en torno al doctor Singh, buscado por la policía. Se tomó el pulso, se acercó al espejo de la chimenea y se examinó los ojos, y verificó los reflejos de la pupila con dedos expertos, buscando síntomas de conmoción.

Tragó saliva, se miró las manos de médico que lo habían examinado y decidió llamar a su propio médico. Un sedante, una hora de sueño, y se recobraría.

En la luz decreciente de la tarde, apenas podía ver los números.

—¡Hola, hola! —gritó—. ¿Quién habla?

—Sí, doctor Singh —respondió una mujer—. ¿Es usted?

Aterrado, Elliott tapó el tubo con la mano. Había marcado el número de memoria, pero una memoria distinta de la suya. Y la otra persona no sólo había reconocido la voz, sino que Elliott había reconocido la de ella, y sabía el nombre de la mujer.

Levantó el teléfono y dijo el nombre que tenía en la mente: —¿Señorita Tremayne...?

—¿Doctor Singh? Es usted...

Con un esfuerzo, Elliott hizo más gutural su voz.

—Lo siento, me equivoqué. ¿Con qué número hablo?

La muchacha vaciló. La modulación y el ritmo de su voz volvieron a ser instantáneamente familiares.

—Habla con Harley Street 30331 —dijo, cautelosa—. Doctor Singh, la policía ha...

Elliott colgó el auricular en la horquilla. Fatigado, se sentó sobre la alfombra, en la oscuridad, mirando el rectángulo negro de la puerta de entrada. De pronto el dolor de cabeza se le redobló en las sienes, mientras trataba de no hacer caso de los recuerdos que se le acumulaban en la cabeza. La escalera llevaba arriba, a otro mundo.

Media hora después, se puso de pie. Buscó la cama, y temiendo la luz, tropezando, dio por casualidad con una habitación y se acostó. Con un sobresalto se enderezó y descubrió que estaba tendido en la mesa del comedor.

No recordaba cómo había llegado allí, y la topografía de esta otra casa, al parecer de un solo piso, se le había sobrepuesto en la mente. En el extraño piso alto encontró un cuarto de niños desordenado, colmado de juguetes y de ropas, con un friso no recordado de dibujos infantiles: cielos tranquilos sobre campanarios de iglesia. Cuando cerró la puerta, la escena se desvaneció como un cuadro olvidado.

En el dormitorio, al que correspondía la puerta siguiente, había una fotografía en la mesa de tocador, el retrato de una rubia agradable a la que nunca había visto. Contempló la cama en la oscuridad, los guardarropas y los espejos de alrededor, y eran como muebles de un sueño.

—Ramadya, Ramadya —murmuró, el nombre de la mujer moribunda en los labios.

Sonó el teléfono. En la oscuridad, de pie en lo alto de la escalera, escuchó el sonido estridente en la casa silenciosa. Bajó sintiendo los pies de plomo.

—¿Sí? —dijo levantando el tubo.

—Hola, querido —respondió una voz vivaz de mujer. En el fondo los trenes maniobraban y silbaban—. ¿Hola? ¿Hablo con Hampstead...?

—Habla con Harley Street 30331 —dijo Elliott rápidamente—. Equivocado.

—Ah, disculpe, creí que...

Interrumpió esta voz, que por un fugaz momento había recompuesto el personaje fragmentado que se le aferraba al fondo de la mente, y se quedó junto a la ventana, al lado de la puerta de entrada. A través de la estrecha ventana con barrotes vio que la lluvia casi había cesado y una niebla ligera colgaba de los árboles. El hombre desaliñado del banco continuaba allí, la cara oculta en la oscuridad. De vez en cuando la figura empapada brillaba con las luces de los coches.

Por alguna razón un sentimiento de extremada urgencia había dominado a Elliott. Sabía que había una serie de tareas por cumplir, cosas que registrar antes que se

desvanecieran, pruebas importantes, testigos dignos de fe con quienes ponerse en contacto. Le pasaron por la mente cien imágenes ignoradas, mientras buscaba un par de zapatos y una chaqueta en el armario de arriba, escenas de la práctica médica, una enferma que necesitaba un electroencefalograma, el radiador de un Bentley y las insignias del club en el automóvil. Había visiones fugaces de las calles cercanas a Harley Street, los restos de incontables jornadas de idas y venidas por los consultorios, la entrada del Club de Ultramar, y un ruidoso seminario en uno de los institutos científicos donde alguien le gritaba teatralmente. Después había desagradables sentimientos de remordimiento por la muerte de su mujer, contrabalanceados por la íntima convicción de que, paradójicamente, era la única manera de salvarla, de obligarla a una nueva vida. Con una voz extraña y al mismo tiempo familiar, se oyó a sí mismo diciendo: «El alma, como cualquier criatura de piel suave, se aferra a la cáscara que encuentra. Sólo rompiendo esa cáscara se la puede obligar a irse a otra...»

Mientras bajaba la escalera sintió accesos de vértigo. Tenía que encontrar a alguien, un hombre cuya ayuda podía salvarlo. Levantó el auricular del teléfono y disco; los vahídos le hacían balancearse de un lado a otro.

Una voz acariciadora como marfil pulido respondió:

—Habla el profesor Ramachandran.

—Profesor...

—¿Hola? ¿Quién habla?

Se aclaró la garganta, tosiendo ruidosamente en el receptor.

—¡Profesor, compréndame! El tumor era inoperable, no había otra manera de salvarla: metempsicosis de la función somática y de la función psíquica... —Se había lanzado en una tirada semicoherente, y la voz le salía a jirones espasmódicos.— Ramadya se ha ido ahora, es la otra mujer... ni ella ni nadie lo sabrá nunca... Profesor, le dirá usted un día, y a mí mismo... una sola palabra...

—¡Doctor Singh! —En el otro extremo la voz era un grito.— ¡No puedo seguir ayudándolo! ¡Usted debe asumir las consecuencias de esa locura! Le previne repetidas veces sobre el peligro de esos experimentos...

El teléfono crujió en el suelo, donde lo dejó caer. Afuera relampagueaban los faros de los coches de la policía, las luces azules de los techos giraban como faros espectrales. Cuando abrió el cerrojo de la puerta y salió al aire frío de la noche tenía un último pensamiento obsesivo: el de un hombre de mediana edad, de pelo rubio y anteojos que era químico en un instituto del cáncer, un hombre con una mente notablemente receptiva, como una enorme antena. Sólo ese hombre podía ayudarlo. Se llamaba... Elliott.

Sentado en el banco vio las luces que se le acercaban a través de los árboles, como aureolas brillando en la oscuridad. La lluvia había cesado y una niebla ligera se

disipaba bajo los árboles, pero ahora, fuera de la casa, tenía más frío de lo que había esperado, y muy pocos minutos después, en el parque, se echó a temblar. Caminó entre los árboles, vio la línea de coches de la policía estacionados en el camino de cintura, a doscientos metros de distancia. Para cualquier lado que se moviera las luces parecían acercarse, aunque nunca directamente hacia él.

Se volvió, decidido a regresar a la casa, y vio entonces a un hombre delgado y de pelo rubio que cruzaba el camino desde el parque y subía las escaleras de la puerta del frente. Desconcertado, vio que el intruso desaparecía por la puerta abierta y la cerraba al pasar.

Entonces dos policías avanzaron desde la niebla a la derecha, y le apuntaron con las linternas a los ojos. Echó a correr, pero una enorme tercera figura apareció detrás de un tronco y le bloqueó el sendero.

—A ver si terminamos —le dijo una voz malhumorada mientras él luchaba inútilmente—. Mejor que se calme.

Las lámparas rodeaban la oscuridad. Acudieron más policías de entre los árboles. Un inspector con insignias plateadas se adelantó y lo miró a la cara mientras un agente alzaba la linterna.

—¿El doctor Singh?

Durante un momento escuchó el sonido del nombre que lo había perseguido el día entero, suspendido fugazmente en el aire húmedo. De algún modo parecía dispuesto ahora a aceptar la identificación, pero una pequeña parte de la mente, que ya iba reduciéndose hasta ser un punto diminuto como una estrella débil velada por la niebla, se negaba a aceptar, sabiendo que quien quiera que fuese en ese momento, alguna vez no había sido el doctor Singh.

—¡No! —Sacudió la cabeza y con un esfuerzo violento consiguió zafar un brazo. Fue atrapado por un hombro y alzó el brazo libre para protegerse de las luces y de las caras apremiantes.

Se le habían caído las gafas, que se hicieron añicos con los pisotones, pero veía con más claridad sin ellas. Se miró la mano. Aún a la luz débil, era evidente la pigmentación más oscura. Tenía unos dedos pequeños y bien dibujados, y una cicatriz insólita le cruzaba un nudillo.

Fue entonces cuando se descubrió la barba de chivo.

En el interior de la mente, la última isla de resistencia se deslizó al oscuro pasado, que no recordaba.

—Doctor Krishnamurti Singh —dijo el inspector.

En la entrada, entre las maletas, Judith Elliott miraba los coches de la policía que iban hacia Hampstead Village. Arriba los dos chicos retozaban en el cuarto de juegos.

—¡Qué horrible! Me alegro de que los chicos no lo hayan visto. Luchaba como un animal.

Elliott pagó al chófer del taxi y luego cerró la puerta.

—De paso, ¿quién era? Ningún conocido, espero.

Judith echó una mirada al vestíbulo y observó que el auricular del teléfono estaba en el suelo. Se agachó y lo puso en la horquilla.

—El conductor del taxi dijo que era un psiquiatra de Harley Street. Un médico hindú. Parece que estranguló a la mujer en el baño. Lo extraño es que ella se estaba muriendo de un tumor en el cerebro.

Elliott hizo una mueca.

—Horrible. Quizás trataba de evitarle el dolor.

—¿Estrangulándola, y conservando ella la conciencia? Una idea típicamente masculina, querido.

Elliott lanzó una carcajada mientras entraba en la sala.

—Bueno, querida, ¿lo pasaste bien? ¿Cómo estaba Molly?

—Estaba muy bien. Pasamos muy buenos momentos juntas. Naturalmente, te echamos de menos. Ayer estuve un poco indispuesta, una ola enorme me golpeó y tragué un montón de agua. —Vaciló, mirando el parque por la ventana.— Sabes, es bastante curioso, hace veinte minutos traté de llamarte desde la estación y me dieron por error un número de Harley Street. Hablé con un hindú. Parecía un médico.

Elliott sonrió burlón.

—Probablemente el mismo tipo.

—Es lo que pensé. Pero no podía pasar de Harley Street a Hampstead tan rápido, ¿verdad? El chófer dijo que la policía estuvo buscándolo por aquí toda la tarde.

—Tal vez han pescado a otro. A menos que haya dos doctores Singh. —Elliott hizo chasquear los dedos.— Es curioso, ¿de dónde he sacado el nombre? Debo de haber leído algo en los periódicos.

Judith asintió, acercándosele.

—Estaba en los de esta mañana. —Se quitó el sombrero y lo puso sobre la repisa de la chimenea.— Los hindúes son gente rara. No sé por qué, pero ayer mientras se me venía encima la ola, pensaba en una chica hindú que conocí. Todo lo que recuerdo es el nombre, Ramadya. Creo que se ahogó. Era muy bonita y encantadora.

—Como tú. —Elliott le rodeó la cintura con las manos, pero Judith señaló el vaso roto en la chimenea.

—Se ve que no he estado en casa. —Con una carcajada lo tomó por los hombros y lo sacudió, después se apartó alarmada.— Querido, ¿de dónde has sacado este traje tan especial? ¡Santo cielo, mira! —Le estrujó la chaqueta, y el agua se le escurrió entre los dedos como de una esponja mojada.— ¡Estás empapado! ¿Dónde diablos has andado todo el día?

## LOS LOCOS

A quince kilómetros de Alejandría tomó la carretera de la costa que cruzaba el norte del continente pasando por Túnez y Argelia hasta el túnel trasatlántico de Casablanca y lanzó el Jaguar a ciento ochenta a través del aire fresco del atardecer, dejando que la brisa que venía del mar le mordiese el bronceado de seis días. La cabeza apoyada en el cabezal del asiento mientras las palmeras aparecían y desaparecían a los lados, casi no vio a la muchacha del impermeable blanco que le hacía señas desde la escalinata del hotel El Alamein, y no tuvo más de trescientos metros para pisar el freno y detenerse bajo el herrumbroso letrero de neón.

—¿Túnez? —gritó la muchacha abrochándose el cinturón del impermeable de hombre alrededor de la delgada cintura, el pelo largo y negro caído sobre el hombro a la moda de la Orilla Izquierda.

—Túnez... Casablanca... Atlantic City —le respondió Gregory, tendiendo la mano hacia la portezuela. La muchacha arrojó un bolso amarillo detrás del asiento y se acomodó entre las revistas y los periódicos mientras el coche arrancaba. Los faros delanteros alumbraron un crucero del Mundo Unido estacionado bajo las palmeras a la entrada del cementerio militar, e involuntariamente Gregory tuvo un sobresalto y aceleró a fondo, los ojos clavados en el espejo retrovisor hasta que la carretera quedó vacía de peligros.

Al llegar a ciento cuarenta aflojó el acelerador y miró a la muchacha, como si hubiese percibido de pronto una nueva señal de advertencia. La muchacha era una especie de beatnik de cara larga y melancólica y piel gris, pero había algo de inquietante en el modo cómo ella se movía, el laxo tono facial, los ojos y la boca inexpresivos. Una falda de algodón con rayas azules le asomaba bajo el impermeable, sin duda parte de un uniforme de enfermera tan impersonal como todo el resto de aquel extraño atuendo. Mientras ella metía las revistas en la guantera Gregory vio el vendaje burdo que le cubría la muñeca izquierda.

La muchacha notó la mirada y le lanzó una sonrisa un poco demasiado brillante; luego buscó algo de qué hablar.

—París Vogue, Neue Frankfurter, Tel Aviv Express... Se ha movido de veras. — Sacó del bolsillo del impermeable un paquete de Del Montes y manipuló con torpeza un enorme mechero de bronce que obviamente no le era familiar—. Primero Europa, luego Asia, ahora África. Pronto se le acabarán los continentes. —Titubeando, se presentó—: Carole Sturgeon. Gracias por el viaje.

Gregory asintió, observando el vendaje en la muñeca delgada. Se preguntó de qué hospital se habría escabullido. Quizá del Cairo General, allí todavía usaban uniformes

ingleses de estilo antiguo. Diez a uno que el bolso estaba repleto de muestras farmacéuticas de algún viajante descuidado.

—¿Puedo preguntarle a dónde va? Esto es el fondo mismo de la nada.

La muchacha se encogió de hombros.

—Sigo la carretera, simplemente. El Cairo, Alejandría, ya sabe... —Y agregó—: Fui a ver las pirámides. —Se echó hacia atrás, volviéndose y apoyándose levemente en el hombro de Gregory—. Fue maravilloso. Son las cosas más antiguas de este mundo. ¿Recuerda la jactancia: Antes de Abraham yo ya era?

El coche saltó en un bache y la licencia de Gregory cayó bajo la columna de dirección. La muchacha meneó la cabeza y leyó.

—¿No le importa? Es un viaje largo hasta Túnez. «Charles Gregory, médico...»

La muchacha calló, perpleja, repitiendo el nombre entre dientes.

De pronto recordó.

—¡Gregory! ¡El doctor Charles Gregory! ¿Usted no fue...? Muriel Bortman, la hija del presidente, se tiró al mar en Cayo Hueso, y a usted lo sentenciaron...

Se interrumpió, mirando nerviosa el parabrisas.

—Tiene buena memoria —dijo Gregory con calma—. Creí que nadie se acordaba ya.

—Claro que me acuerdo. —La voz de la muchacha era un susurro.— Eso que le hicieron, estaban locos.

Durante algunos minutos la muchacha derramó un largo fárrago de simpatía, entremezclado con detalles incoherentes de su propia vida. Gregory trataba de no escuchar, apretando el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos, olvidando todo deliberadamente a medida que ella se lo recordaba.

Hubo una pausa, y Gregory adivinó qué vendría ahora, del mismo modo que otras veces.

—Dígame, doctor, y perdóneme la pregunta, pero desde que dictaron las leyes de Libertad Mental es tan difícil conseguir ayuda, por supuesto... —Rió incómodamente.— En realidad lo que quiero decirle es...

La ansiedad de la muchacha estaba agotando a Gregory.

—... que usted necesita atención psiquiátrica —interrumpió acelerando el Jaguar a ciento cincuenta, mirando otra vez el espejo retrovisor. La carretera estaba muerta, las palmeras retrocedían interminablemente en las sombras.

El humo del cigarrillo hizo toser a la muchacha; la colilla entre los dedos era una pasta húmeda.

—Yo no, en realidad —dijo débilmente—. Una amiga íntima. De veras necesita ayuda, créame, doctor. Ha perdido todo interés en la vida, parece que nada tiene significado para ella.

—Dígale que mire las pirámides —interrumpió Gregory brutalmente.

Pero la muchacha no entendió la ironía, y se apresuró a decir:

—Oh, ya las vio. Acabo de dejarla en El Cairo. Le prometí que le buscaría a alguien. —Volvió la cara para examinar a Gregory, llevándose una mano al pelo. A la luz azul del desierto la muchacha le pareció a Gregory una de esas madonas que había visto en El Louvre dos días después de haber quedado en libertad, cuando había salido corriendo de aquella prisión en busca de las cosas más hermosas del mundo, las niñas de trece años, bellísimas, de rostro solemne, y que habían posado para Leonardo y los hermanos Bellini—. Pensé que quizá usted podría conocer a alguien...

Gregory juntó fuerzas y sacudió la cabeza.

—No, no conozco a nadie. He vivido aislado los tres últimos años. De todos modos está prohibido por las leyes de Libertad Mental. ¿Usted sabe qué sucedería si me sorprenden dando tratamiento psiquiátrico?

La muchacha miraba rígidamente la carretera. Gregory tiró el cigarrillo y pisó el acelerador mientras los tres últimos años se le venían encima, recuerdos que había esperado poder reprimir en ese viaje de quince mil kilómetros..., tres años en la granja prisión cerca de Marsella, tratando a campesinos y marineros escrofulosos en el dispensario, arriesgándose incluso a un pequeño e ilícito análisis profundo del cabo de policía que no podía satisfacer a su mujer, tres años amargos para aceptar que nunca más practicaría el único oficio en el que se sentía plenamente él mismo. Malabarista o consolador de insatisfechos, no importaba cuál fuese el título, el psiquiatra había pasado a la historia, junto con los brujos, los magos y otros practicantes de las ciencias negras.

La legislación de la Libertad Mental promulgada diez años antes por el gobierno ultraconservador del MU había proscrito totalmente la profesión y defendido la libertad del individuo a estar loco si así lo deseaba, siempre que pagase todas las consecuencias civiles de cualquier infracción a la ley. Ésa era la trampa, el fin oculto de las leyes de Libertad Mental. Lo que al principio había sido una reacción popular contra la «vida subliminal» y la expansión incontrolada de las técnicas de manipulación con fines políticos y económicos se había convertido rápidamente en un ataque sistemático a las ciencias psicológicas. Tribunales demasiado indulgentes, reformadores penales seudoiluminados, «víctimas de la sociedad», el psicólogo y el paciente, fueron todos ferozmente perseguidos. Descargando frustraciones y ansiedades sobre una cómoda víctima propiciatoria, los nuevos gobernantes, y la mayoría de quienes los habían elegido, proscribieron toda forma de control psíquico, desde el inocente estudio de mercado hasta la lobotomía. Los mentalmente enfermos estaban librados a sus propios recursos, no había para ellos ni piedad ni consideración, y tenían que pagar por sus defectos. La vaca sagrada de la comunidad era el psicótico, libre de andar por donde se le antojara, babeándose en los umbrales,

durmiendo en las aceras, y ay del que intentase ayudarlo.

Gregory había cometido ese error. Huyendo a Europa, cuna de la psiquiatría, con la esperanza de encontrar un clima más tolerante, instaló en París una clínica secreta con otros seis analistas emigrados. Durante cinco años trabajaron sin ser descubiertos, hasta que uno de los pacientes, una muchacha alta y desgarbada con tartamudeo psicogénico resultó ser Muriel Bortman, hija del Presidente General del MU. El análisis fracasó trágicamente cuando allanaron la clínica; luego de la muerte de la muchacha, un espectacular juicio público (con interminables exhibiciones de aparatos de electroshock, películas sobre comas insulínicos, y el testimonio de innumerables paranoicos reclutados en callejones) había concluido en una sentencia de tres años.

Ahora, al fin, estaba en libertad, los ahorros invertidos en el Jaguar, huyendo de Europa y de los recuerdos de la prisión por las carreteras desiertas de África del Norte. No quería más problemas.

—Me gustaría ayudar —le dijo a la muchacha—. Pero los riesgos son demasiado grandes. Todo lo que su amiga puede hacer es ponerse de acuerdo consigo misma.

La muchacha se mordió el labio, malhumorada.

—No creo que pueda. Gracias de todos modos, doctor.

Durante tres horas no hablaron, mientras el coche avanzaba velozmente, hasta que allá adelante aparecieron las luces de Tobruk, la larga curva del puerto.

—Son las dos de la mañana —dijo Gregory—. Aquí hay un motel. La recogeré temprano.

Ya en sus cuartos, Gregory volvió a hurtadillas al registro y tomó una habitación en otro chalet. Se durmió mientras Carole Sturgeon iba y venía desamparadamente por las galerías, llamándolo en voz baja.

Luego del desayuno Charles Gregory volvió del mar y encontró en el patio un enorme crucero del Mundo Unido; unos enfermeros llevaban una camilla hacia una ambulancia.

Un hombre alto, un coronel de la policía libia, estaba recostado contra el Jaguar, haciendo tamborilear el bastón de cuero en el parabrisas.

—Ah, doctor Gregory. Buenos días. —Señaló la ambulancia con el bastón—. Una profunda tragedia, una chica norteamericana tan hermosa.

Gregory se quedó clavado en la arena gris; tuvo que hacer un esfuerzo para no correr hasta la ambulancia y levantar la sábana. Por fortuna, el uniforme del coronel y los miles de inspecciones matinales y nocturnas que había soportado en el calabozo lo mantuvieron prudentemente atento.

—Sí, soy Gregory. —El polvo se le espesó en la garganta—. ¿Está muerta?

El coronel se pasó el bastón por el cuello.

—De oreja a oreja. Debe de haber encontrado una vieja hoja de afeitar en el baño. A eso de las tres de la madrugada.

Echó a andar hacia el chalet de Gregory, haciendo una seña con el bastón. Gregory lo siguió hasta la penumbra, deteniéndose tentativamente junto a la cama.

—A esa hora yo estaba dormido. El encargado podrá confirmarlo.

—Por supuesto.

El coronel echó una mirada a las posesiones de Gregory, volcadas sobre la cama, tocando el maletín negro con la punta del bastón.

—¿Le pidió ayuda, doctor? ¿Para sus problemas personales?

—No directamente. Pero lo insinuó. Parecía un poco confundida.

—Pobre criatura. —El coronel inclinó la cabeza compasivamente—. El padre es primer secretario de la embajada en El Cairo, una especie de autócrata. Ustedes los norteamericanos son muy severos con sus hijos, doctor. Mano firme, sí, pero la comprensión no cuesta nada. ¿No le parece? Ella le tenía miedo al padre, y huyó del Hospital Norteamericano. Mi tarea es dar una explicación a las autoridades. Si yo tuviera una idea del problema de esta muchacha... Sin duda usted la ayudó lo mejor que pudo.

Gregory meneó la cabeza.

—No la ayudé de ninguna manera, coronel. En realidad me negué a discutir el caso. —Sonrió inexpresivamente al coronel—. No cometería dos veces el mismo error, ¿no le parece?

El coronel examinó a Gregory, pensativo.

—Muy sensato de su parte, doctor. Pero me sorprende. En la profesión de usted se piensa, seguramente, que trabajan para una causa especial, que está muy por encima de todos nosotros. ¿Es tan fácil dejar de lado esos ideales?

—Tengo mucha práctica.

Gregory se puso a empacar las cosas desparramadas sobre la cama, e hizo una reverencia al coronel, que saludó y salió al patio.

Media hora más tarde estaba en la carretera de Benghasi, con el Jaguar a ciento cincuenta, descargando la tensión y la rabia en enfurecidos raptos de velocidad. Libre desde hacía sólo diez días, ya se había vuelto a comprometer, pasando por la agonía de tener que negar toda ayuda a alguien que la necesitaba de modo desesperado, sintiendo en las manos la imperiosa necesidad de dar alivio, pero conteniéndose a causa de aquellos disparatados castigos. No sólo había que deshacerse de una legislación insensata, sino también de quienes la hacían cumplir: Bortman y sus camaradas oligarcas.

Gregory hizo una mueca recordando a Bortman, un hombre de rostro frío y cadavérico que hablaba en el Senado mundial de Lake Success pidiendo que se aumentaran las penas para los criminales psicópatas. El hombre había salido directamente de la Inquisición del siglo catorce, y su puritanismo burocrático escondía dos verdaderas obsesiones: suciedad y muerte. Cualquier sociedad sana

habría encerrado en seguida a Bortman, o le habría hecho un lavado de cerebro completo. Indirectamente Bortman era tan culpable de la muerte de Carole Sturgeon como si él mismo le hubiera puesto en las manos la hoja de afeitar.

Después de Libia, Túnez. Gregory avanzaba por la carretera de la costa, el mar a la derecha como un espejo derretido, evitando en lo posible las poblaciones mayores. Por fortuna eran preferibles a las ciudades europeas; los psicóticos holgazaneaban como perros extraviados en los parques suburbanos; no robaban en las tiendas ni causaban desórdenes pero eran una molestia en las terrazas de los cafés, y golpeaban en las puertas de los hoteles a toda hora de la noche.

En Argelia pasó tres días en el Hilton, cambió el motor del coche y buscó a Philip Kalundborg, un viejo colega de Toronto que trabajaba ahora en un hospital para niños de la OMS.

En el tercer jarro de borgoña Gregory le habló de Carole Sturgeon.

—Es absurdo, pero me siento culpable. El suicidio es algo contagioso, y yo le recordé la muerte de Muriel Bortman. Maldita sea, Philip, podría haberle dado algunos consejos generales como lo hubiese hecho cualquier ciudadano común.

—Peligroso. Claro que hiciste bien —lo tranquilizó Philip—. Luego de los últimos tres años, ¿qué otra cosa cabía?

Gregory miró por encima de la terraza el tránsito que remolineaba en la calle empedrada, bajo las luces de neón. Los mendigos sentados en fila a lo largo de la acera gimoteaban pidiendo limosna.

—Philip, no te imaginas cómo está Europa ahora. Al menos el cinco por ciento necesita quizá tratamiento profesional. Créeme; me asusta la idea de ir a Norteamérica. Sólo en Nueva York la gente se tira desde los techos a un promedio de diez por día. El mundo está convirtiéndose en un manicomio, una mitad disfrutando de los tormentos de la otra. La mayoría no se da cuenta de qué lado de la reja está. Es más fácil para ti. Aquí las tradiciones son diferentes.

Kalundborg asintió.

—Es cierto. En las aldeas del interior les quitan los ojos a los esquizofrénicos y los exhiben en una jaula, y así desde hace siglos. La injusticia está tan extendida que uno ya tolera casi todo.

Un joven alto, barbinegro, de desteñidos pantalones de algodón y sandalias trenzadas, vino hacia ellos por la terraza y puso las manos sobre la mesa. Tenía los ojos muy hundidos, y alrededor de los labios las manchas pardas del envenenamiento narcótico.

—¡Christian! —estalló Kalundborg, de mal humor. Miró a Gregory, encogiéndose de hombros, y se volvió al joven con una tranquila exasperación—. Mi querido amigo, esto ya ha durado demasiado. No puedo ayudarte, de nada sirve que insistas.

El joven asintió pacientemente.

—Marie —explicó con voz áspera y lenta—. No puedo dominarla. Tengo miedo de que le haga algo al bebé. Usted sabe, la depresión postparto...

—¡Tonterías! No soy idiota, Christian. El bebé tiene casi tres años. Si Marie está tan nerviosa la culpa es tuya. Créeme, no te ayudaría aunque me lo permitiesen. Cúrate tú mismo o no habrá salida para ti. Ya tienes barbiturismo crónico. El doctor Gregory, aquí presente, estará de acuerdo.

Gregory asintió, El joven miró tétricamente a Kalundborg, echó una ojeada a Gregory y se alejó tambaleándose entre las mesas.

Kalundborg se llenó el vaso.

—Hoy está todo al revés. Piensan que nuestra tarea es fomentar el hábito de las drogas, no curarlo. En el panteón de estas gentes la figura paterna es siempre benévola.

—Ésa ha sido invariablemente la línea de Bortman. La psiquiatría es en esencia indulgente, alienta la debilidad y la abulia. Todos sabemos que los neuróticos obsesivos persiguen una idea fija. El mismo Bortman es un buen ejemplo.

Cuando Gregory entró en el dormitorio del décimo piso, el joven hurgaba en el maletín, sobre la cama. Durante un momento Gregory se preguntó si Christian no sería un espía del Mundo Unido; quizá el encuentro en la terraza había sido preparado de antemano, como parte de un plan.

—¿Encontró lo que quería?

Christian terminó de revolver en el maletín y luego lo arrojó furiosamente al suelo. Se escurrió alrededor de la cama, evitando a Gregory, los ojos buscando encima del ropero y en los brazos de las lámparas.

—Kalundborg tenía razón —dijo Gregory tranquilamente—. Usted pierde el tiempo.

—Al infierno con Kalundborg —refunfuñó Christian—. No entiende nada. ¿Le parece que busco algún paraíso artificial, doctor? ¿Con mujer y un hijo? No soy tan irresponsable. Me doctoré en leyes en Heidelberg.

Caminó por el cuarto, luego se detuvo a observar a Gregory.

Gregory comenzó a cerrar los cajones.

—Bueno, vuelva a su jurisprudencia. Hay bastantes problemas que atender en este mundo.

—Doctor, algo hice ya. ¿No le dijo Kalundborg que demandé a Bortman por asesinato? —Gregory parecía perplejo, y Christian aclaró—: Una acción civil privada, supuesto. Mi padre se mató hace cinco años, luego Bortman lo expulsó de la Asociación de Abogados.

Gregory recogió el maletín.

—Lo siento —dijo evasivamente—. ¿Qué pasó con esa demanda?

Christian miró por la ventana el aire oscuro.

—Nunca le dieron entrada. Unos investigadores de la Oficina mundial fueron a verme, cuando llegué a ser una molestia, y me aconsejaron que abandonara Estados Unidos para siempre. Entonces vine a Europa a graduarme. Ahora estoy regresando. Necesito los barbitúricos para contenerme y no arrojarle una bomba a Bortman.

De pronto Christian se lanzó a través del cuarto; y antes que Gregory pudiese detenerlo ya estaba en el balcón, montado sobre la barandilla. Gregory se zambulló detrás, lo tomó por el pie, y tironeó. Christian se aferraba al balcón, gritando en la oscuridad. Las luces de los coches corrían allá abajo, por la calle húmeda. En la acera la gente miraba hacia arriba.

Christian se retorció de risa cuando cayeron de vuelta en el cuarto. Se echó sobre la cama y señaló con el dedo a Gregory, que se apoyaba en el armario, jadeando. Un error grave, doctor. Más le vale irse rápido de aquí, antes que le avise al prefecto de la policía. ¡Impidiendo un suicidio! Dios mío, con los antecedentes de usted le darían diez años. ¡Qué broma!

Gregory tomó a Christian por los hombros y lo sacudió, furioso.

—Oiga, ¿a qué juega? ¿Qué pretende?

Christian apartó las manos de Gregory y se dejó caer en la cama.

—Ayúdeme, doctor. Quiero matar a Bortman, no pienso en otra cosa. Si no me cuido lo intentaré de veras. Enséñeme a olvidarlo. —La voz de Christian se alzó desesperadamente—. Maldita sea, yo odiaba a mi padre, y me alegré cuando Bortman lo echó.

Gregory lo miró pensativo, luego fue a la ventana y la cerró ocultando la noche.

Dos meses más tarde, en el motel de las afueras de Casablanca, Gregory quemó las últimas notas del análisis. Christian, afeitado, vestido con un pulcro traje blanco tropical y corbata neutra, miró desde la puerta las cenizas de los apuntes en código apiladas en el cenicero, y las tiró al retrete.

Cuando Christian cargó al fin las maletas en el coche, Gregory dijo:

—Una cosa antes de salir. Dos meses no bastan para un análisis, ni siquiera dos años. Es algo que nunca se acaba. Si tiene una recaída, venga a verme, aunque yo esté en Tahití, o Shangai, o Arcángel. —Gregory hizo una pausa—. Si ellos lo descubrieran alguna vez, ¿sabe qué pasaría?

Christian asintió calladamente, y Gregory se sentó en la silla junto al escritorio y miró entre las palmeras la inmensa boca abovedada del túnel trasatlántico, a poco más de un kilómetro de distancia. Sabía que durante un largo tiempo no podría sentirse tranquilo. Le parecía ahora, de algún modo, que los tres años en Marsella habían sido malgastados, que empezaba a cumplir una sentencia aplazada de duración indefinida. El éxito del tratamiento no le había dejado ninguna satisfacción, quizá porque había atendido a Christian en parte para que no lo inculparan a él mismo, en

caso de un ataque a Bortman.

—Con un poco de suerte, usted debiera ser capaz de vivir libre de complejos ahora. Trate de recordar que no importa qué maldades cometa Bortman en el futuro, él no tiene nada que ver con el verdadero problema. Usted se sentía culpable por odiar a su padre, y el ataque que sufrió la madre de usted luego del suicidio hizo consciente esa culpa. Claro, usted transfirió cómodamente la culpa a Bortman, y pensó que eliminándolo conseguiría liberarse. La tentación puede volver.

Christian asintió, inmóvil junto a la puerta. El rostro se le había redondeado, los ojos eran de un gris apacible. Tenía el aspecto de cualquier bien acicalado burócrata del Mundo Unido.

Gregory tomó un periódico.

—Veo que Bortman ataca a la Asociación Norteamericana de Abogados como un organismo subversivo, quizá con la intención de proscribirla. Si eso se cumple será un golpe irreparable a la libertad civil. —Miró a Christian, que no mostraba ninguna reacción—. Bueno, en marcha. ¿Sigues pensando en volver a Estados Unidos?

—Naturalmente. —Christian subió al coche, luego estrechó la mano de Gregory. Gregory había decidido quedarse en África y buscar un hospital donde pudiera trabajar, y le había dado el coche a Christian—. Marie me esperará en Argelia hasta que yo termine este asunto.

—¿Qué asunto?

Christian pisó el acelerador, emitiendo un rugido de polvo y combustible quemado.

—Voy a matar a Bortman —dijo tranquilamente.

Gregory se aferró al parabrisas.

—No habla en serio.

—Usted me curó, doctor, y dentro de los límites usuales estoy completamente cuerdo. Quizá nunca vuelva a sentirme como ahora. Quedan muy pocas personas cuerdas en este mundo, lo que me obliga a actuar de un modo todavía más racional. Bueno, cada gramo de lógica me dice que alguien tiene que tratar de acabar con la torva jauría que nos gobierna, y Bortman parece bastante adecuado para empezar. Mi plan es viajar a Lake Success y pegarle un tiro. —Christian movió la palanca de cambios a segunda, y agregó—: No trate de conseguir que me detengan, doctor, porque lo único que harán es enterarse de nuestro largo fin de semana.

Cuando Christian comenzaba a sacar el pie del embrague, Gregory gritó:

—¡Christian! ¡Nunca lo lograrás! ¡Lo detendrán de todos modos! —Pero el coche arrancó y se le fue de la mano.

Gregory lo persiguió corriendo entre el polvo, tropezando en las piedras del camino, entendiendo impotentemente que cuando capturasen a Christian e indagasen lo que había pasado en los últimos meses pronto encontrarían al verdadero asesino,

un médico exiliado que llevaba a cuestas un rencor de tres años.

—¡Christian! —gritó, atragantándose con el polvo blanco—. ¡Christian, está usted loco!